



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
POSGRADO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

**Historia intelectual e historia conceptual, un acercamiento a la
producción historiográfica del grupo de Quilmes**

TESIS

**QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
MAESTRO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS**

PRESENTA:

JOSÉ ALONSO SALAS

DRA. NORMA DE LOS RÍOS MÉNDEZ
POSGRADO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

MÉXICO, D.F., JULIO DE 2015



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| INTRODUCCIÓN | 3 |
| 1. HISTORIA INTELLECTUAL Y CONCEPTUAL: HIJAS DEL GIRO LINGÜÍSTICO..... | 9 |
| A. DE LA HISTORIOGRÁFICA CLÁSICA AL POSITIVISMO, 9; B. LA HISTORIA ECONÓMICO-SOCIAL, 14; C. GIRO CULTURAL Y GIRO LINGÜÍSTICO, 18; D. HISTORIA INTELLECTUAL Y CONCEPTUAL, 31. | |
| 2. LA HISTORIOGRAFÍA ARGENTINA Y EL GRUPO DE QUILMES..... | 37 |
| A. IDENTIDAD Y NACIONALISMO COMO CENTRO DE LA HISTORIA DE LAS IDEAS EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX, 38; B. DISPERSIÓN TEMÁTICA Y METODOLÓGICA EN LA HISTORIA DE LAS IDEAS EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX, 43. | |
| 3. INVESTIGACIONES Y TEXTOS TEÓRICOS DEL GRUPO DE QUILMES..... | 58 |
| A. DIFERENCIA ENTRE HISTORIA INTELLECTUAL E HISTORIA DE LAS IDEAS, UNA TOMA DE POSICIÓN, 58; B. LA IMPORTANCIA DE LA INTENCIONALIDAD, 69; C. LA INFLUENCIA DE LA OBRA DE PIERRE BOURDIEU, 75; C. LA PRESENCIA DE LA HISTORIA CONCEPTUAL, 82; D. POSTURA HETERODOXA DEL GRUPO DE QUILMES, 85. | |
| 4. INVESTIGACIONES MONOGRÁFICAS DEL GRUPO DE QUILMES | 93 |
| A. AUTOR Y RED INTELLECTUAL / RED INTELLECTUAL Y AUTOR, 94; B. REDES INTELLECTUALES, 99; C. DEL AUTOR O RED INTELLECTUAL A LA REFLEXIÓN TEÓRICA, 107; D. TÉRMINOS QUE EXPLICAN UNA RED INTELLECTUAL, 110; E. HISTORIOGRAFÍA / RED INTELLECTUAL, 114. | |
| CONCLUSIÓN | 117 |
| BIBLIOGRAFÍA | 128 |

INTRODUCCIÓN

Para quien frecuenta las lecturas en torno a la historiografía reciente, es común encontrarse con diagnósticos como sobre-especialización o dispersión temática, crisis de paradigmas teóricos y apertura a la multidisciplinariedad, sobre todo en cuanto a los métodos de investigación histórica. Asimismo, no es extraño detectar dos posiciones aparentemente opuestas e irreconciliables: la que considera a la historia una ciencia que tiene como objetivo alcanzar un conocimiento verdadero, frente a la postura que niega a la historia la categoría de ciencia, y por ende, la posibilidad de alcanzar un conocimiento verdadero, acercando o equiparando a la historia con la ficción.

Con el tiempo, la rutina y la complejidad del trabajo académico conllevan al uso de generalizaciones que en ocasiones se transforman en simplificaciones conceptuales que después, impiden la profundidad requerida para cada concepto. A la primera, se le suele asociar –apresuradamente– al cientificismo, a la historia como ciencia social, al marxismo, neopositivismo, empirismo, la historia como explicación; a la segunda, con el relativismo, la historia como relato, el posmodernismo, narrativismo y la representación. Mediante el mismo procedimiento, a veces simplificador, se relacionan a su vez diversos autores y corrientes historiográficas, aparentemente trabados en un férreo debate. Del lado cientificista, destacan las obras de Marx, Hobsbawm, Thompson, Bloch, Febvre, Braudel, Fogel, entre otros. Del lado narrativista, destacan autores como Nietzsche, Foucault, Derrida, Barthes, White, Ricoeur. Por último, toda

simplificación puede conducir a vincular corrientes historiográficas con posturas políticas descalificadoras.

Este complejo panorama es el punto de partida de la presente investigación historiográfica. Generalmente, un trabajo historiográfico se concentra en un autor o corriente de pensamiento y lo ubica en un contexto histórico e historiográfico (características de la época, corrientes de pensamiento a las que pertenece, con las que comulga y con las que marca una distancia). En esta investigación, sin embargo, el objeto de estudio es el grupo de Quilmes, que aglutina a historiadores y pensadores argentinos como Carlos Altamirano, Elías José Palti, Jorge Myers, Oscar Terán (†), entre otros; que en su mayoría se encuentran vivos y en plena producción historiográfica. Dicho con otras palabras, el grupo de Quilmes es un objeto de estudio vivo y dinámico, por lo que su relación en un contexto histórico e historiográfico debe ser de naturaleza distinta.

En ese sentido, ubicar al grupo de Quilmes en un panorama historiográfico actual requiere un esfuerzo doble de reflexión, pues es necesario en primera instancia, aclarar ese difuso panorama historiográfico actual, para poder ubicar en su justa dimensión las posiciones de los autores del grupo de Quilmes. Este será el objetivo del primer capítulo.

Posteriormente, se ubicará al grupo de Quilmes al interior de la propia historiografía argentina, en relación estrecha con su contexto político-social inmediato: la Argentina de las dictaduras y el actual periodo democrático. Este apartado nos permitirá apreciar las vicisitudes políticas que impactaron profundamente la labor académica argentina, desde las terribles experiencias de

la persecución, la censura y el exilio, hasta la construcción de nuevos espacios institucionales destinados a la investigación histórica y de ciencias sociales.

Posteriormente, en el tercer y cuarto capítulos se analizará con mayor detalle la producción historiográfica del grupo de Quilmes. La estrategia a seguir, será concentrarme en publicaciones que aglutinen a los máximos representantes del grupo, lo cual nos permitirá obtener una imagen más justa de Quilmes como grupo, en vez de enfocarnos a uno o dos de los autores más reconocidos.

Actualmente, la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ) cuenta con una serie de proyectos de investigación en torno a la historia intelectual que han dado vida a dos grandes publicaciones colectivas: *Prismas. Revista de historia intelectual e Historia de los intelectuales en América Latina*, 2 v. De modo que la presente investigación se concentrará en dichas publicaciones.

Para el año 2013, *Prismas* ha publicado 17 números, es decir casi dos décadas de reflexión en torno a la historia intelectual. Con el paso del tiempo, las secciones de la revista se han modificado, pero en general conservan el esquema de cualquier revista académica: una sección de artículos originales (Artículos), una sección de colaboraciones destacadas de autores que pertenecen a otras instituciones (Dossier) y una sección de reseñas (Lecturas, Fichas, Reseñas). Por otro lado, la revista reserva una sección especial (Argumentos) para incluir textos teóricos clave, o incluso, pequeños debates teóricos que se consideran imprescindibles para comprender los horizontes de la historia intelectual.

El formato de la revista es denso, tanto en cuanto al tamaño del papel (oficio) como en cuanto a la extensión de cada número (superior a las 300 páginas, generalmente). Los campos temáticos de la revista son tanto teóricos

como monográficos. Los estudios monográficos se concentran en el estudio de la cultura política, o lo que en círculos historiográficos se conoce como “Nueva historia política”, en el que se abordan temas como la representación social, la representación política, prácticas culturales y políticas, estudios de género, imaginarios, identidad, nacionalismo, opinión pública y otros problemas políticos. En menor medida, aparecen temas en torno a la literatura, el paisaje y el urbanismo.

En cuanto a los autores principales de la revista destacan Carlos Altamirano, director, quien ha realizado trabajos en torno a la historiografía argentina, la historia intelectual y el estudio de los intelectuales en América Latina. Por otro lado, Elías José Palti, quien ha desarrollado una amplia trayectoria en torno a la cultura política, así como estudios teóricos sobre la historia intelectual. A su vez, Oscar Terán y José Sazbón quienes desde la filosofía incorporaron hasta el año de su fallecimiento (ambos en 2008) un enfoque filosófico al estudio de los intelectuales argentinos.

Por su parte, la *Historia de los intelectuales en América Latina* fue publicada por Katz Editores, editorial independiente de la UNQ, en dos volúmenes: *I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo* (2008), con Jorge Myers como editor; *II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX* (2010), con Carlos Altamirano como editor y director general del proyecto en su conjunto. Como toda obra colectiva, aglutina una serie de trabajos individuales en torno al mismo tema. Si bien se trata de una historia referida a Latinoamérica en su conjunto, es notable la tendencia a concentrarse en las grandes ciudades de la región: México, Buenos Aires, San Pablo, Río de Janeiro, Lima y Bogotá, principalmente. Ahora bien,

dicha mirada no constituye una limitante, pues los intelectuales suelen concentrarse en las urbes, como espacios privilegiados del quehacer académico. No obstante, no se deja de lado las concentraciones intelectuales de pueblos o ciudades pequeñas.

Para el análisis de ambas publicaciones, representativas de la producción historiográfica del grupo de Quilmes, se seleccionarán una serie de artículos con el fin de examinarlos bajo la siguiente división: textos teóricos y textos monográficos.

En el tercer capítulo se abordarán los textos teóricos, que se concentran en la revista, en su mayoría aportaciones de autores externos al grupo de Quilmes. Sin embargo, dicha sección refleja sus intereses teóricos, lo que sirve de guía para profundizar en su producción historiográfica.

Mientras que en el cuarto y último capítulo se abordará el segundo rubro, el más numeroso, ya que es el que predomina en los artículos de *Prismas* y engloba la totalidad de la *Historia de los intelectuales en América Latina*.

Por último, cabe señalar que el análisis de Quilmes que se presentará a continuación es de índole descriptiva y analítica. La hipótesis inicial consiste en considerar que el grupo de Quilmes tiene como mayor influencia la escuela de Cambridge, en especial la obra de Quentin Skinner, y la historia conceptual, sobre todo la obra de Reinhart Koselleck. Ahora bien, esta hipótesis es provisional, ya que la exploración de los textos nos permitirá verificar el grado de influencia o bien, matizar algunas e incluso, agregar otras. Por supuesto que no se trata de buscar un modelo normativo de historia intelectual y conceptual para después verificar si el grupo de Quilmes se ajusta o no a él. Más bien, se trata de una

operación comparativa constante entre los textos de Quilmes y sus influencias más notables, publicadas por la propia revista.

El análisis de una revista latinoamericana actual nos permitirá acercarnos a uno de los ámbitos de investigación histórica más comentados en los últimos años: la historia conceptual y la historia intelectual. Estas subdisciplinas se han trabajado en diversas academias de la región, como México, Brasil y Argentina, siendo la última una de las más productivas, gracias en buena medida a la profundidad, rigor y difusión del grupo de Quilmes. Asimismo, el análisis de las influencias que reciben dichos académicos argentinos, nos permitirá realizar un balance de la historiografía actual, tarea que si bien constituye un verdadero desafío, resulta a la vez, cautivante.

U N O

HISTORIA INTELECTUAL Y CONCEPTUAL: HIJAS DEL GIRO LINGÜÍSTICO

Un análisis historiográfico permite integrar el pensamiento de un autor en una corriente de pensamiento más amplia, es decir, ubicarlo al interior de un canon, el de la escritura de la historia. Por supuesto que el canon no es un objeto ya consolidado, sino que es algo que el propio quehacer historiográfico construye con el tiempo. La historiografía es dinámica.

Desde los años sesenta, la multiplicación de centros académicos en el mundo, sobre todo en América Latina, no sólo ha incrementado el volumen de publicaciones historiográficas, sino también el número de corrientes, enfoques y los puentes entre ellos. Cincuenta años después, la tendencia ha crecido exponencialmente, dificultando aún más la tarea de establecer con claridad un estado de la cuestión sobre la historiografía.

A. DE LA HISTORIOGRÁFICA CLÁSICA AL POSITIVISMO

Si bien la historiografía ha cambiado mucho desde los primeros historiadores griegos como Heródoto y Tucídides, al menos hasta principios del siglo XIX y a riesgo de caer en una simplificación extrema, la operación historiográfica mantuvo ciertas generalidades, que a lo largo del siglo XX se fisurarían paulatinamente, hasta el punto de quebrarse por completo.

La búsqueda de la verdad en la historia fue la característica principal, desde el comienzo de la naciente disciplina. Desde Heródoto la verdad se sustentó en la credibilidad de sus fuentes, que solían reducirse a los testimonios, lo que hoy llamaríamos historia oral, es decir, la primacía de lo visto y lo oído. Posteriormente, incluso Cicerón, quien daría primacía a la importancia de la retórica en la historia, nunca renunció a la búsqueda de la verdad: “Consagrado a embellecer su discurso, el historiador debe contarse entre quienes ‘ornamentan los hechos’. Cicerón preconiza una estilística de la historia caracterizada por una escritura rápida, sin tropiezos. En consecuencia, se vuelca más hacia el lado de la epopeya para definir el género histórico, pero no olvida, sin embargo, la preocupación por la verdad que caracteriza el discurso de la historia, a diferencia de la epopeya”.¹ Ahora bien, la búsqueda de la verdad depende de la confiabilidad de la fuente de información. Dado que en la Antigüedad, las fuentes se enfocaron por lo general a lo visto y a lo oído, sus temas en el espacio y tiempo se redujeron a lo que el propio historiador era capaz de experimentar en carne propia, limitándose a una historia contemporánea. Cabe señalar que sí existieron historiadores clásicos como Polibio y Tito Livio que trataron periodos anteriores a su propia vida, apoyándose en registros como los anales o en obras de historiadores anteriores. No obstante, fue más común limitarse a un pasado reciente.

Durante la Edad Media, la necesidad de remontarse al tiempo bíblico invirtió la preferencia por el tipo de fuentes utilizadas; se pasó del testimonio clásico al uso de obras que remitían al pasado. Al ser lo visto y lo oído no sólo imposible,

¹ François Dosse, *La historia: conceptos y escrituras*, p. 80.

sino sospechoso de 'pecado', se recurrió a la interpretación de textos confiables: la Biblia y textos de los padres de la Iglesia. Fue así como surgió el llamado método de autoridades, donde las obras fueron jerarquizadas según su confiabilidad y, donde la más confiable sería el propio libro sagrado.²

A partir del Renacimiento, el interés por la Antigüedad clásica generó la necesidad de encontrar nuevas fuentes de información, que posibilitaran la búsqueda de la verdad, sin necesidad de recurrir a las autoridades medievales. Los primeros nuevos métodos fueron de orden arqueológico, es decir, el estudio de objetos como grandes monumentos, piezas, monedas antiguas o cualquier vestigio del pasado. El otro gran método fue el filológico, que se concentró en el estudio lingüístico de documentos para precisar su fecha de elaboración, con el fin de estudiar la autenticidad de textos sagrados o políticos. En 1440, por ejemplo, Lorenzo Valla demostró la falsedad del documento que supuestamente establecía la donación de Constantino al papa Silvestre del territorio italiano, gracias a la construcción y crítica de una gramática latina histórica.³

La crítica de los documentos se perfeccionó con el tiempo, sobre todo a partir de los estudios de los monjes benedictinos de Saint Maur en siglo XVII, creando una nueva disciplina histórica, la diplomática⁴, que "se asigna la tarea de contribuir a formular con claridad las reglas que permitan distinguir y clasificar las

² Si bien, en la actualidad el método de autoridades ha sido desechado por completo, continúa siendo un peligro constante en cualquier investigación, sólo que en vez de ser el libro sagrado la fuente más autorizada, son los textos clásicos o consagrados de cualquier especialidad, los que tienen ese efecto de autoridad, al menos en potencia. Para un estudio más amplio sobre la historiografía medieval existen varios textos. Un panorama general puede encontrarse en R. G. Collingwood, *Idea de la historia*; Eduard Fueter, *Historia de la historiografía moderna*; Joseph Fontana, *La historia de los hombres: el siglo XX*, François Dosse, *La historia: conceptos y escrituras*.

³ Cfr. François Dosse, *op. cit.*, p. 22.

⁴ De hecho, la obra de Jean Mabillon, se intituló *De res diplomatica*, (1681).

antiguas cartas y juzgar los viejos títulos. El estudio erudito se dedica al documento en su contenido pero también presta atención a los soportes materiales utilizados: el tipo de tinta, las hojas de los pergaminos, la figura de las letras, los sellos, las fórmulas...”⁵

Posteriormente, a finales del siglo XIX se consolidaría el trabajo de erudición y de archivo con la profesionalización e institucionalización de las disciplinas en las universidades, entre ellas la historia, consolidando un perfil del historiador, y un modelo disciplinario: “El buen historiador es reconocible por su ardor en el trabajo, su modestia y los criterios indiscutibles de su juicio científico. Rechaza en bloque lo que Charles-Victor Langlois y Charles Seignobos, los dos grandes maestros de la ciencia histórica de la Sorbona, autores de la célebre obra destinada a los estudiantes de historia, *Introducción a los estudios históricos* (1898), llaman la ‘retórica y las falsas apariencias’ o los ‘microbios literarios’ que contaminan el discurso histórico erudito.”⁶ La consolidación del estudio de archivo caracterizaría lo que actualmente se conoce como ‘historia positivista’: una visión lineal, progresista y universal de la historia con pretensiones científicas y objetivas. Este tipo de historia tendrá una de sus expresiones más socorridas en la obra del historiador Leopold von Ranke, juzgado a veces como simplista o reduccionista.⁷ Asimismo, se asumió el modelo clásico de la epistemología que se concentraba en

⁵ *Ibid.*, p. 27.

⁶ *Ibid.*, p. 29.

⁷ El historiador británico E. H. Carr ejemplifica dicho reduccionismo señalando la confianza ingenua en los documentos de archivo: “La imagen del hombre medieval profundamente religioso, sea verdadera o falsa, es indestructible, ya que casi todos los datos que acerca de él se conocen fueron seleccionados de antemano por personas que creyeron en ella, y que querían que los demás las compartieran, en tanto que muchos otros datos, en los que acaso hubiéramos hallado pruebas de lo contrario, se han perdido sin remisión. El peso muerto de generaciones desaparecidas de historiadores, amanuenses y cronistas, ha determinado sin posibilidad de apelación nuestra idea del pasado”. E. H. Carr, *¿Qué es la historia?*, p. 18-19.

descubrir los principios generales de toda producción cognitiva. En el caso particular de la historia, era necesario examinar la relación sujeto-objeto y la validez de los juicios historiográficos, con el fin de establecer fundamentos cognitivos, universales y *a priori*. Fue así como se

[...] dotó al ideal de un campo de empiricidades susceptible de conocimiento metódico, al tiempo que acreditó la investigación documental haciéndola pasar como el método histórico por antonomasia. Se sigue de ahí que el producto final, las representaciones historiográficas, elevando el documento al nivel de testimonio, adquieran el rango de objetivación de los acontecimientos pasados. Si la historia se hace con fuentes testimoniales o primarias entonces el proceso metódico aporta una base irrefutable que muestra que todas las afirmaciones historiográficas son susceptibles de comprobación, en este caso documental, de una manera análoga a la comprobación de las afirmaciones científicas estándar.⁸

Bajo esta óptica teórico-metodológica, surgieron los centros de investigación especializados en cada disciplina dentro de las universidades. En otras palabras, la academia moderna, como hoy la conocemos, surgió con un modelo epistemológico kantiano, contexto del que la historia no fue la excepción.

Ante la necesidad de consolidar el status de ciencia en la historia, el positivismo se lanzó contra los juicios de valor, por lo que el manejo de fuentes primarias, sobre todo documentos burocráticos de archivos oficiales, se convirtieron en el pilar de la investigación, pues eran éstos los máximos garantes de la objetividad, gracias en apariencia a su naturaleza sobria y concreta. Sin embargo, este modelo entró en crisis a finales del siglo XIX y a principios del XX,

⁸ Fernando Betancourt, "La fundamentación del saber histórico en el siglo XX: investigación social, metodología y racionalidad operativa", p. 104-105.

aunque su impacto más contundente en la historia y en la filosofía se haría visible hasta el último tercio del siglo XX.

B. LA HISTORIA ECONÓMICO-SOCIAL

El auge del objetivismo decimonónico llevó el modelo kantiano hasta sus últimas consecuencias, dando lugar a lo que se conoce como teoría de la correspondencia:

[...] los enunciados científicos son de tal naturaleza que se corresponden directa e inmediatamente con lo real que designan y esta correspondencia puede ser verificada empíricamente. Esto es lo que hace la ciencia, verificar continua y permanentemente los enunciados que produce; conjuntados en un armazón discursivo (sistema conceptual) expresan inequívocamente los conocimientos que genera.⁹

En el terreno de la teoría de la historia, Carl Gustav Hempel fue quien intentó proponer un modelo científico para la historia en “La función general de las leyes históricas” (1942). En síntesis, Hempel sostenía que dado que los acontecimientos no ocurren al azar sino en función de ciertas condiciones, era posible crear leyes generales que sirvieran como modelo para explicar y predecir los acontecimientos. Si bien la gran cantidad de variables que intervienen en la causalidad de los acontecimientos hacían imposible la formulación de leyes generales, Hempel sostenía que era posible establecer esbozos de explicación (*sketches*).

Tras la publicación de la obra de Hempel, surgieron una serie de críticas y comentarios en el ámbito epistemológico, unos asumiendo el esbozo hempeliano, otros matizándolo o bien, negándolo categóricamente. Por un lado, Henrik von

⁹ *Ibid.*, p. 101.

Wright y Jersy Topolsky apoyarán con matices el modelo de Hempel; mientras que Paul Veyne, Paul Ricœur y Hayden White, por mencionar algunos, se opondrán categóricamente al modelo. Cabe señalar, que entre los propios autores que se han opuesto a Hempel, existen diferencias de enfoque.

Al tiempo que se discutía los límites y problemas de la teoría de la correspondencia, aún sin ser rechazada, la historia experimentaba a su vez sus propias transformaciones. El cambio de la historia política positivista a la historia económica y social ocurrió prácticamente de manera paralela en Occidente, aunque con diferentes matices en cada país. En Francia, la escuela de Annales con las obras de Marc Bloch, Lucien Febvre y Fernand Braudel, por mencionar a los más emblemáticos; asimismo, la vertiente de la historia socialista francesa de Jean Jaurès, François Simiand y Ernest Labrousse. En Alemania, el historicismo de Ernst Troeltsch y Friedrich Meinecke. En Estados Unidos, los llamados “Nuevos historiadores”, que después derivaría en una historia cuantitativa con autores como Robert Fogel y Walter Whitman Rostow. Por su parte en Inglaterra, cobró gran importancia la escuela de marxistas británicos (Eric Hobsbawm, E. P. Thompson, Christopher Hill, entre otros), que a la postre fundarían revistas hoy emblemáticas, como *Past and Present*, *History Workshop* y *New Left Review*.

De acuerdo con el historiador español Julio Aróstegui, es posible clasificar en tres grandes ramas los cambios de la historiografía a partir de la década del treinta: la historiografía marxista, la escuela de Annales y la historia cuantitativa.

En términos generales, la innovación de la escuela de Annales consistió en cuestionar la noción de ‘hecho histórico’, además de proponer una historia basada en el estudio de problemas, en vez de una historia como relato, meramente

cronológica. Asimismo, siempre existió un esfuerzo por acercar la historia a las ciencias sociales, además de ampliar el campo de estudio de la historia con nuevos temas. “La propuesta de una historiografía abierta a todos los conocimientos del hombre es, en definitiva, otra de las grandes aportaciones de la escuela viva hasta el día de hoy como muestran publicaciones recientes. A algunos de los integrantes de la escuela se debe también una primera tímida, y más bien declarativa, formulación de la idea de ‘historia total’, como es el caso de Braudel. Según LeGoff, esta ‘nueva historia’ ‘se afirma como historia global, total, y reivindica la renovación de todo el campo de la historia’”.¹⁰

Por su parte, una síntesis de la historiografía marxista resulta una labor más complicada, ya que abarca por un lado la historiografía soviética (rusa, alemana y polaca, principalmente), así como los marxismos occidentales, donde la historiografía británica ha sido muy influyente. A pesar de su gran variedad de autores y temas, puede decirse que lo más significativo del marxismo británico reside en la fundamentación conceptual de sus obras. El mejor ejemplo es la obra de E. P. Thompson, en la que “destacan dos trabajos: el más voluminoso sobre la formación de la clase obrera en Inglaterra y otro que descubre bien la vertiente polémica de esta nueva historiografía renovadora del marxismo y que fue su dura diatriba contra las posiciones de Louis Althusser, titulada *Miseria de la teoría*”.¹¹

Por su parte, la historia cuantitativa, surge en buena medida, gracias al éxito de la sociometría y econometría estadounidense en la década de los

¹⁰ Julio Aróstegui, *La investigación histórica. Teoría y método*, p. 105. Conviene hacer mención del concepto de historia total, surgido del materialismo histórico y explicado de manera magistral, por ejemplo por Pierre Vilar, *Historia marxista, historia en construcción*.

¹¹ *Ibid.*, p. 117.

cincuenta. En ese sentido, la cliometría se enfocaría en el estudio de fenómenos cuantificables. De acuerdo con Fogel, la cliometría renovaba la historiografía por “[...] su énfasis en la medición, y el reconocimiento de la íntima relación que existe entre medición y teoría”.¹²

Analizado desde un punto de vista epistemológico, los primeros trabajos de historia con un enfoque económico y social, como lo fueran las corrientes antes mencionadas, no cuestionan en gran medida los presupuestos tradicionales del modelo de ciencia, antes bien, aspiran conseguir a cabalidad dicha categoría, desde una perspectiva crítica renovadora. En ese sentido, la crítica de la que en su momento se llamara ‘nueva historia’, consistiría más bien en un rechazo por limitar el estudio histórico al terreno de lo político y lo diplomático. En contraste, proponían ampliar el método historiográfico hacia campos más amplios, siempre con el rigor de la crítica de fuentes. Es así como surgirían nuevos temas y métodos como la historia serial, a saber, estudios estadísticos sobre demografía, factores económicos y sociológicos cuantificables.

Ahora bien, a la par de dichas corrientes, que denominaremos “cientificistas”, existían a su vez, pensadores que consideraban que la historia era un conocimiento distinto al científico, y por ende, debía contar con una metodología diferente. Dicha noción es posible remontarla al siglo XIX, momento en que se realiza la taxonomización de las ciencias y disciplinas del saber. Si bien se impuso el ideal comteano de emular a las ciencias naturales, ello no significa que no existieran categorizaciones distintas. Una de las más conocidas fue la de Wilhelm Windelband (1848-1915), para quien las ciencias nomotéticas y

¹² Josep Fontana, *La historia de los hombres: el siglo XX*, p. 46.

nomológicas eran aquellas capaces de generar leyes y explicaciones, mientras que las ciencias idiográficas o humanas se enfocaban a lo particular y a la comprensión. “Las ciencias del hombre no estarían capacitadas para dar explicaciones en forma de teorías, sino que deberían dirigirse a ‘comprender’ el significado de las acciones humanas. Y ello está estrechamente relacionado con la filosofía hermenéutica”.¹³ En el terreno historiográfico, historiadores como R. G. Collingwood o Isaiah Berlin, siguieron el camino de la comprensión en vez de la explicación. No obstante, el auge de la hermenéutica como método socorrido para el estudio de lo histórico vendría después de la llamada crisis de paradigmas.

C. EL GIRO CULTURAL Y EL GIRO LINGÜÍSTICO

Las décadas del sesenta y setenta fueron años de crisis, cambios y revoluciones de todo tipo. Tras una edad dorada de bonanza económica en los años cincuenta, tanto en el bloque capitalista como en el socialista, la crisis brotó poco a poco con movimientos estudiantiles, revoluciones culturales que transformaron radicalmente las relaciones sociales y finalmente, con revoluciones políticas en buena parte del Tercer Mundo, ya sea de inspiración socialista (Revolución Cubana, 1959), de inspiración fundamentalista (Revolución iraní), o francamente golpista para mantener el sistema capitalista (Chile de Pinochet, 1973, por señalar el más importante), incluso de orden monopólico-económico (alza de precios del petróleo por países de la OPEP, 1973).

La revolución cultural fue quizá la transformación más gradual pero más importante de estas décadas, pues terminaría con la erosión de la familia nuclear

¹³ Julio Aróstegui, *op. cit.*, p. 58.

en las sociedades occidentales,¹⁴ factor que fue de la mano con cambios como el aumento de los divorcios, familias monoparentales, etcétera. Lo mismo ocurrió con la despenalización de la homosexualidad, el derecho al voto de la mujer y la liberación sexual, junto con el relajamiento de costumbres conservadoras anteriores, reflejadas incluso, en la vestimenta y apariencia de los jóvenes.

Sin duda, el sector social en donde mejor se percibió la revolución cultural fue en la juventud que emerge como sector social políticamente visible, activo y sobre todo, subversivo. Los jóvenes, hijos de la reciente clase media, beneficiados directos de los años dorados de la posguerra, ahora se encontraban como un sector social con poder adquisitivo y ávido de transformar la política local y mundial, mediante las manifestaciones pacíficas. Sin embargo, el clima de paranoia propio de la Guerra Fría provocó respuestas autoritarias por parte de los gobiernos del primer, segundo y tercer mundo: arresto masivo de estudiantes de Berkeley en 1964; mayo parisino, primavera de Praga y matanza de Tlatelolco en 1968, el Cordobazo argentino y el de otoño caliente en Italia de 1969. La represión de movimientos estudiantiles transformaron la política de los países notoriamente, ya sea para recuperar la legitimidad perdida, o bien, como llamada de atención ante un grupo social emergente, políticamente activo.

Por si fuera poco, en el Tercer Mundo surgirían revoluciones sociales dispuestas a desafiar por la fuerza al Estado. En América Latina, la Revolución

¹⁴ “...la típica familia nuclear occidental, la pareja casada con hijos, se encontraba en franca retirada. En los Estados Unidos estas familias cayeron del 44 por 100 del total de hogares al 29 por 100 en veinte años (1960-1980); en Suecia, donde casi la mitad de los niños nacidos a mediados de los años ochenta eran hijos de madres solteras, pasaron del 37 al 25 por 100. Incluso en los países desarrollados en donde aún representaban más de la mitad de los hogares en 1960 (Canadá, Alemania Federal, Países Bajos, Gran Bretaña) se encontraban ahora en franca minoría” Eric Hobsbawm, *La historia del siglo XX*, p. 324.

Cubana, encabezada por Fidel Castro fue sin duda el gran catalizador de la radicalización de la izquierda latinoamericana, inspirando otros procesos revolucionarios en América Latina como por ejemplo, la Revolución Sandinista de 1979, así como las guerrillas urbanas y rurales en varios puntos de las repúblicas latinoamericanas en la década del sesenta: FARC en Colombia, Lucio Cabañas en México, Tupamaros en Uruguay, el MR-8 brasileño, por mencionar algunos.

De modo que, los fundamentos ideológicos del capitalismo y el socialismo fueron fuertemente cuestionados. Las crisis económicas de los setentas llevaron al límite ambos sistemas, por lo que para la década de los ochenta, la Unión Soviética anuncia una serie de medidas de transformación mediante la *Perestroika* y la *Glasnost*, que se consumaría en 1991; mientras que los países capitalistas iniciarían una reestructuración económica y política que desembocaría en el predominio del neoliberalismo.

La crisis de ambos proyectos decimonónicos que cobraron toda su fuerza en el siglo XX, capitalismo y socialismo, detonaron en el terreno filosófico una serie de críticas hacia la modernidad en todos sus aspectos: desde la filosofía política (Jürgen Habermas) hasta la racionalidad científica (Michel Foucault, Jacques Derrida, Hans George Gadamer, Paul Ricœur).

Por supuesto que la crítica a la racionalidad científica no fue una generalidad. La filosofía analítica, mediante la lógica simbólica, continuó –y actualmente lo hace– enfocándose en una racionalidad universal y *a priori*, aunque generalmente, acotada a ciencias en las que impera el lenguaje matemático o de la lógica simbólica. Bajo esta óptica, la filosofía del lenguaje cobró gran importancia, lo cual sentaría las bases del giro lingüístico.

En consecuencia, la epistemología se fue transformando conforme la objetividad absoluta del conocimiento científico fue puesta en duda y finalmente, descartada, en su sentido clásico. En el plano de la filosofía, tanto la hermenéutica como la filosofía analítica reformularon sus propias tradiciones, hasta concluir que

[...] la coherencia de la epistemología o filosofía de la ciencia se ha basado en penetrar una serie de afirmaciones sobre la ciencia que no pueden ser ni justificadas ni verificadas bajo los mismos procedimientos científicos, esto es, constituyen una serie de afirmaciones indemostradas y tomadas de manera apriorística. De tal manera que el cambio fue profundo y condujo a la introducción de otro tipo de fundamentación que no tiene relación con los planteamientos epistemológicos clásicos. Llevar a cabo un planteamiento epistemológico sobre los límites y la naturaleza de la disciplina histórica supone, en la actualidad, describir sus formas operativas (lógica de investigación) y las instancias discursivas (textos) que las acompañan. [...] No se trata ya de clarificar principios (por lo demás, sustentados en una declaración de corte kantiana supuestamente indubitable: son universales, necesarios y a priori), sino impulsar una autorreflexión disciplinaria sobre los condicionantes que presenta la historia en tanto racionalidad procedimental.¹⁵

El cuestionamiento de los fundamentos epistemológicos de la ciencia decimonónica marcó la pauta del llamado giro cultural, que se caracterizó, entre otras cosas, por un marcado escepticismo ante los determinismos económico-sociales. En contraparte, el interés y estudio de lo cultural –en contraposición con lo socioeconómico– se expandió rápidamente, interés que continúa hasta nuestros días, aunque quizá, ya no con la misma euforia.

En el campo historiográfico francés el interés culturalista se reflejó en lo que se conoce como tercera y cuarta generación de Annales, que impulsaron una

¹⁵ Fernando Betancourt, *op cit.*, p. 106.

historia de las mentalidades (Georges Duby, Emmanuel Le Roy Ladurie, entre otros), una historia cultural (Roger Chartier) y la obra conjunta *Faire de l'histoire*, de Jacques LeGoff y Pierre Nora, en la que a decir del crítico catalán Josep Fontana, corresponde la atomización de la historia, es decir, el estudio monográfico de temas culturales novedosos como el estudio del libro como objeto, el cuerpo, la vida cotidiana, el mito, etc., que ha tenido mucho éxito en el ámbito francés y en países culturalmente dependientes como México, España e Italia.¹⁶ Cabe señalar, que la historia cultural surge en oposición a la historia de las mentalidades, no obstante, se ha decidido ubicarlos en conjunto, dado su interés por lo cultural.¹⁷

En el ámbito anglosajón, el replanteamiento teórico y metodológico del discurso histórico impactará con mayor fuerza la historiografía, como sucede en la obra de Hayden White. Por otro lado, en Inglaterra, el replanteamiento del marxismo crítico recuperará la tradición culturalista desde el marxismo, con las obras de Raymond Williams, Fredrich Jameson, Terry Eagleton, entre otros.¹⁸ Asimismo, en Alemania, se recuperará la tradición de la Escuela de Frankfurt, desde los autores clásicos como Max Horkheimer y Theodor Adorno, hasta autores actuales como Jürgen Habermas y Axel Honneth.¹⁹

¹⁶ Cfr. Josep Fontana, *op. cit.*, p. 130.

¹⁷ El artículo "Historia intelectual e historia de las mentalidades. Trayectorias y preguntas" (1982) de Roger Chartier es un texto clásico en el que se explican a detalle las diferencias entre ambas corrientes.

¹⁸ Cabe señalar que la obra de Fredrich Jameson, aborda el marxismo desde el giro lingüístico. Un estudio más detallado de su obra, así como sus diferencias y semejanzas con Terry Eagleton se encuentra en la obra de *Los orígenes de la posmodernidad* de Perry Anderson.

¹⁹ De acuerdo con Bolívar Echeverría, una de las singularidades de la Escuela de Frankfurt consiste en proceder de una órbita romántica, en la que la obra y el pensamiento de un autor no se limita a analizarla con una distancia objetiva, sino mediante una relación directa, interiorizada con capacidad para transformar la realidad al pensarla de manera distinta. Cfr. Bolívar Echeverría, "Una introducción a la Escuela de Frankfurt".

Rápidamente, el *boom* del interés por lo cultural desembocó en un *boom* por el estudio del lenguaje y del discurso, de ahí que también se hable de un giro lingüístico, que se desprende principalmente de la crítica literaria y la filosofía del lenguaje y la hermenéutica. Si bien en estas áreas revolucionó el estudio y la interpretación de los textos, en el terreno historiográfico no fue recibido con entusiasmo por un amplio sector. De hecho, llega tarde a la historia bajo la sospecha de instaurarse como una amenaza por reemplazar la realidad por el discurso. De acuerdo con el historiador catalán Josep Fontana, que sirve de ejemplo de esta visión, el análisis del discurso sólo examina viejos problemas con nuevos términos, con Michel Foucault, Hayden White, Paul Ricoeur, Michel de Certeau como "proveedores de léxico".²⁰

Ahora bien, cabe señalar que desde el ámbito de la filosofía, el giro lingüístico tiene varias aristas. En cuanto a su impacto en la historiografía, podríamos señalar dos. Por un lado, se encuentra una vertiente estructuralista, que desembocará en el post-estructuralismo (Jacques Derrida). A partir de la lectura de sus obras, cobrará auge la semiótica y el análisis lingüístico del discurso, que causará un gran impacto en las ciencias sociales. Por otro lado, se encuentra la hermenéutica, que si bien se remonta a su noción clásica de interpretación de textos oscuros, generalmente se considera parte de dos grandes fuentes filosóficas: Wilhelm Dilthey, para quien la hermenéutica era el método de las ciencias del espíritu, y Martin Heidegger, para quien la hermenéutica no se limitaba a dichas ciencias, sino a la existencia misma del ser humano. Ahora bien, "la mayoría de grandes representantes de la hermenéutica contemporánea

²⁰ Josep Fontana, *op. cit.*, p. 136-140.

(Gadamer, Ricoeur y sus epígonos) se sitúan en la estela de Heidegger, pero no han seguido su 'vía directa' de una filosofía de la existencia. Han preferido, más bien reanudar el diálogo con las ciencias del espíritu, más o menos abandonado por Heidegger".²¹

En ese sentido, el giro cultural y lingüístico no seguirá un solo sendero, sino que cada corriente retomará ciertos postulados filosóficos para repensar el quehacer historiográfico. La primera corriente en asumir, e incluso hablar de un giro lingüístico como tal, surgió en Estados Unidos y

[...] consiste en el reconocimiento de la importancia del lenguaje o el discurso en la constitución de las sociedades. Ahora las estructuras y los procesos sociales que se consideraban determinantes de una sociedad y una cultura se ven cada vez más como productos de una cultura entendida como una comunidad comunicativa. Este énfasis en la centralidad del lenguaje se ha introducido en buena parte de los estudios académicos recientes en historia política, social, cultural e intelectual. Pero mientras algunos escritores extrajeron consecuencias muy radicales de la teoría lingüística y redujeron la historia a la semiótica [...] otros historiadores vieron el lenguaje como una herramienta para abordar la realidad social y cultural.²²

La crítica al conocimiento de la realidad se catalizó en la posmodernidad. De acuerdo con Perry Anderson, el término posmodernidad surgió de manera ocasional en diversos textos desde la década de los cincuenta, no obstante, fue en 1972 cuando por vez primera aparece en la academia para referirse a un estilo literario y en 1977 en la arquitectura para expresar un estilo de mezcla de contrarios. Pero fue hasta 1979 con la obra *La condición posmoderna* de Jean-François Lyotard, que el término cobró el sentido que actualmente tiene: crítica y

²¹ Jean Grondin, *¿Qué es la hermenéutica?*, p. 19.

²² Georg G. Iggers, *La historiografía del siglo XX*, p. 218-9.

desencanto de la racionalidad moderna. Para Lyotard, la posmodernidad se vinculaba con la noción de sociedad posindustrial, teorizada por Daniel Bell y Alain Touraine, en la que el conocimiento se constituía como la principal fuerza económica de producción, sobrepasando las fronteras de los Estados-nacionales. Por lo tanto,

[...] si la sociedad no había de concebirse ni como un todo orgánico ni como un campo dualista de conflicto (Parsons o Marx), sino como una red de comunicaciones lingüísticas, entonces el lenguaje mismo –‘el vínculo social entero’– se componía de una multiplicidad de juegos diferentes cuyas reglas eran inconmensurables y cuyas relaciones recíprocas eran agonales. En esas condiciones, la ciencia se convertía en un juego de lenguaje entre otros: no podía ya reivindicar el privilegio imperial por encima de las otras formas de conocimiento al que había aspirado en los tiempos modernos. De hecho, su título de superioridad como verdad denotativa respecto a los estilos narrativos del conocimiento consuetudinario ocultaba la base de su propia legitimación, que en su expresión clásica descansaba ella misma sobre dos formas de gran narrativa. La primera derivada de la Revolución Francesa, contaba el cuento de la humanidad como agente heroico de su propia liberación mediante el avance del conocimiento; la segunda, que descendía del idealismo alemán, un cuento del espíritu como despliegue progresivo de verdad. Ésos eran los grandes mitos justificadores de la modernidad.²³

En ese sentido, la posmodernidad representaría la pérdida de credibilidad en las metanarrativas, pluralización de los tipos de argumentos, proliferación de la paradoja y el paralogismo, dependencia de la verdad científica en costosos aparatos (a esto le llama Lyotard ‘performatividad’) y una explosión de micronarrativas.

²³ Perry Anderson, *Los orígenes de la posmodernidad*, p. 38-39.

Ahora bien, lo polémico del texto del filósofo francés en el terreno historiográfico, es justamente que no sólo niega la posibilidad de una historia total verdadera, sino de toda historia posible. Las consecuencias de la posmodernidad, así entendida, equivalen a un *rechazo* de las periodizaciones y grandes interpretaciones de la historia (estructuralismo, marxismo, funcionalismo), que se sustituye por pequeñas historias; se busca entonces el análisis histórico de la representación en vez de la quimérica realidad histórica. En el fondo, se niega la posibilidad y utilidad de la historia bajo los criterios clásicos de búsqueda de la verdad que se remontan hasta Heródoto y Tucídides.

Cabe señalar que la obra de Lyotard no está exenta de la crítica. Ante el triunfo del sistema capitalista en la década de los noventa, el capitalismo se irguió como un metarrelato de libertad, democracia y triunfo global del mercado. Ante ello, Lyotard ensayó una serie de respuestas, aunque al final, de acuerdo con Anderson, “Lyotard recobró desde entonces unos acentos de oposición que hacía mucho habían enmudecido en su obra: la denuncia de la desigualdad global y de la lobotomía cultural, así como un escarnio del reformismo socialdemócrata que evocaba el pasado revolucionario del autor. Pero las únicas formas de resistencia al sistema que quedaban eran interiores: la reserva del artista, la indeterminación de la infancia, el silencio del alma. Había desaparecido el ‘júbilo’ ante la ruptura inicial de la representación por lo posmoderno; un malestar invencible definía ahora el tono del tiempo. Lo posmoderno era ‘melancolía’”.²⁴

Finalmente, la crisis de 1989 reforzó el giro culturalista y lingüístico ante el debilitamiento político del socialismo de la izquierda, que obligó al marxismo a

²⁴ *Ibid.*, p. 52-53.

replantearse en un momento en el que la crítica posmoderna sería abrumadora. La tesis de Francis Fukuyama suele considerarse el inicio de la crisis académica del 89. Adaptando una vieja interpretación de Hegel por Kojève, a saber, la historia es direccional y progresiva, su motor es la evolución de la tecnología y las ciencias naturales y esa evolución culmina con la democracia liberal y la economía de mercado. Fukuyama lo sostiene en su artículo “¿Fin de la historia?” publicado en la revista *National Interest*, revista de la fundación Olin donde después publicaron otros personajes conservadores como Allan Bloom, Irving Kristol y Samuel Huntington. La tesis causó gran interés pero se puso rápidamente en entredicho porque los conflictos políticos y económicos continuaron (Guerra de los Balcanes, ataques terroristas a embajadas de EU en países fundamentalistas islámicos, Conflicto Israel-Palestina, entre otros).

La tesis de Fukuyama generó un gran debate en el terreno académico, no obstante, acontecimientos políticos posteriores, como el terrorismo y otros conflictos bélicos, que siguieron evidenciando el deterioro del sistema capitalista en su versión neoliberal, congelaron paulatinamente la tesis del fin de la historia.

Si bien la tesis de Fukuyama era frágil e inconsistente en términos tanto teóricos como epistémicos, catalizó la crítica en contra del marxismo dogmático anclado a una epistemología decimonónica. Sin embargo, también sirvió de excusa para reducir cualquier enfoque económico, social a esquemas cerrados, en aras del predominio de un enfoque cultural o de análisis del discurso. En consecuencia, se ha originado un debate reduccionista entre marxismo y posmodernismo, que en el fondo es resultado de una simplificación tanto del

marxismo como de las corrientes posmodernas, similar a la simplificación de la tesis de Fukuyama.²⁵

En la década del noventa, creció notablemente el debate en torno a la verdad en la historia, así como su grado de cientificidad. Si bien nunca se llegó a postular dentro del gremio una postura extrema (historia=ficción o historia=verdad universal), Roland Barthes y Hayden White principalmente, personificaron en su obra las posturas que otorgaban un margen muy estrecho a la verdad en la historia, acercándolo al ámbito de la ficción.

En este contexto surge lo que hoy en día se conoce como nueva filosofía de la historia. A partir de la obra de Hayden White, esta corriente desplaza la discusión en torno a la explicación histórica (Hempel, Topolsky, Von Wright, etc.) hacia el problema de la narración (Arthur C. Danto, Louis O. Mink, Hayden White, Frank Ankersmit). No obstante, la reflexión central de esta corriente es la forma en la que puede accederse a la realidad histórica. Como sucede a menudo, cada uno de estos autores abreva en diversas fuentes filosóficas de “corte posmoderno”: fenomenología, hermenéutica, filosofía analítica, postestructuralismo. Si bien sus detractores han reducido estas corrientes a un relativismo ramplón que niega no sólo el conocimiento histórico, sino de cualquier tipo, un análisis más detallado de la obra de alguno de estos autores, demuestra que resulta falsa dicha aseveración. De acuerdo con la historiadora argentina Verónica Tozzi,

²⁵ Un ejemplo de simplificación de lo posmoderno se encuentra en la crítica del historiador norteamericano Arthur Marwick a la obra de Hayden White, caricaturizando sus argumentos como una negación de la realidad histórica y una equiparación de la historia a la novela. Por su parte, White responde a la crítica, manifestando que Marwick no ha comprendido su obra. *Cfr.* Arthur Marwick, “Dos enfoques en el estudio de la historia: el metafísico (incluido el posmodernismo) y el histórico” y Hayden White “Respuesta a Arthur Marwick”.

las posiciones van desde una concepción que encuentra una continuidad entre el lenguaje y pensamiento del historiador, por un lado, y lenguaje y pensamiento de los actores sociales, por otro –continuidad que permite fundar algún tipo de realismo y defender la racionalidad de las prácticas historiográficas– hasta una concepción que considera que el relato ejerce una imposición distorsionadora sobre el pasado real. Exponentes de este debate son Arthur Danto, Hayden White, Paul Ricœur, David Carr, Alasdair MacIntyre, Benthán MacCullagh, Frank Ankersmit, Jerzy Topolsky y Reinhart Koselleck.²⁶

La obra de Hayden White es quizá la más discutida y leída, al menos en nuestro ámbito de habla hispana. Uno de los objetivos del autor, por el que vale la pena detenerse en ciertas generalidades sobre su obra consistía en aplicar la teoría literaria a la historiografía, lo cual es distinto a equiparar literatura e historia. El objetivo de *Metahistoria* consiste además, en analizar el realismo del siglo XIX y sus consecuencias en el conocimiento histórico. A grandes rasgos, White pone el acento en el elemento poético presente en prácticamente todos los momentos de la investigación y escritura de la historia. En ese sentido, durante la revisión de fuentes (documentos, obras), etapa que el autor llama ‘prefiguración de campo histórico’, prevalecen las adopciones poéticas en la elección de las fuentes y en la interpretación de las mismas. Para ello, analiza la forma en que los principales autores del siglo XIX (entre ellos Marx y Nietzsche) construyeron la trama de la visión histórica que plasmaron en sus obras. Lo interesante y polémico del análisis whiteano es la conclusión a la que llega al sostener que son las motivaciones ideológicas las que determinan la trama del historiador, que a su vez, determina la selección e interpretación de las fuentes. En ese sentido, la historia, no es un

²⁶ Verónica Tozzi, *La historia según la nueva filosofía de la historia*, p. 25.

conocimiento científico. Ahora bien, White no cuestiona la existencia de la realidad como tal, sino el acceso a ésta, en el que la motivación ideológica predomina en la selección de “lo real”.

La compleja obra del teórico estadounidense, muestra de manera contundente que la historia no es un mero registro de acontecimientos, sino que éstos al relacionarse significativamente, son en realidad una construcción. Ahora bien, esto ya había sido sostenido por gran parte de los historiadores críticos del positivismo, aunque la novedad de la crítica de White, consiste en sostener que la construcción de lo histórico (supuesto en el que coinciden tanto “cientificistas” como “narrativistas”) es de orden poética e ideológica, no científica u objetiva.

Para White, a pesar del trabajo crítico y erudito de fuentes del historiador, predomina el elemento poético –no científico– en la narración, puesto que “los historiadores tienen a su disposición un número limitado de posibilidades retóricas que predeterminan la forma y en cierta medida también el contenido de su descripción, de modo que, como vimos, ‘las narraciones históricas son ficciones verbales cuyo contenido es tan inventado como real, y cuyas formas tienen más en común con sus contrapartes literarias que con las de las ciencias sociales’”.²⁷

La obra de White, aunque no es la única dentro de la nueva filosofía de la historia,²⁸ se ha convertido en el punto de partida sobre las corrientes

²⁷ *Ibid.*, p. 214.

²⁸ La obra de Louis O. Mink también se inscribe en esta corriente al señalar que el pasado real es una falsa presuposición, pues la historia es contada, no vivida, y por ende, una construcción de un relato siempre retrospectivo. En general, para Mink la historia estará siempre atrapada en la narrativa. En contraste, Frank Ankersmit busca mediar entre científicistas y relativistas pos-whiteanos, al equiparar la construcción del relato historiográfico al de la pintura. De hecho, su objetivo será contrario al de Mink, pues intenta rescatar la experiencia del pasado de la prisión del lenguaje, sin llegar a una visión de la historia como conocimiento científico. Para un estudio

historiográficas actuales, ya sea para proceder a su crítica (Fontana, Anderson), o bien, para asumirla a plenitud o con matices (Kellner, Chartier, Skinner).

De manera similar, la hermenéutica se ha asumido desde diversas perspectivas. De acuerdo con Jean Grondin,

la hermenéutica pretende poner el dedo sobre un componente universal de nuestra experiencia del mundo, pero esta universalidad puede comprenderse de muy distintas maneras. Podemos observarlo partiendo del adagio más elemental que expresa esta universalidad: 'todo es asunto de interpretación'. Los diferentes sentidos que podemos darle a esta fórmula pueden asociarse a los grandes representantes de la hermenéutica, pero también a los 'hermeneutas anónimos', que defienden esta tesis pero sin remitirse ellos a la tradición hermenéutica.²⁹

A partir de ello, Grondin identifica siete sentidos actuales del adagio 'todo es interpretación': 1) perspectivista, en el que la interpretación de ciertas cosas es limitada, 2) epistemológica, en el que la interpretación está supeditada a paradigmas científicos, 3) histórica, en el que la verdad se limita a un contexto, 4) ideológica, en el que siempre imperará un interés político para cualquier interpretación, 5) existencial, 6) lingüística y 7) posmoderna, en el que imperará la disolución de la verdad.³⁰ Cabe señalar que estos tipos de interpretación no son excluyentes.

D. HISTORIA INTELECTUAL Y CONCEPTUAL

En este panorama diverso sobre la verdad en la historiografía, historiadores como Nathalie Z. Davis, Quentin Skinner, Reinhart Koselleck, entre otros, refrendaron

general sobre la nueva filosofía de la historia, véase Verónica Tozzi, *La historia según la nueva filosofía de la historia*.

²⁹ Jean Grondin, *op. cit.*, p. 161.

³⁰ *Cfr. Ibid.*, p. 161-167.

la verosimilitud de la historia, adoptando el giro lingüístico. Nathalie Z. Davis, por ejemplo, advierte que la “invención no es una creación arbitraria del historiador, sino que sigue las ‘voces del pasado’ cuando nos hablan a través de las fuentes. Del mismo modo, Ranke reconocía el papel de la imaginación en la reconstrucción de los procesos mentales de sus actores históricos”.³¹ De igual forma, Thomas Kuhn, señala que si bien el conocimiento no puede ser objetivo, no necesariamente esto nos conduce al reino de la ficción, sino más bien a “un discurso histórica y culturalmente condicionado entre personas que tienen un acuerdo sobre las reglas que rigen su discurso. Para él, la ciencia es una forma institucionalizada de investigación científica, una manera de abordar la realidad en una comunidad científica cuyos miembros están de acuerdo en cuanto a estrategias de investigación y explicación”³².

En esa tónica, J. G. A. Pocock y Quentin Skinner revisarían la historia de las ideas de la tradición de Arthur Lovejoy y R. G. Collingwood hasta transformarla en lo que llamarían historia intelectual. La obra de dichos autores se difundiría rápidamente en Europa, Estados Unidos y América Latina, al grado de atribuírseles el epíteto de Escuela de Cambridge. Para estos historiadores, los textos no deben considerarse sólo creaciones de grandes mentes, sino productos de una comunidad intelectual, lo cual los acerca a las visiones sociológicas de Pierre Bourdieu. Asimismo, sus estudios sobre el ‘pensamiento político’ (en vez de las ideas políticas) se caracterizan por un énfasis en las estructuras discursivas a lo largo del tiempo, es decir, no se limitan al estudio de los clásicos, sino a la

³¹ George Iggers, *op. cit.*, p. 213

³² *Ibid.*, p. 215.

recepción de estas obras en el tiempo. Si bien emplean herramientas lingüísticas para el análisis de textos, propias del giro lingüístico, no consideran que el discurso elimine la conexión con la realidad, más bien, contribuye a la transformación de la realidad política.³³

Al considerar los textos como vehículos para la comunicación de ideas sostenidas conscientemente, difieren de las concepciones posmodernas del lenguaje y del discurso. Las ideas, afirman, siguen siendo concebidas y articuladas por seres humanos pensantes que están conscientes de lo que están haciendo y que reflexionan y articulan dentro del marco del discurso de su comunidad. El discurso presupone una comunidad de actores relativamente autónomos que pueden comunicarse entre sí porque hablan con un lenguaje en común mediante el cual pueden afectar al mundo político y social.

Por su parte, Reinhart Koselleck junto con Werner Conze y Otto Brünner presentaron en 1973 una enciclopedia sobre conceptos históricos básicos en Alemania. La finalidad de la enciclopedia era examinar los conceptos sociales y políticos claves de Alemania entre 1750 y 1850, para un mayor conocimiento de la transformación de las instituciones y patrones de pensamiento premodernos. En ese sentido, el objetivo de Koselleck consiste en analizar las instituciones y el pensamiento por medio de la transformación de los conceptos. De acuerdo con Iggers, "Reinhart Koselleck va más allá de Pocock y Skinner al usar el análisis del

³³ Por ejemplo, las campañas de desprestigio mediático en contra de movimientos sociales o partidos políticos, son una muestra de cómo el discurso puede transformar una realidad política, al manipular la percepción pública de un rival político.

discurso como medio de reconstruir no sólo la historia del pensamiento político, sino también la de las estructuras políticas y sociales”.³⁴

De manera similar, el revisionismo historiográfico francés desembocó en el análisis del discurso sin negar la relación de éste con la realidad. Los trabajos de Lynn Hunt, Maurice Agulhon y Mona Ozouf dan prueba de ello. Como explica Lynn Hunt en la introducción a su *Politics, Culture and Class in the French Revolution* (1984), esta obra concebida en 1976 empezó como una

[...] ‘historia social de la política revolucionaria’, pero ‘cada vez más se convirtió en un análisis cultural en que las estructuras políticas [...] pasaron a ser sólo una parte de la anécdota’. De ninguna manera niega Hunt el papel de las estructuras y los procesos sociales en el estallido de la revolución francesa, pero en su opinión éstos no son suficientes para explicar la revolución. La política de la revolución no fue una mera expresión de intereses económicos y sociales subyacentes. Más bien, a través de su lenguaje, su fantasía y sus actividades políticas cotidianas, los revolucionarios participaron en la reestructuración de la sociedad. De esta manera contribuyeron a la creación de nuevas condiciones sociales y políticas.³⁵

Si bien el giro lingüístico ha impactado enormemente el enfoque hacia lo político y social en la historia, esto no implica que se abandonen dichas estructuras explicativas. Si bien se ha

[...] subrayado el énfasis en el impacto del lenguaje, la retórica y el comportamiento simbólico en la conciencia y la acción política y social, pocos han compartido la posición extrema de que ‘la realidad no existe, de que sólo existe el lenguaje’ (Foucault). La mayoría de los historiadores estarían de acuerdo con Carrol Smith-Rosenberg en que ‘mientras las diferencias lingüísticas estructuran la sociedad, las diferencias sociales estructuran el lenguaje’.³⁶

³⁴ *Ibid.*

³⁵ *Ibid.*, p. 224-5

³⁶ *Ibid.*, p. 230.

A lo largo de los ochenta y noventa, estas respuestas al giro lingüístico se publican en un contexto intelectual en el que los temas más socorridos del giro lingüístico apuntaban a lo contrario, es decir, a negar la validez del conocimiento histórico.

En el terreno de la historia, el ámbito de la política y de lo contemporáneo recobraría la importancia perdida a lo largo del siglo XX, aunque ahora, entendido como cultura política.³⁷ En esa tónica, Pocock sostiene que el origen de la historia intelectual de la Escuela de Cambridge inicia con el giro lingüístico:

[...] parte de los orígenes del movimiento puede descubrirse en el análisis lingüístico privilegiado por los filósofos en la década de 1950, que tendía a presentar los pensamientos como proposiciones que apelaban a una cantidad limitada de modos de validación; otros orígenes se hallan en las teorías de acto del habla originadas en Oxford y otros lugares más o menos en la misma época, que se inclinaban a presentarlos como enunciados que actuaban sobre quienes los escuchaban y, en rigor, sobre quienes los proferían.³⁸

De tal suerte, la escuela de Cambridge surge a la par de un interés generalizado por el discurso en el ámbito filosófico, que en este caso, dirigirán a la filosofía política, que a su vez devendrá en la historia intelectual, sobre todo en el pensamiento político del siglo XIX, áreas de interés de Skinner, Pocock e historiadores del grupo de Quilmes como Palti. Para Pocock, los caminos de los historiadores del pensamiento político y los filósofos del lenguaje se cruzaron a causa del impacto del giro lingüístico. Quizá en parte por la dinámica académica de las universidades, en las que las relaciones entre disciplinas como la filosofía y

³⁷ Para conocer el tránsito hacia el estudio de lo cultural en el ámbito político, véase Roger Chartier, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*.

³⁸ J. G. A. Pocock, "Historia intelectual: un estado del arte", p. 146

la historia no son tan estrechas, historiadores del pensamiento político y filósofos del lenguaje estudiaban los mismos temas o a los mismos autores desde diversos espacios sin contacto entre sí.

Ha sido habitual sugerir que *in illo tempore* las disciplinas de la teoría política y la historia del pensamiento político se habían confundido, y que el surgimiento de una filosofía analítica y lingüística severamente ahistórica contribuyó a desenmarañarlas. Pero si los filósofos del lenguaje no se preocuparon por la escritura de la historia, los historiadores no se apresuraron a recurrir o contribuir a la filosofía de los actos del habla y las proposiciones [...] pero recién a mediados de la década de 1960, con la primera aparición de los escritos de Quentin Skinner, los historiadores del pensamiento político empezaron a exponer la lógica de su propia investigación y la llevaron a campos en que se encontraba con la filosofía del lenguaje. Comenzó entonces una discusión que sigue produciendo una vigorosa y extensa literatura³⁹.

De hecho, en esa “extensa literatura” a la que se refiere Pocock, también podrían incluirse a los historiadores argentinos del grupo de Quilmes.

Una vez caracterizadas la historia intelectual y conceptual en la historiografía, es necesario analizar la tradición argentina, para poder comprender mejor las influencias historiográficas más fuertes del grupo de Quilmes.

³⁹ *Ibid.*, p. 147.

D O S

LA HISTORIOGRAFÍA ARGENTINA Y EL GRUPO DE QUILMES

El presente capítulo se concentrará en la caracterización del grupo de Quilmes dentro de su propia tradición historiográfica. Para ello, nos enfocaremos en la segunda mitad del siglo XX y se analizará con especial atención la historia de las ideas, pues es el antecedente directo de la historia intelectual. Por último, cabe señalar una particularidad de la historia de las ideas, a saber, su carácter interdisciplinario. Metodológicamente se acerca a la historiografía, pues comparte con ella tener como objeto de estudio a autores clásicos de un determinado campo de la realidad social. No obstante, se distancia de la historiografía, dependiendo cuáles sean las 'ideas' de su interés. Si se trata de ideas filosóficas –generalmente ocurre así– entonces se acerca a una historia de la filosofía, aunque en vez de limitarse al canon filosófico, se concentrará en la periferia de dicho canon, en las ideas que no se han considerado como filosofía, ya sea justificada o injustificadamente. En cambio, si se trata de ideas políticas o económicas –el segundo gran campo de la historia de las ideas– se acercará a las historias disciplinares de las ciencias sociales.

Ahora bien, el grupo de Quilmes es un grupo que se asume como parte de la historia intelectual, corriente que busca romper e incluso superar a la historia de las ideas, por lo tanto, me parece pertinente abordar dicho problema desde la historiografía, pues éste es un campo más amplio que permitirá, en primera

instancia, ubicar el desarrollo de la historia de las ideas y, posteriormente la ruptura que propone el grupo de Quilmes.

A. IDENTIDAD Y NACIONALISMO COMO CENTRO DE LA HISTORIA DE LAS IDEAS EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

El positivismo se convirtió en una filosofía abrumadora en el último tercio del siglo XIX. En todo el mundo occidental fue el manto que cubrió la primacía del espíritu científico, las políticas de desarrollo, orden y progreso. Su importancia en América Latina fue notable, como muestra, vale la pena recordar un par de ejemplos: en México, el gabinete de Porfirio Díaz era conocido como los “científicos”, mientras que en Brasil la propia bandera nacional contiene la leyenda positivista “orden y progreso”.

De acuerdo con Gabriel Vargas Lozano puede caracterizarse al positivismo de la siguiente manera: “a) sostenía una reducción científicista de todas las ramas del saber, basada en la física; b) era un fenomenalismo que consideraba que no había esencias detrás de los hechos o fenómenos; c) era un nominalismo; d) era una filosofía de la historia que culminaba con la era industrial y e) sostenía una escisión entre hecho y valor”.⁴⁰

Ahora bien, en el terreno de la disciplina histórica,

La que se acostumbra a llamar escuela positivista ha sido llamada también, seguramente con mayor justeza, ‘escuela metódica’ porque su mayor preocupación es la de poseer un método. Esta escuela, que fundamentaba el progreso de la historiografía en el trabajo metódico sobre las fuentes, insistió siempre en rechazar toda ‘teoría’ y ‘filosofía’. Pero era absolutamente tributaria

⁴⁰ Gabriel Vargas Lozano, *Esbozo histórico de la filosofía en México (siglo XX) y otros ensayos*, p. 37.

de la idea positivista de ciencia, cosa que no sólo muestran obras francamente problemáticas, como la de Seignobos, sino reflexiones historiográficas tan estimables como las de François Simiand. Era, sobre todo, una corriente pragmática y empirista. Por ello creemos que puede ser llamada también pragmática-documental o metódico-documental.⁴¹

En Latinoamérica, el positivismo provino de diversas corrientes. Tanto en México como en Argentina, se adoptó el positivismo de Locke, John Stuart Mill, Comte y Spencer. En el caso argentino, las consecuencias historiográficas fueron fundamentales, ya que el darwinismo social de Spencer impregnó con mayor fuerza un discurso biologista y racalista, tanto en José Ingenieros como en José María Ramos Mejía. Para Ingenieros, por ejemplo Argentina poseía la ventaja de contar con una población blanca y de un territorio amplio para ser ocupado, a diferencia de los países con una densa población indígena. Cabe señalar que

[...] estas creencias eran auténticas convicciones de época que abarcaban desde los sectores nacionalistas y liberales hasta algunos socialistas, y que en general giraban sobre argumentos de distinto nivel; podían hablar tanto de 'la responsabilidad del hombre blanco' a lo Kipling (esto es, la 'misión' de tutelar a las demás razas), así como de que sólo las naciones capaces de convertirse en imperios resultarían finalmente viables.⁴²

Esta visión spenceriana junto con la primacía del saber científico sobre los no científicos (arte, literatura) continuaría vigente hasta principios del siglo XX. La reacción al positivismo llegó en consonancia con las reacciones filosóficas en Europa. Las filosofías vitalistas inspiradas en la obra de Nietzsche y Bergson, así como las corrientes artísticas del decadentismo y el impresionismo sembraron la

⁴¹ Julio Aróstegui, *op. cit.*, p. 99.

⁴² Oscar Terán, *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*, p. 27.

semilla del desencanto por los ideales de progreso y científicidad. Para estas corrientes, el espíritu científicista, racional y tecnológico, ocultaba el área de lo sensible, lo irracional y lo intuitivo, que también jugaba un papel determinante en la vida del ser humano.

En América Latina quien mejor ejemplificó esta tendencia fue el modernismo literario de Rubén Darío. En términos generales, el modernismo apuntaba al gusto estético como medio privilegiado para acceder a la realidad, en contraste con la razón científica.

El héroe modernista adoptará diversas alternativas: búsqueda de 'situaciones-límite' (sensoriales, psíquicas y morales) para garantizar la ruptura con los 'convencionalismos burgueses' y entonar el encomio de lo refinado, exquisito y aristocrático, así como persecución del exotismo y de realidades alejadas en el tiempo y en el espacio. Pero junto con esta sensación reactiva frente al costado 'burgués' de la modernización, existe otra que es más bien de queja ante el retraso de la realidad latinoamericana con respecto a otras partes del mundo donde la modernidad ha alcanzado un desarrollo mayor. Este sentimiento de atraso pudo conectarse con el ansia por vivir en ciudades más metropolitanas que las que percibe como aldeas en sus propios países.⁴³

Otro gran foco de influencia fue *Ariel* (1900) del uruguayo José Enrique Rodó. Inspirado en la interpretación de Ernest Renan de los personajes Ariel y Calibán de *La tempestad* de William Shakespeare, Rodó extrapolo a Ariel como símbolo de la espiritualidad intelectual latinoamericana y a Calibán como símbolo del materialismo utilitarista estadounidense. De modo que la obra de Rodó se convertiría en una reivindicación de la identidad latinoamericana, asociada a lo hispánico, lo espiritual, lo intelectual y la superioridad cultural; frente al

⁴³ *Ibid.*, p. 31.

expansionismo y creciente influencia estadounidense, considerada como un país pragmático, materialista, utilitario e inferior espiritualmente.

Por último, la introducción del historicismo en las historiografías latinoamericanas reforzaría la tendencia a reflexionar sobre las identidades nacionales. Al igual que el positivismo, el historicismo contiene a su vez, diversos matices. De acuerdo con Gabriel Vargas Lozano, es posible apreciar al menos dos: un historicismo hegeliano, en el que tanto realidad como conocimiento son históricos; uno de corte marxista, en el que la historia da cuenta del devenir de las formas sociales y económicas.⁴⁴

El historicismo que se adoptaría en América Latina sería el de José Ortega y Gasset, ya sea por influencia directa, como sería en Argentina, o por medio de sus discípulos, como sería el magisterio de José Gaos en México. El historicismo de Ortega tenía una marcada influencia del idealismo alemán y el vitalismo de Henri Bergson. Por medio del historicismo, se accedió al

pensamiento orteguiano que, en la línea de las filosofías vitalistas, abandonaban la concepción cartesiana de una razón abstracta, universal y omnipresente para sustituirla por la 'razón vital', fusionada con una circunstancia que define una perspectiva primaria. Esta perspectiva es la de cada comunidad, porque 'cada pueblo tiene un talento personalísimo para descubrir ciertas verdades, crear ciertas bellezas, cumplir ciertos actos heroicos'. Dicha perspectiva es asimismo generacional, y la misión de cada generación es expresar su punto de vista dentro de su propia realidad. Este punto de mira no es el del encantado reino interior rubendariano, sino el de un yo inextricablemente ligado a una circunstancia que, en nuestro caso, es una circunstancia americana que por ende debe rechazar las deformaciones europeas.⁴⁵

⁴⁴ Cfr. Gabriel Vargas Lozano, *op. cit.*, p. 89-90.

⁴⁵ Oscar Terán, *op. cit.*, p. 47.

De modo que la elaboración de obras sobre la identidad latinoamericana iniciaría un gran periodo de fertilidad en todo el continente hasta mediados del siglo XX. Para la década de los cuarenta, la lectura de Hegel, Spengler, Dilthey, Scheler y Ortega permeó los estudios sobre las culturas nacionales. Incluso, “la tendencia nacionalista llevó a los extremos de intentar “metafísicas” u “ontologías” nacionales, tal es el caso de Graça Aranha con su “Metafísica brasileña” de reivindicación de lo nacional, el *Mito Gaucho* de Carlos Astrada y la “Ontología del mexicano” de Emilio Uranga”.⁴⁶

El vasto movimiento historicista marcó las condiciones para una rica literatura de la historia de las ideas que, alcanzaría un grado de sistematización y organización con la importante labor del magisterio de José Gaos y el impulso de Leopoldo Zea en México y en el continente. Asimismo, la obra del argentino Francisco Romero, y la influyente revista *Sur* de la década de los treinta y cuarenta.

En general, de acuerdo con el filósofo argentino Arturo Andrés Roig, el “circunstancialismo” como se entendió en México y Uruguay, en clave historicista y ontológica, rescató la originalidad de la adaptación de filosofías europeas a los contextos nacionales. Sin demérito de dicha labor, el filósofo argentino advierte del peligro de caer en una actitud que no supere la justificación del pasado. No obstante, a pesar de sus deficiencias “[...] la corriente historicista abrió las puertas a una comprensión realista y a la dialéctica del proceso de las ideas en América

⁴⁶ Horacio Cerutti y Mario Magallón, *Historia de las ideas latinoamericanas, ¿una disciplina fenecida?*, p. 58.

Latina. La discusión en esta etapa crítica tiende a dar a lo dialéctico el poder de irrupción histórica que siempre, en alguna medida, había estado implícito”.⁴⁷

B. DISPERSIÓN TEMÁTICA Y METODOLÓGICA EN LA HISTORIA DE LAS IDEAS EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

Como se pudo apreciar en el capítulo anterior, a partir de la década del sesenta, se manifiesta lo que actualmente conocemos como el giro cultural y giro lingüístico, que en la historiografía generaría una etapa de dispersión temática y metodológica que se haría más pronunciada desde la década de los ochenta hasta la fecha. Lo mismo ocurrió en la historia de las ideas latinoamericana.

De acuerdo con Gabriel Vargas Lozano, “[...] la filosofía mexicana se desarrolla a partir de los sesentas en varias direcciones: la reflexión en torno al pensamiento latinoamericano, la metafísica, la filosofía del lenguaje, la filosofía de la ciencia, la filosofía feminista, la filosofía de la liberación, la hermenéutica, la historia de la ciencia y la tecnología; el debate en torno a la posmodernidad, la ética y la filosofía política”.⁴⁸ Este panorama bien podría ser válido, quizá con algunos matices, para el resto de las academias latinoamericanas. Ahora bien, lo que interesa resaltar para la presente investigación, es que la reflexión en torno a la identidad concebida en su tinte nacionalista autónomo, dejaría de ser el principal foco de atención, difuminándose primero en el estanco de ‘pensamiento latinoamericano’ y finalmente, incluso se pondría en duda su vigencia, al punto de

⁴⁷ *Ibid.*, p. 59

⁴⁸ Gabriel Vargas Lozano, *op. cit.*, p. 113

estudiarlo bajo otro enfoque, el de la historia intelectual, como lo propone el grupo de Quilmes.

De acuerdo con Luis Alberto Romero, la historiografía argentina de la segunda mitad del siglo XX puede dividirse en tres etapas: 1958-1966, 1966-1983, 1983-actualidad,⁴⁹ periodización que adoptaremos para ubicar al grupo de Quilmes.

El impacto de la Revolución Cubana, así como el desencanto de los regímenes populistas en América Latina marcarían al sector intelectual de la generación de los años sesenta en toda América Latina. Para comprender la primera etapa (1958-1966) y parte de la segunda (1966-1983), vale la pena acudir a una reflexión de Óscar Terán sobre el ambiente de los años sesenta:

En el sector intelectual pero con extensiones más allá del mismo, hasta abarcar zonas considerables de clases medias y hasta fracciones populares, en el período 1956-1976 se suceden y cohabitan estructuras de sentimiento análogas a las que recorrían el arco occidental, y que fueron desde las sensaciones de angustia, soledad e incomunicación hasta las de confianza en que la voluntad tecnocrática o política podía cambiar por vía reformista o revolucionaria realidades tradicionales. También la cultura juvenil en una época juvenilista imaginó y muchas veces realizó una huida gozosa del moderno mundo tecnocrático hacia paraísos naturales y artificiales. He aquí entonces las al menos cuatro almas que habitarían el período: el alma Beckett del sinsentido, el alma Kennedy de la Alianza para el Progreso, el alma Lennon del *flower power*, el alma Che Guevara de la rebeldía revolucionaria.⁵⁰

En consecuencia, en el terreno historiográfico, entre 1958 y 1966, inicia una fuerte tradición de historia social, que aspira a elaborar grandes síntesis históricas,

⁴⁹ Luis Alberto Romero, *¿Fin de la historia social?*, p. 29.

⁵⁰ Oscar Terán, *op. cit.*, p. 74.

en las que el hilo conductor será lo social, acompañado de factores económicos y políticos, aunque subordinados a la esfera social. Los textos clásicos de dicha etapa son *Revolución y guerra* de Tulio Halperín Dongui y *Las ciudades y las ideas* de José Luis Romero. Asimismo, durante dicho periodo, los debates entre nacionalistas y conservadores reaparecen en las academias, sobre todo en la revista del Instituto de Investigaciones Históricas “Juan Manuel de Rosas” (IIHJMR). “Durante el gobierno de Arturo Frondizi, el instituto se reorganizó y reinició sus publicaciones. Sin embargo, en medio de los ecos de la revolución cubana, la problemática convergencia con algunos miembros de la llamada “izquierda nacional” empezó a agudizar las diferencias internas”.⁵¹ Posteriormente, la dictadura militar de Juan Carlos Onganía agravaría el enfrentamiento entre nacionalistas y conservadores, en el que los primeros optarían por una historiografía abiertamente militante y los segundos por un hincapié en el rigor académico, por lo que recibirían el mote de “revisionistas”. En estos años los miembros más maduros del actual grupo de Quilmes, eran entonces unos estudiantes. Tal es el caso, por ejemplo, de Oscar Terán, evocado por Fernando Devoto, quien lo describe como “[...] el intelectual comprometido enmarcado en esa tradición de la nueva izquierda crítica que enarbolaba la capacidad omnicomprendiva del mundo de Marx y el marxismo. Tradición que se colocaba en el cruce de múltiples lecturas y sobre la que operaba el impacto de dos situaciones políticas decisivas [...] la cuestión del peronismo y la revolución cubana”.⁵²

⁵¹ María Elena García Moral, “El revisionismo en los 80 y 90”, p. 80.

⁵² José Carlos Chiaramonte, *et al.* “Homenaje a Óscar Terán”, p. 194.

Los intereses intelectuales de las academias argentinas, serían diversos, aunque resalta el gran impacto de corrientes como el psicoanálisis, el marxismo, el estructuralismo y el existencialismo, así como la superposición entre ellas. “Estas inspiraciones pronto resultaron enriquecidas por la superposición de la teoría freudiana y el estructuralismo, los que ofrecieron nuevas categorías interpretativas”.⁵³

En la segunda etapa (1966-1983) propuesta por Luis Alberto Romero para la historiografía argentina, la irrupción del golpe de Estado de Juan Carlos de Onganía y la represión universitaria de la “Noche de los bastones largos”, ambas en junio 1966, provocarían el desgarrador fenómeno del exilio intelectual, muchos de ellos serían recibidos en México, como el propio Oscar Terán, quien colaboró como docente en el Colegio de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México.

El exilio no sólo dividió a la intelectualidad argentina geográficamente, sino también en el plano ideológico. Mientras que unos radicalizaron su postura de izquierda, otros replantearon su postura política y, sin abandonar la izquierda, optaron por una vía pacífica y reformista. Volviendo a la evocación de Devoto sobre la vida intelectual de Terán:

Segundo momento, la catástrofe: Terán en México y la meditación de una derrota cuya rotundidad conlleva la crisis de los modelos y las estrategias políticas así como la de los fundamentos teóricos en los que reposaban. Una nueva tarea a realizar, en sus palabras: pasar de aspirar a “cambiar el mundo” a “cambiar a los que quieren cambiar el mundo”. Itinerario compartido por muchos pero cuyos procesos no son siempre coincidentes y en los cuales la profundidad de la revisión

⁵³ Oscar Terán, *op. cit.* p. 75.

y los nuevos instrumentos teóricos y, más en concreto, las nuevas lecturas para llevarla a cabo, tampoco son los mismos.⁵⁴

De tal suerte que se experimentó una atomización de los derroteros intelectuales de la historiografía argentina, por una multiplicidad de factores. Por un lado, el trauma de la muerte de intelectuales, con el exilio de muchos otros y la influencia de tradiciones de los países receptores. Por último, la dispersión se agudizó en parte por un contexto historiográfico generalizado (giro cultural, giro lingüístico, crisis de grandes paradigmas), y además por el surgimiento de varios institutos para el cultivo de las ciencias sociales en Argentina, como el Centro de Investigaciones Sociales (CICSO), la Fundación Bariloche, así como el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Asimismo, el auge de los centros académicos privados: en 1974 el CENEP (Centro de Estudios de Población), en 1975, el CEDES (Centro de Estudios de Estado y Sociedad) y el CISEA (Centro de Investigaciones sobre el Estado y la Administración), y en 1976 el Programa Buenos Aires de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). De acuerdo con Nora C. Pagano, “[...] su financiamiento procedió de fondos extranjeros de origen privado y público; fundaciones estadounidenses como la Ford y la Rockefeller, o agencias de cooperación internacional como la Swedish Agency for Research Cooperation (SAREC), la International Development Research Center (IDRC) de Canadá o la estadounidense Inter-American Foundation”.⁵⁵ No obstante, la investigación en los nuevos institutos fue

⁵⁴ *Ibid.*

⁵⁵ Nora C. Pagano, “La producción historiográfica reciente”, p. 41.

obstaculizada por el hermetismo, censura y autocensura generada por la represión militarista, sobre todo durante la Junta Militar (1976-1982).

Fue también durante este periodo en que teorías de las ciencias sociales como el desarrollismo y el proyecto de la CEPAL, así como la teoría de la dependencia cobrarían gran importancia en las academias latinoamericanas.

Nació de tal modo el 'desarrollismo' cuya influencia iba a resultar enorme en esos años en toda Latinoamérica, y que enarbolaba –como sintetiza Cristóbal Kay– una ideología antifeudal, antioligárquica, reformista y tecnocrática. Desde aquí, nuevamente, el despliegue de algunas de sus premisas y el cuestionamiento de otras radicalizarían las posiciones teóricas hasta desembocar en las teorías de la dependencia, instaladas en franca oposición a las tesis de Walt Whitman Rostow. Nació y creció de tal modo esta doctrina en el cruce de cepalismo, nacionalismo económico, antiimperialismo y marxismo, doctrina que en su campo llegó a ser hegemónica en el período 1965-1975 y cuyo libro más representativo es el escrito entre 1966 y 1967 por Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, Dependencia y desarrollo en América Latina. Más allá del terreno económico-social, la teoría surgía y enriquecía el espíritu creativo latinoamericanista, resurrecto como en otros tiempos cual espacio de esperanza y recomposición civilizatoria. El desplazamiento de la teoría de la modernización a la de la dependencia trasladaba la cuestión de un problema técnico a una cuestión política.⁵⁶

El despunte de la teoría de la dependencia se enfrentaría a la corriente de la identidad nacional antes mencionada, materializada en la obra de Leopoldo Zea. El filósofo peruano Augusto Salazar Bondy entró en polémica con la tradición orteguiana de Zea. De tal suerte, el peruano

intentó alcanzar una redefinición de la “circunstancia” la que fue enriquecida con aspectos teóricos y metodológicos provenientes principalmente del marxismo, entre ellos, la teoría de las ideologías y la problemática de la alienación trabajada por Mariátegui. Lógicamente, todo esto debía poner en crisis el

⁵⁶ Oscar Terán, *op. cit.*, p. 79.

“circunstancialismo” mexicano, desde el de Samuel Ramos, su iniciador, hasta el de José Gaos. Un “filosofar sin más” [Zea] debía perder, por otra parte, todo su peso si no se daba conjuntamente con una teoría de las ideologías, así como una “adaptación” a la “circunstancia”; perdía su fuerza si no se planteaba el problema de esta última desde una visión social globalizadora.⁵⁷

Si bien muchos autores rebatieron la duda en torno a la originalidad del pensamiento latinoamericano a pesar de la dependencia económica, la obra de Salazar Bondy integró la teoría de la dependencia como parte fundamental de la historia de las ideas.

A partir de esta etapa, la llamada historia de las ideas latinoamericanista, corriente que examinaba la identidad nacional en un estilo ontológico y existencialista de autores como Zea, Emilio Uranga y Arturo Ardao se mudará, de acuerdo con Horacio Cerutti y Mario Magallón,⁵⁸ a un estilo dependentista y ético-político, como las obras de Roig, Horacio Cerutti y Enrique Dussel, a pesar de sus manifiestas diferencias, acercando a su vez dicha corriente a la filosofía de la liberación.

Durante el tercer periodo considerado por Luis Alberto Romero (1983-actualidad) se consolidará una tradición de historia social en la historiografía argentina.

El cambio político de 1983 trajo novedades institucionales importantes. El nuevo ciclo fue propicio para la historia social, a juzgar por el número de cátedras universitarias que se crearon. Se trató siempre de cursos propedéuticos, en los que “historia social” era casi sinónimo de “historia”. En ellos se afirmaba el lugar,

⁵⁷ Arturo Andrés Roig, *El pensamiento latinoamericano y su aventura*, p. 84-85.

⁵⁸ Cfr. Horacio Cerutti Guldberg y Magallón Anaya, Mario. *Historia de las ideas latinoamericanas, ¿disciplina fenecida?*

quizá simplemente didáctico, donde se podía enseñar acerca del conjunto, antes de desarmarlo y deconstruirlo.⁵⁹

El fin de la dictadura generó una lucha por recuperar la autonomía de los institutos, muchos de ellos de reciente creación. A este periodo, estudiosos del tema como Pagano y Elías Zeitler le han llamado de “profesionalización plena” o “normalización disciplinar”. La normalización académica de la mayoría de los centros universitarios se consolidaría a mediados de los ochentas. Además, entre 1988 y 1995 ocurrió una segunda oleada de creación de centros universitarios y de investigación, entre ellos, la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ) en 1989. No obstante, la expansión de centros universitarios, también implicó una mayor regulación de éstos, en sintonía con las reformas educativas de corte neoliberal, con miras a redirigir la investigación al mercado. Por ejemplo, actualmente existen varios organismos que financian la investigación además del CONICET, como el Fondo para el Mejoramiento de la Calidad Universitaria (FOMECA), la Secretaría de Estado de Ciencia y Técnica (SECYT), entre otras. “En ese contexto, los 90 marcan un punto de inflexión en materia de criterios que hasta entonces habían orientado una dinámica corporativa; a partir de entonces, el medio universitario –y no sólo él– fue el eje en torno del cual se articularon un conjunto de disposiciones directamente emanadas del Estado nacional que contribuyeron decididamente a reconfigurar la totalidad del complejo científico tecnológico en el marco de políticas neoliberales y de la autodenominada “reforma del Estado”.⁶⁰

⁵⁹ Luis Alberto Romero, *op. cit.*, p. 35.

⁶⁰ Nora C. Pagano, *op. cit.*, p. 44.

De nuevo, el recorrido por la vida intelectual de Oscar Terán nos ilustra la actual etapa de la historiografía argentina. Tras la publicación de *En busca de la ideología argentina* (1986), Fernando J. Devoto señala lo siguiente: “A partir de aquí comienza otro viaje de Oscar Terán, no ya en sus convicciones políticas firmemente reformistas y progresistas, sino en sus marcos teóricos. El Marx, aunque fuese no como catecismo sino como gramática, se desdibuja ulteriormente, y también Foucault. Ello lo orienta hacia una forma de historia de las ideas y de la cultura más autónoma, bastante más liberada de la necesidad de vincular su desarrollo con las determinaciones procedentes de los cambios estructurales en la economía y la sociedad”.⁶¹

Como puede apreciarse, los turbulentos cambios políticos influyeron directamente en la sociedad y la destrucción, refundación y creación de la actual academia argentina diversa. A modo de balance de la actual producción historiográfica argentina, se aprecia una profesionalización gracias a más centros universitarios y con ello, más congresos, más revistas y más libros publicados. Por otro lado, Argentina también ha experimentado la sobreespecialización, aunque conserva una inercia, creativa y renovadora, de la tradición de historia social. Si bien, la mayoría de los historiadores argentinos coinciden en una revitalización importante de la historia política, fenómeno generalizado en Occidente y en América Latina, la impronta del enfoque social en los historiadores argentinos es notable. En palabras de Luis Alberto Romero:

[...] a juzgar por sus títulos y resúmenes, en pocas de ellas estaba ausente lo que podría llamarse una perspectiva social, desde la cual se trataba de iluminar

⁶¹ José Carlos Chiaramonte, *et al.*, *op. cit.*, p. 195.

al menos la economía, la cultura, las ideas o la política. En algunos casos se hablaba de estructuras y actores sociales. En otros, de ámbitos de sociabilidad, de redes, de prácticas habituales o prácticas constructivas, de identidades o subjetividades.⁶²

Prueba de ello, son los temas de investigación predominantes de los diversos institutos argentinos dedicados a la historia. El CISEA enfocado al estudio de corporaciones y empresas; PEHESA a la historia urbana y lo sectores populares, con la historia social británica de E. P. Thompson y G. Rudé como guías intelectuales; mientras que el CEDES y el CLACSO más enfocados al estudio del Estado. Por otro lado,

[...] receptivos a los nuevos enfoques –particularmente al giro antropológico, el retorno al sujeto, al neohistoricismo–, un amplio grupo de historiadores privilegian la exploración de subjetividades y reconstruyen el desempeño activo de los individuos en la conformación de lazos sociales, deslizándose de las estructuras a las redes de sociabilidad, de los sistemas de estratificación a las situaciones vividas, de la racionalidad global a las estrategias singulares, o sea, la manera a través de la cual los individuos producen el mundo social.⁶³

En cuanto a la nueva historia política, también se aprecia la impronta de la tradición social argentina. De acuerdo con Hilda Sabato, existen tres grandes sectores de interés: construcción del Estado y de la nación, relación entre sociedad civil y sociedad política y la significación y análisis del discurso.

[...] Este resurgimiento de la historia política es un fenómeno sintomático del estado actual del campo historiográfico que refleja el grado de autonomización que tiene el mismo respecto de la política como campo de lucha del presente y es por eso que provoca tanto asombro entre los historiadores de larga trayectoria que fueron parte de una época pasada de nuestra historiografía en la cual el

⁶² Luis Alberto Romero, *op. cit.*, p. 36.

⁶³ Nora C. Pagano, *op. cit.*, p. 51.

abordaje de la política entraba en crisis ante la preponderancia de los estudios económico-sociales.⁶⁴

Es justo a este último campo al que se inclina el grupo de Quilmes. De acuerdo con Elías Zeitler esta forma de abordaje histórico ha recibido diversas influencias “provenientes del marxismo culturalista británico (E. P. Thompson y Eric Hobsbawm), de la nueva historia intelectual norteamericana (Hayden White y D. LaCapra) y anglosajona (Q. Skinner y J. G. A. Pocock), de la nueva historia cultural francesa (Roger Chartier), de la nueva historia política con aportes de intelectuales franceses (Pierre Rosanvallon), anglosajones (Frank O’Gorman) e italianos (R. Romanelli) y de la historia conceptual alemana (Reinhart Koselleck)”.⁶⁵

La otra cara de la profesionalización y la sofisticación de la historiografía argentina, ha sido la pérdida de la militancia –más por falta de fe en ésta que por falta de valor– a la usanza de los años sesentas. Halperín Dongui, refiriéndose a dicha polémica, señaló de manera crítica, ya que su obstinación por

[...] apoyarse en la ‘memoria de un pasado embellecido por la nostalgia’ y en los ‘recuerdos de los combates’ contra las ‘caprichosas pero a menudo ingeniosas invenciones retrospectivas’ de los cultores del revisionismo y de la izquierda nacional y por ser portadores de la nostalgia de un tiempo en el cual era más urgente transformar la realidad que comprenderla: ‘Pero ese tiempo fue el de ayer y volverá a ser quizás el de mañana; no es el de hoy’.⁶⁶

O bien, en palabras de Hilda Sabato, refiriéndose a la dispersión y sobrespecialización de la historiografía: “Todo esto no ha desembocado, sin

⁶⁴ Elías Zeitler, “El campo historiográfico argentino en la democracia. Transición, profesionalización y renovación”, p. 9.

⁶⁵ *Ibid.*

⁶⁶ *Ibid.*, p. 10.

embargo, en una visión global alternativa. No hay homogeneidad interpretativa ni conceptual en la renovación. Existen, más bien, fragmentos: fragmentos temporales, fragmentos regionales, miradas recortadas en torno a problemáticas específicas”.⁶⁷

En este contexto que hemos abordado a vuelo de pájaro es en el que surge la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ), ubicada en las afueras de la ciudad de Buenos Aires, fundada en octubre de 1989 e inaugurada en diciembre de 1992. Se trata de un Centro universitario y de investigación nacido bajo la actual etapa democrática argentina. A pesar de contar con tres departamentos (ciencias sociales, ciencia y tecnología, economía y administración), se trata de un centro universitario relativamente pequeño, sobre todo si se le compara con universidades masivas como la Universidad de Buenos Aires (UBA), o cualquier universidad de ciudades importantes latinoamericanas como la Universidad de Sao Paulo o la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

La UNQ es una universidad que actualmente cuenta con 32 programas de investigación, de los cuales 13 son de índole humanística, número bastante significativo. Dentro de dichos proyectos 4 se dedican a la historia intelectual: “Ensayo, elites culturales e imaginación social: hacia una historia de los intelectuales en América Latina”, dirigido por Carlos Altamirano, financiado por Conicet; “Nuevas orientaciones en la historia político-intelectual”, dirigido por Elías José Palti, financiada por ANPCYT; “Universidad, vanguardias culturales y prácticas estéticas, académicas y políticas de los intelectuales en la Argentina,

⁶⁷ *Ibid.*, p. 11.

1930-1943, dirigido por Osvaldo Graciano, financiado por la UNQ; “Historia intelectual Latinoamericana” dirigida por Adrián Gorelik, financiado por la UNQ.

Gran parte de los directores, coordinadores y colaboradores de los proyectos de investigación sobre historia intelectual se concentra como ya señalamos en la introducción, en dos publicaciones colectivas de gran envergadura: la Revista *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, actualmente bajo el cargo nominal de varios directores: Carlos Altamirano, Anahí Ballent, Alejandro Blanco, Adrián Gorelik, Jorge Myers, Elías José Palti y Oscar Terán (†); así como *Historia de los intelectuales en América Latina*, 2 v. dirigida por Carlos Altamirano y editada por el propio Altamirano y Jorge Myers. Dentro de este conjunto de integrantes del grupo de Quilmes, es posible destacar cuatro grandes autores, debido a la solidez e interdisciplinariedad de sus trabajos: Carlos Altamirano, Elías José Palti, Oscar Terán y Jorge Myers.

Altamirano, nacido en 1939 y sociólogo de formación, es autor de numerosos libros y artículos sobre política, sociedad e historia intelectual. Cabe señalar, que es uno de los miembros del grupo de mayor presencia en los medios masivos de comunicación argentinos, a quien se le ha entrevistado como experto en historia y política argentina en programas que se transmiten cadena nacional. Sus principales obras son *Literatura/Sociedad* (1983), *Ensayos argentinos: de Sarmiento a la vanguardia* (1997), ambos en co-autoría con Beatriz Sarlo, *Frondizi: el hombre de ideas como político* (1998), *Bajo el signo de las masas, 1943-1973* (2001), *Para un programa de historia intelectual* (2005), *Peronismo y cultura de izquierda* (2011), *Intelectuales* (2013).

Por su parte, Oscar Terán (1938-2008) ha publicado *Discutir Mariátegui* (1985), *En busca de la ideología argentina* (1986), *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966* (1993), *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"* (2000), *Las palabras ausentes: Para leer los Escritos póstumos de Alberdi* (2004), *De utopías, catástrofes y esperanzas: Un camino intelectual* (2006), *Para leer el Facundo. Civilización y Barbarie. Cultura de fricción* (2007), *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980.* (2008).

Elías José Palti, nacido en 1956, es un historiador argentino formado en la Universidad de California en Berkeley y cercano a la nueva filosofía de la historia estadounidense. De hecho, es miembro del comité editorial de la revista *History and Theory* de la Universidad de Wesleyan. Autor de libros como *Giro lingüístico e historia intelectual* (1998), *Aporías, tiempo, modernidad, historia, sujeto, nación, ley* (2001), *La nación como problema. Los historiadores y la 'cuestión nacional'* (2003), *Verdades y saberes del marxismo. Reacciones de una tradición política ante su 'crisis'* (2005), *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XIX* (2005), *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado* (2007), *El momento romántico. Nación, historia y lenguajes políticos en la Argentina del siglo XIX* (2009).

Jorge Myers, nacido en 1961, es un historiador formado tanto en la tradición británica (Universidad de Cambridge) como en la estadounidense (Universidad de Stanford). Ha publicado *Orden y virtud: el discurso republicano del régimen rosista* (1995) y compilado (en colaboración con Klaus Gallo y Graciela Batticuore) *Resonancias románticas: historia cultural del Río de la Plata 1820-1890* (2005). Su

trabajo se concentra en la historia intelectual y cultural de Argentina y América Latina en los siglos XIX y XX.

Después de este breve recorrido por la historiografía argentina reciente, es posible rescatar dos aspectos importantes que se relacionan directamente con el grupo de Quilmes: la tradición de historia social y la historia de las ideas latinoamericana. A continuación, se analizarán con detenimiento los textos del grupo (publicaciones colectivas: la revista *Prismas* y los dos volúmenes de *Historia de los intelectuales en América Latina*) con el fin de profundizar en sus posturas con respecto a la historia social y a la historia de las ideas.

TRES

INVESTIGACIONES Y TEXTOS TEÓRICOS DEL GRUPO DE QUILMES

En un esfuerzo por ofrecer un panorama sobre la variedad de textos teóricos abordados en la revista *Prismas*, resulta útil agruparlos en cuatro grandes rubros: teoría y filosofía de la historia, relación entre la historia y las ciencias sociales (antropología y sociología), historia cultural y por último, deslinde y confluencias entre la historia de las ideas, la historia intelectual y la historia conceptual, siendo este último rubro el más estudiado.

Por otro lado, vale la pena señalar la especial dificultad que conlleva el análisis de una revista actual como *Prismas*, en la que se publican debates recientes en torno a la historia intelectual. Ofrecer un análisis minucioso de la revista y de los autores que en ella publican, resulta ser un objetivo por demás ambicioso para una tesis de maestría. No obstante, es posible dar a conocer y clarificar, mediante el presente trabajo, la diferencia entre la historia intelectual y conceptual, por lo tanto, sólo me enfocaré en los textos que se concentran en la historia de las ideas, la historia intelectual y la historia conceptual, tema presente en prácticamente todos los números de *Prismas*. Por ende, el análisis que se presentará a continuación organizará los artículos seleccionados de manera temática.

A. DIFERENCIA ENTRE HISTORIA INTELECTUAL E HISTORIA DE LAS IDEAS, UNA TOMA DE POSICIÓN

En el número 7 del 2003, se publicó “Un debate sobre la historia de las ideas” el cual se llevó a cabo en 1987, en el que participaron personalidades como Ernst Gombrich, Jacques Le Goff, entre otros. El debate muestra un esfuerzo por elaborar un estado de la cuestión en torno a una subdisciplina de la historia, en este caso, la historia de las ideas. Entre los puntos más importantes, destaca la variedad de autores considerados como antecedentes de la actual historia de las ideas: Johann Jakob Brucker, Vico, Wilhelm Dilthey, Friedrich Meinecke, Ernst Curtius, Jacob Burchardt y Johan Huizinga. Sin embargo, fue hasta la aparición de la obra de Arthur Lovejoy que la historia de las ideas recibió un impulso unificador y se expandió al resto del mundo. La obra del filósofo norteamericano sirvió como catalizadora de la nueva disciplina, pues “propuso una codificación precisa de los objetivos y métodos que debían entrar en la órbita de la historia de las ideas”.⁶⁸ Desde la publicación de la obra de Lovejoy hasta el año 1987, fecha en que se llevó a cabo el debate, la disciplina ha evolucionado enormemente. De tal suerte, en dicho debate se abordaron una serie de puntos que muestran su riqueza de enfoques: relativismo, evolucionismo, relación entre la historia de las ideas y la historia intelectual, carácter particular del discurso científico de la historia de las ideas, historia semántica, comunicación, así como un marco antropológico para sociedades sin escritura.

El punto que causó más polémica en el debate fue la diferencia entre la historia de las ideas y la historia intelectual. Para Jacques LeGoff, la historia intelectual supera a la historia de las ideas, ya que integra fenómenos externos que completan a las meras ideas; como autores, sociedades intelectuales, etc. En

⁶⁸ Massimo Bianchi, *et al.*, “Un debate sobre la historia de las ideas”, p. 155.

palabras de LeGoff, la historia intelectual logra realizar comparaciones e interconexiones entre las ideas de los autores; además, se enfoca en la actividad mental en los sujetos, en vez de en las ideas.

Por su parte, Bernard Quemada⁶⁹ aumentó la complejidad de la discusión al señalar las semejanzas entre la historia de las ideas y la lexicología; por lo que la primera se concreta en un enfoque lexicológico del discurso, mientras que la historia intelectual engloba factores socioculturales, a los que se adscriben las ideas. En ese sentido, historia intelectual y de las ideas estudian diversos objetos, por lo que para Quemada, la discusión de si uno supera a la otra, resulta inapropiada. En esa misma tónica, Paolo Rossi⁷⁰ señala que también existe una diferencia entre idea y concepto. La primera es ambigua y fugaz, mientras que el segundo es claro y definido.

Como en la mayoría de los debates, la discusión difícilmente se cierra, por el contrario, encontramos nuevas aristas para nuevos debates, los cuales, a pesar de haberse abordado en dicha reunión de 1987, continúan vigentes. Cabe señalar que dicho debate se produjo durante un congreso en torno al aniversario de la obra de Lovejoy, del que la revista *Prismas* sólo publica un resumen. De modo que, lejos de querer profundizar en los textos originales que motivaron dicho debate, me interesa destacar para los fines de esta investigación, que *Prismas* muestra la variedad de enfoques que pueden explorarse mediante la historia de las ideas, intelectual y conceptual, aunque con un evidente protagonismo de LeGoff, quien se pronuncia abiertamente en favor de la historia intelectual.

⁶⁹ Poner sus obras

⁷⁰ Poner sus obras

En el número 4 de la revista, aparecen tres artículos que articulan un debate más preciso entre la historia de las ideas y la historia intelectual. El primero de ellos es del propio Arthur Lovejoy, quien concibe a la idea en su forma “pura”. Posteriormente, Lewis Namier establece una crítica de esta posición, evidenciando sus debilidades. Finalmente, el texto de Quentin Skinner no sólo amplía la crítica a la postura de Lovejoy, sino que también critica la postura de Namier y muestra la importancia de integrar el contexto lingüístico de las ideas para su verdadera comprensión. A decir de la editorial de la revista,

Skinner define las pautas teórico-metodológicas sobre las que se funda la “Escuela de Cambridge”[...] Skinner buscaba referir los textos a sus condiciones semánticas de producción, esto es, qué categorías tenía disponibles un autor determinado para comprender el sentido de su mismo accionar, en fin, reconstruir los lenguajes políticos subyacentes a las obras en cuestión. El presupuesto implícito aquí, y del que la “nueva historia intelectual” tomaría su justificación, es que los hombres no tienen una vía de acceso inmediato respecto del sentido de sus acciones y acontecimientos. De lo que se trata, pues, no es de comprender qué dijo un autor, sino cómo fue posible para éste decir lo que dijo en un contexto determinado (cualquiera haya sido su intención o motivación subyacente, consciente o inconsciente). En definitiva, el tipo de intencionalidades a las que se intenta en este caso acceder resultan objetivas, en la medida en que se encuentran plasmadas en textos, instituciones, etc., tornándose así públicamente legibles.⁷¹

Para Lovejoy, la especialización va en contra de la historia de las ideas, porque ésta es necesariamente interdisciplinaria y casi siempre nace en la filosofía, de hecho, la mayoría de las ideas nacen en ésta. En realidad, las ideas filosóficas son más sólidas e influyentes sobre el resto (literarias o políticas) de ahí la importancia de analizar las ideas filosóficas para su comprensión. “La mayoría

⁷¹ *Prismas. Revista de historia intelectual*, 4, p. 126.

de los historiadores contemporáneos de cualquier literatura nacional, por ejemplo, o de la ciencia o una ciencia en particular, reconocen en principio –aunque muchos todavía con demasiada renuencia– que las ideas derivadas de sistemas filosóficos han tenido una vasta y a veces profunda y decisiva influencia sobre la mente y los escritos de los autores cuyas obras estudian”.⁷² En ese sentido, existe una especie de jerarquía, o mejor dicho, una especie de fuente de saber de donde surgen ideas al resto de las literaturas y ciencias, dicha fuente es la filosofía. Por lo tanto, para Lovejoy la historia de las ideas va a ser una disciplina fundamental, porque tendrá como objeto de estudio la propia fuente del pensamiento humano. Dice el autor: “que el conocimiento que el hombre más necesita es el de sí mismo es una opinión suficientemente antigua y respetable; y la historia intelectual constituye notoriamente una parte indispensable, y la más considerable, de ese conocimiento, hasta donde cualquier estudio del pasado puede contribuir a él”.⁷³

Lovejoy no ignora la importancia del contexto psicológico o social de las ideas. De hecho, son elementos fundamentales para comprender los textos. El propio Lovejoy pone como ejemplo la comprensión de la *Divina comedia*, en que gracias a nuestro conocimiento de la época, de la moral cristiana de aquel tiempo, podemos apreciar mejor la estética y la importancia de dicha obra. Sin embargo, lo que Lovejoy critica es la tendencia a explicar las ideas basándonos únicamente en las influencias, es decir, critica tanto el determinismo psicológico como el sociológico. Para el autor estadounidense a pesar de que la historia de vida o las

⁷² Arthur O. Lovejoy, “Reflexiones sobre la historia de las ideas”, p. 129.

⁷³ *Ibid.*, p. 131.

condiciones sociales influyen en el pensamiento del autor, y por lo tanto en las ideas, al final lo que prima es la razón y la lógica interna de las propias ideas.

La historia de la filosofía, en las sucesiones de las ideas y sistemas que exhibe, no es un proceso exclusivamente lógico, en el que la verdad objetiva se revele de manera progresiva en un orden racional; la intrusión de muchos factores pertenecientes a la esfera del psicólogo o el sociólogo, y que no tienen nada que ver con la filosofía como una supuesta ciencia, configuran y desvían su rumbo.[...] Todavía es preciso admitir que los filósofos (y hasta los hombres comunes y corrientes) sí razonan, y que la secuencia temporal de sus razonamientos, cuando un pensador sigue a otro, suele ser, y en una medida considerable, una secuencia lógicamente motivada e instructiva.⁷⁴

Sin negar la influencia de factores psicológicos y sociológicos en el autor, la lógica interna de las ideas, la dialéctica de sus debates, cuestionamientos, argumentos y contraargumentos, prima sobre un aparente determinismo psicológico o sociológico. Visto así, Lovejoy está en lo cierto, sin embargo, al complejizarse el problema de la interpretación en la propia lógica racional de las ideas, se descubre el papel que juegan los factores psicológicos y sociológicos que si bien no determinan, como bien apunta Lovejoy, sí influyen o incluso pueden condicionarlos.

Por su parte, Lewis Namier en “La naturaleza humana en la política” realiza un procedimiento inverso al de Lovejoy: pone énfasis en la esfera irracional del hombre, en vez de en la lógica racional de los filósofos a través del tiempo. El argumento principal de Namier, ignorado por Lovejoy, es el de la psicología de las masas en contraposición con las ideas políticas. Para Namier la irracionalidad con

⁷⁴ *Ibid.*, p. 140-141.

la que se conducen las masas durante momentos de agitaciones políticas como las revoluciones de 1830 y 1848 (ejemplos citados por el autor) muestran la inutilidad de confiar en la lógica de la razón de las ideas políticas, pues justo a partir de estas agitaciones irracionales, es como las ideas políticas se han transformado. En consecuencia, para Namier “un resultado inevitable de la mayor conciencia psicológica es, sin embargo, el cambio de actitud hacia las así llamadas ideas políticas. Tratarlas como la consecuencia de la razón pura sería atribuirles una ascendencia casi tan mitológica como la de Palas Atenea. Lo más importante son las emociones subyacentes, la música, para la cual las ideas son un mero libreto, a menudo de una calidad muy inferior; y una vez que las emociones han declinado, las ideas, ya sin recursos, se convierten en doctrina o, a lo sumo, en inocuos clisés.”⁷⁵

Parafresando a Lovejoy, su tesis “a pesar de factores psicológicos y sociológicos, los hombres sí razonan”, Namier contrapone “son los factores sociales, psicológicos, irracionales, los que conducen a la razón; no al revés”.

Finalmente, Quentin Skinner en “Significado y comprensión en la historia de las ideas” examina el dilema de las dos ortodoxias en la historia de las ideas: enfocarse en el contexto de la idea para comprenderla (Namier), o bien, atenerse a la autonomía y lógica interna del texto (Lovejoy).

Skinner examina primero los problemas de la segunda ortodoxia, la de la autonomía del texto. Esta postura implica ciertos presupuestos en torno a las ideas, a saber, que contienen elementos “intemporales”, por lo que son

⁷⁵ Lewis Namier, “La naturaleza humana en la política”, p. 145

“universales” y pertenecen a una sabiduría universal, atemporal. De ahí se deriva una tendencia a estudiar los textos clásicos, pues se convierten, desde dicha perspectiva, en la primera fuente de tales ideas universales y atemporales. Al ser textos clásicos, son lejanos en el tiempo, por lo que atenerse únicamente a lo que “dice el texto” es ya un primer problema. De hecho para Skinner la pretensión de querer estudiar únicamente lo que el autor “dice” implica un riesgo constante de absurdos históricos, a éstos les llama Skinner mitologías: “[...] estudiar sólo lo que cada autor *dice* significa correr inevitablemente y de diversas maneras el riesgo constante de caer en varios tipos de absurdo histórico; también quiero anatemizar los variados aspectos por los que los resultados, en consecuencia, no pueden clasificarse en absoluto como historias, sino más propiamente como *mitologías*”.⁷⁶

La primera es la “mitología de las doctrinas”, similar al mito de los orígenes. Al estudiar al clásico con el prejuicio de que es un clásico, existe el peligro de considerarlo fundador de doctrinas futuras, a partir de digresiones o comentarios insignificantes del autor. Skinner pone como ejemplo *El defensor de la paz* de Marsilio de Padua en el que éste realiza ciertas observaciones aristotélicas sobre el papel ejecutivo de un gobernante en comparación con la legislación de un pueblo soberano. Ante este minúsculo pasaje, no faltó quien consideró a Marsilio –erróneamente– “fundador” de la doctrina de la separación de poderes.

El problema de la mitología de las doctrinas es que se objetiva una doctrina en una forma ideal, inmanente, por lo que se “produce una forma de no-historia que está entregada casi por entero a señalar “anticipaciones” anteriores de doctrinas ulteriores y a dar crédito a cada autor en términos de esta clarividencia

⁷⁶ Quentin Skinner, “Significado y comprensión en la historia de las ideas”, p. 152.

[...] se elogia o censura a los autores del pasado simplemente según la medida en que parecen haber aspirado a nuestra propia condición”.⁷⁷ Dicho con otras palabras, se cae en anacronismos y en un presentismo histórico que “falsea”, paradójicamente, los propios textos clásicos.

La segunda mitología señalada por Skinner es la “mitología de la coherencia”, que consiste en dar forma de *corpus* o sistema cerrado a una obra inconsistente, variada, “selvática”, como la de muchos autores clásicos del siglo XVI al XIX. Skinner pone como ejemplo de estas mitologías las interpretaciones de las obras de Rousseau, Hobbes y Burke. “La historia así escrita no se convierte en absoluto en una historia de las ideas, sino de abstracciones: una historia de pensamientos que en realidad nadie llegó a pensar nunca, en un nivel de coherencia que, de hecho, nadie alcanzó nunca”.⁷⁸ Esta tendencia lleva a sus constructores a caer en argumentaciones un tanto ridículas, como ignorar intenciones explícitas de un autor sobre su texto o descartar parte de su obra por contradecir lo que “dicta la tradición” de la historia de las ideas. Asimismo, cuando un autor es confuso o incoherente en su argumentación y al mismo tiempo era perseguido por las autoridades, o bien, escribió en la cárcel, siempre puede argumentarse que escribió en clave por el temor de ser perseguido, por lo tanto, es relativamente sencillo, acomodar el texto a favor de la preconcepción del historiador de las ideas.⁷⁹

Otra mitología señalada por Skinner es la de la prolepsis (conocimiento anticipado de algo), que es otro ejemplo de anacronismo y reflejo de una visión

⁷⁷ *Ibid.*, p. 156.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 162.

⁷⁹ *Cfr. Ibid.*, p. 164-165

teleológica de la historia. Por ejemplo, “insistir en que las opiniones políticas de Rousseau no sólo ‘aportaban la justificación filosófica tanto para el Estado totalitario como para el Estado nacional democrático’, sino que la fuerza de ese ‘aporte’ fue tan grande que, en sustancia, habría que atribuir a Rousseau justamente esa *intención*, y por lo tanto ‘asignarle una responsabilidad especial por el surgimiento del totalitarismo’”.⁸⁰

Otra mitología es la del localismo, o en otras palabras, el abuso de la atribución de “influencias”. Desde la visión privilegiada del historiador de las ideas es común caer en el error de pensar que una idea de un texto clásico es producto de la influencia de otra anterior al parecerse los argumentos. Dicho con otras palabras, se debe actuar con cautela antes de asegurar que un autor influyó en otro. También existe el riesgo de atribuirle un sentido a la obra clásica desde el presente. Por ejemplo

[...] consideremos el caso de un historiador que decide (tal vez justificadamente) que un rasgo fundamental del pensamiento político radical durante la Revolución Inglesa fue el interés en la ampliación del derecho al voto. Es posible que se incline entonces a conceptualizar esta demanda típicamente “igualadora” en términos de un argumento en favor de la democracia. El peligro aparece, sin embargo, cuando el concepto de “filosofía de la democracia liberal” se usa luego como paradigma para la descripción y comprensión del movimiento.⁸¹

Además de las mitologías existen otros problemas en la historia de las ideas, como el de estudiar una idea en periodos largos de tiempo, porque implica una aparente unidad de sentido, que es prácticamente imposible de sostener e incluso de investigar empíricamente. Otro problema es el uso que se da de las

⁸⁰ *Ibid.*, p. 166. Comillas del autor.

⁸¹ *Ibid.*, p. 169-170

ideas en términos del lenguaje. Para Skinner es imposible estudiar la idea remitiéndose exclusivamente a la autonomía del texto sin caer en las mitologías antes señaladas, de ahí la necesidad de acudir al contexto. Según Skinner

[...] no debemos estudiar los significados de las palabras, sino su uso. Puesto que en este sentido no puede decirse, en última instancia, que la idea dada tenga ningún significado que pueda asumir la forma de un conjunto de palabras que, a continuación, sea posible deducir cuidadosamente y rastrear a lo largo del tiempo. Antes bien, el significado de la idea debe ser sus usos para referir de diversas maneras.⁸²

En ese sentido, el contexto aparece como un aspecto fundamental, y por ende es analizado con una mayor precisión, por medio del lenguaje, es decir, una especie de contexto lingüístico. Por lo tanto, para Skinner “[...] no debemos estudiar los textos en sí mismos sino más bien ‘el contexto de otros sucesos que los explican [...] un conocimiento del contexto social de un texto dado parece por lo menos brindar una ayuda considerable para evitar las mitologías anacrónicas que traté de anatemizar’”.⁸³

En general, la conclusión de Skinner apunta a la recuperación de la intención original del autor con el fin de reconstruir el uso de las ideas en su tiempo y espacio, sin caer en anacronismos. Para Skinner,

[...] el objetivo esencial, en cualquier intento de comprender los enunciados mismos, debe consistir en recuperar esa intención compleja del autor. Y de ello se sigue que la metodología apropiada para la historia de las ideas debe consagrarse, ante todo, a bosquejar toda la gama de comunicaciones que podrían haberse efectuado convencionalmente en la oportunidad en cuestión a través de la enunciación del enunciado dado y, luego, a describir las relaciones entre éste y

⁸² *Ibid.*, p. 178.

⁸³ *Ibid.*, p. 180. Comillas del autor.

ese contexto *lingüístico* más amplio como un medio de decodificar la verdadera intención del autor[...] El inconveniente con la forma en que estos datos se manejan en la metodología del estudio contextual es que se insertan en un marco inadecuado. Erróneamente, el “contexto” llega a considerarse como determinante de lo que se dice. Es necesario, antes bien, tratarlo como un marco último que colabora en la tarea de decidir qué significados convencionalmente reconocibles, en principio, podría haber sido posible que alguien pretendiera comunicar en una sociedad de ese tipo.⁸⁴

Como puede apreciarse, Skinner reformula la historia de las ideas destacando la importancia del contexto, entendido como un marco lingüístico que no sólo es necesario para comprender el significado de las ideas, sino más bien, permite comprenderlas en un espectro más amplio, como parte de un universo intelectual histórico.

B. LA IMPORTANCIA DE LA INTENCIONALIDAD

La obra de Skinner destaca por su rescate de la intencionalidad. De acuerdo con J. G. A. Pocock, otro de los grandes exponentes de la historia intelectual británica, las críticas que surgieron después de la obra de Skinner, más que invalidarla, confirmaron la necesidad de considerar las intenciones y en algunos casos, de superar la propuesta de Skinner. La primera objeción consistió en cómo recuperar las intenciones sin quedar prisioneros del círculo hermenéutico. Ante ello, la escuela de Cambridge señala que el riesgo puede evitarse si el historiador logra reunir una serie de fuentes que le den solidez a la supuesta intención del autor, como la comparación de textos o el análisis de cartas y correspondencia: “[...]”

⁸⁴ *Ibid.*, p. 188. Cursivas del autor.

cuanto mayor sea la evidencia que el historiador puede poner en juego en la construcción de hipótesis con respecto a las intenciones del autor, que pueden luego aplicarse al propio texto o someterse a prueba con él, mejores serán sus posibilidades de escapar del círculo hermenéutico, o más círculos de esta clase tendrán que construir sus críticos al intentar desarmarlo”.⁸⁵

Otra objeción más profunda consiste en cuestionar si realmente es posible advertir una intención oculta en el texto, o bien, si existen intenciones al margen del lenguaje en que el texto se construye. Esto implica, de acuerdo con Pocock, una distinción entre la *langue* (lengua) y la *parole* (discurso) de Saussure.⁸⁶ En realidad, la idea de recuperar las intenciones tiene un interés lingüístico-histórico, más que psicológico. Dicho con otras palabras, se trata de “[...] omitir la consideración de las intenciones que un autor no podía haber concebido o llevado a efecto, por carecer del lenguaje capaz de expresarlas y utilizar algún otro, que articulaba y realizaba otras intenciones. El método de Skinner, en consecuencia, nos empujó a recuperar el lenguaje de un autor no menos que sus intenciones, y a tratar a éste como habitante de un universo de *langues* que dan significado a las *paroles* que profiere...”⁸⁷ En el caso de periodos de un pasado reciente, una historia del discurso pondría mayor énfasis en los usos del lenguaje de diversos sectores y grupos sociales.

⁸⁵ J. G. A. Pocock, “Historia intelectual: un estado del arte”, p. 148.

⁸⁶ De acuerdo con Saussure, la *langue* comprende las reglas sistemáticas de la lengua, lo abstracto, las convenciones de un sistema de significación, que es independiente y preexistente de los usuarios individuales. Mientras que la *parole* se refiere a las instancias en que se usa la *langue*, los actos del discurso (habla, escrito, etc.). En ese sentido, sin una *langue* no existe la *parole*, pero a su vez, ésta le da forma en el acto del discurso a la *langue*.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 148

De esta manera, la discusión en torno a las intenciones del autor se desplazó al de su objetivación, es decir, cómo encontrar la intencionalidad, explícita o implícita, en los textos. Por otro lado, también se inserta la cuestión del uso del lenguaje y de la innovación del mismo, al ser el autor, creador de una combinación única –e influyente– de la lengua para generar un discurso. Además, en el caso de los textos clásicos, habría que estudiar las condiciones de los actos del discurso (lugares y sujetos de enunciación, interlocutores, contexto histórico) de los intérpretes posteriores. En ese sentido, la propuesta de Skinner consiste en estudiar los textos pensando en la interacción de la *langue* y la *parole* como una relación abierta y continua.

Como puede apreciarse, la historia intelectual así concebida implica un análisis minucioso de los actos del lenguaje y del discurso de los autores clásicos, por lo que el ejercicio interpretativo del historiador es fundamental.

Si según una terminología propia de Collingwood ha aprendido a ‘repensar los pensamientos’ de otros, el lenguaje en el cual reiterará sus enunciados no será el usado por ellos, sino el suyo. [...] En una medida importante, el lenguaje del historiador será hipotetizante y predictivo; le permitirá exponer qué espera que haya dicho en circunstancias específicas un usuario convencional del lenguaje en estudio, y estudiar mejor lo que en realidad se dijo en esas circunstancias[...] el historiador confiará más que nunca en no ser un prisionero de su propio ingenio interpretativo, pero lo cierto es que sus escritos sobre el lenguaje de los otros se elaborarán en gran medida en un paralenguaje o metalenguaje, concebido para explicar lo implícito y presentar la historia de un discurso como un tipo de diálogo entre sus insinuaciones y potencialidades, en el cual él dirá lo que no siempre se decía.⁸⁸

⁸⁸ *Ibid.*, p. 153.

En ese sentido, la historia intelectual más que plantear una forma nueva de estudiar las ideas, actualiza en una especie de ingeniería lingüística erudita el estudio del discurso y del contexto. La atención que se presta al lenguaje no se limita a un estudio detallado de la obra, sino que también abarca su recepción. “La historia del discurso se interesa en los actos del habla que llegan a ser conocidos y suscitan una respuesta, en las ilocuciones que se modifican al convertirse en perlocuciones por el modo en que los receptores responden a ellas y en respuestas que adoptan la forma de nuevos actos de habla y contratextos. El lector mismo se convierte en un autor, y del historiador se requiere un modo complejo de *Rezeptionsgeschichte*”⁸⁹, es decir una historia o recuento de la recepción del discurso.

Al incluir el problema de la recepción, la historia intelectual se acerca al fenómeno de la apropiación del lenguaje desde distintos espacios de enunciación (sociales, culturales, etc.); no obstante, siempre se limitará a los textos, es decir, a apropiaciones textualizadas, verbalizadas.

No es necesario que nos disculpemos por el elitismo poco representativo de estudiar sólo a los lectores cuyas respuestas se verbalizaron, registraron y presentaron. La *mentalité* de la mayoría silenciosa e inarticulada debería, en verdad, tratar de indagarse y, si fuera posible, recuperarse; [ya que] puede reservarnos una importante información. Pero la historia de las *mentalités* no es idéntica a la historia del discurso.⁹⁰

De tal suerte, la historia del discurso resulta ser un complejo entramado de discursos entrelazados, o bien, una diversidad de actos de habla pertenecientes a

⁸⁹ *Ibid.*, p. 159.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 160.

diversos contextos lingüísticos e históricos, por lo que una historia que logre conjugar todos esos factores se antoja imposible. En consecuencia, es necesario poner un límite a todas estas variantes, o como señala Pocock, cerrar el contexto abierto de Skinner. Por un lado, Skinner advierte la necesidad de limitarse al estudio de los textos originales del autor, sin adjudicarle elementos externos que alteren el sentido general de la obra, como las mitologías que él detecta en muchas de las historias de las ideas. Este procedimiento es en realidad, bastante complicado, puesto que “puede decirse que un texto no ejerce ninguna autoridad sobre quienes lo interpretan, sino que, antes bien, se disuelve en el *continuum* de interpretación que le dio origen en su momento”.⁹¹ Dicho con otras palabras, el conocimiento quirúrgico de los lenguajes que se manejan en un texto clásico, nos permitirá mejorar la comprensión no sólo de éste, sino de las interpretaciones posteriores, que finalmente, son las que mantienen la vigencia del texto clásico y lo convierten en tal.

Por ejemplo, Pocock menciona la diferencia entre las obras de Thomas Hobbes y Edmund Burke, en los que es necesario tomar en cuenta que la intención de Hobbes siempre fue embarcarse en una empresa filosófica, mientras que Burke era autor de discursos y panfletos en una vida política activa. Por ende, ignorar estas intenciones, y tomar cualquier texto clásico como un tratado filosófico terminado y sistemático se convierte en un grave error.

Otro ejemplo de las intenciones son las del texto que es escrito con la finalidad de ser publicado. Por ejemplo, los textos que se escriben sin pensar en ser publicados, son más propensos a las innovaciones, pues están libres de la

⁹¹ *Ibid.*, p. 162.

censura o la medida; mientras que la publicación puede limitar las opiniones del autor. O bien, puede tratarse de un texto que con el fin de evitar la censura, escribe en un lenguaje esotérico o “secreto”, dirigido a un público reducido y específico.

En conclusión,

[...] el historiador debe estudiar estos *continuum* (a veces llamados erróneamente “tradiciones”) si quiere entender las acciones y respuestas, las innovaciones y sucesos, los cambios y procesos que constituyen la historia del discurso, aunque esto no significa decir que el texto como artefacto aislado no le suministrará valiosa información sobre lo que ocurría en la historia de los lenguajes en que fue escrito. Gran parte de su atención, en consecuencia, se concentrará en textos sometidos a la interpretación y la deconstrucción a medida que la historia del discurso los absorbe; sin embargo, esto no implica que el historiador niegue que en ciertos momentos de la historia el texto puede haber actuado con esa unidad que se reivindica para él como arte o filosofía. Cuando un historiador tropieza con un “gran texto” –como le sucede una o dos veces a quien esto escribe en los ensayos que siguen–, sabe que el adjetivo indica, primero, que los actores de la historia que está estudiando le asignaron una elevada autoridad o un estatus antagónico; segundo, que los críticos, teóricos, filósofos y (aquí empieza a dudar) historiadores de la comunidad de académicos a la que pertenece lo reconocieron como poseedor de una coherencia y un interés excepcionales. Sabe además que su tarea consistirá en moverse entre la exploración de su estructura como un artificio sincrónicamente existente y la exploración de su aparición y actuación como un incidente en un *continuum* de discurso de proceder diacrónico.⁹²

C. LA INFLUENCIA DE LA OBRA DE PIERRE BOURDIEU

En el número 8 (2004) se aborda un debate en torno a la obra de Fritz Ringer *The Decline of the German Mandarins: The German Academic Community, 1890-1933* (1969), sintetizado en el artículo “El campo intelectual, la historia intelectual y la

⁹² *Ibid.*, p. 168. Comillas del autor.

sociología del conocimiento” del mismo autor. Posteriormente aparece el artículo “Los hábitos de los intelectuales: respuesta a Ringer” de Charles Lemert y “Trabajo de campo y teorización en la historia intelectual: una réplica a Fritz Ringer” de Martin Jay. Finalmente, se termina con “Contrarréplica a Charles Lemert y Martin Jay” de Fritz Ringer. El centro del debate es la noción de campo intelectual de Pierre Bourdieu desde la sociología del conocimiento, sus diferencias y semejanzas con la historia intelectual de la escuela de Cambridge.

En *Razones prácticas (Sobre la teoría de la acción)* (1994), Pierre Bourdieu explica en conjunto los conceptos básicos para comprender su sociología de la cultura y del conocimiento. En términos generales, Bourdieu ubica las relaciones de poder entre los sujetos en un espacio social objetivo; en concreto, Bourdieu diseña un plano cartesiano de dos ejes: el capital global y la dualidad capital cultural y económica. De esta forma, todas las profesiones, sectores económico-profesionales, actitudes y prácticas de clase, pueden ubicarse en un eje horizontal: a la derecha o a la izquierda del plano, que a su vez, corresponden con la posición política de derecha o de izquierda; mientras que el eje vertical corresponde a las clases sociales: la más alta y la más baja. De modo que es posible ubicar en el extremo superior derecho del espacio social profesiones liberales, jefes del sector comercial e industrial, prácticas como la equitación o la caza; así como un mayor capital económico en detrimento del capital cultural. O bien, en el extremo superior izquierdo pueden ubicarse profesores de educación superior, altos puestos del sector público relacionados con la cultura; prácticas como el ajedrez, el gusto por el piano; así como un mayor capital cultural en detrimento del capital económico. Mientras que en los extremos más bajos, también pueden ubicarse sectores de

derecha (pequeños comerciantes, agricultores) y de izquierda (maestros, obreros, burócratas). Asimismo, los conceptos de *habitus*, campo y capital son fundamentales para comprender mejor su teoría.⁹³

Bourdieu entiende por *habitus* al conjunto de prácticas que son interiorizadas por los individuos y que sirven para adaptarse a un determinado campo dentro del espacio social. Por ejemplo, el *habitus* de clase es un conjunto de gestos, gustos, lenguaje que los miembros de una misma clase social comparten, de igual forma podría hablarse de ciertos *habitus* en campos culturales, como el intelectual, el del sector público, el del sector privado, etcétera.

Por su parte, la noción de campo se refiere a una red de relaciones entre los sujetos en la que el capital (conjunto de conocimientos, habilidades, poder, economía) que posee cada individuo, condicionará su posición jerárquica dentro del mismo. Dicho con otras palabras, una persona con mayor capital cultural y de clase tendrá más probabilidades de ascender en el sector cultural, por lo que se espera un perfil, una serie de *habitus* en esa persona para tener éxito (lugar en el que vive, personas que conoce, gustos, gestos, acento, lenguaje, etcétera). Por último, cabe señalar que Bourdieu habla de condicionamientos, no de determinismos, por lo que los campos y los *habitus* son dinámicos.

En ese sentido, Ringer reflexiona en retrospectiva sobre su obra, escrita en los sesenta, en los términos de la sociología de Bourdieu. De modo que el debate se centrará en sus reflexiones posteriores, más que en *The Decline of the German Mandarins: The German Academic Community, 1890-1933*. Ringer recupera la noción de campo intelectual de Bourdieu para estudiar las academias alemanas

⁹³ Cfr. Pierre Bourdieu, *Razones prácticas (Sobre la teoría social)*.

de fines del siglo XIX y primer tercio del XX. En el campo intelectual, los agentes actuantes compiten por una especie de prestigio que después se convierte en derecho para generar líneas de investigación o conceptos en las academias. Por lo tanto, para definir una posición intelectual es necesario insertarla en un mapa de relaciones y posiciones intelectuales. En realidad, las posiciones se definen dialécticamente, en constante discusión, conflicto y debate, que dan como resultado ortodoxias y heterodoxias, en las que unas obtienen cierto dominio sobre otras, según la dinámica de las relaciones de poder. Por último, el campo intelectual no está determinado por la clase social de sus miembros. “La relación de un intelectual con una clase social determinada, por ejemplo, está mediatizada por la posición que aquel mantiene dentro del campo. Ésta es una manera de concebir la autonomía relativa del campo intelectual, y también es válida para subcampos como las disciplinas académicas y las escuelas literarias”.⁹⁴

Para Ringer, el campo intelectual va más allá de la intencionalidad del autor (escuela de Cambridge), pues ésta se limita a la subjetividad de quien escribe, mientras que el campo intelectual comprende la relación del autor con la red de interrelaciones intelectuales. De hecho el campo intelectual forma parte de un campo más amplio, el cultural, que también incluye supuestos implícitos, prejuicios que se forman a lo largo de la vida personal del intelectual. En esa tónica, Bourdieu identifica la adscripción a las ortodoxias o heterodoxias con aspectos del inconsciente. De ahí la importancia del *'habitus'* que se forma en las escuelas;

⁹⁴ Fritz Ringer, “El campo intelectual, la historia intelectual y la sociología del conocimiento”, p. 100. Cabe señalar que en otros espacios sociales, como los de América Latina, quizá los *habitus* de clase jueguen un papel más preponderante.

[...] tanto Panofsky como Bourdieu, y sobre todo éste, destacan el papel de la 'escuela', con lo cual se refieren a las diversas formas de educación institucionalizada tal como surgieron en Europa desde la Edad Media. Como 'fuerza formadora de hábitos', el sistema educacional inculca formas socialmente diferenciadas de pensamiento, incluyendo lo que Bourdieu llama '*habitus* cultivado' de las personas muy instruidas. Así como la escuela genera de manera activa el *habitus*, éste, a su turno, es una causa genuina de las disposiciones cognitivas y las creencias. Será preciso, desde luego, demostrar empíricamente y en detalle que las teorías y las prácticas de la educación pueden dar forma a los 'esquemas de pensamiento'.⁹⁵

De tal suerte, para Ringer, la historia intelectual debe dar primacía al campo intelectual, apartando la mirada de las intenciones individuales, si no se quiere caer en una visión estrecha y falaz. Esta perspectiva no sólo rompe con la tradicional historia de las ideas, sino también con la concepción de historia intelectual de Skinner, que bajo esta lógica, sigue atrapada en las intenciones del autor.

Por su parte, Lemert critica la postura de Ringer, pues descuida hábitos únicos de los intelectuales, en aras de construir la noción de campo intelectual. Para Lemert, éste es un aspecto que no puede ignorarse, pues el propio Bourdieu reconoce la excepcionalidad de los 'líderes' de los campos intelectuales, lo cual requeriría un estudio más particular, distinto al del campo intelectual, propiamente dicho. No obstante, Lemert no critica la noción de campo intelectual como tal, sino la manera en que Ringer la emplea. "Ringer corta el campo de Bourdieu a la medida de sus objetivos en dos aspectos: en primer lugar, como una figura retórica del discurso para sostener su argumento a favor de un enfoque

⁹⁵ *Ibid.*, p. 104. Comillas del autor.

generalizador y estadístico de la historia intelectual, y segundo, como un expediente retórico para afirmar la falta de representatividad de la biografía y otras historias de individuos excepcionales”.⁹⁶ Asimismo, Lemert pone énfasis en que el propio Bourdieu considera la importancia de los individuos excepcionales, que de hecho, forman una parte primordial del cuadro del campo intelectual.

En una crítica más afable, Jay ubica a Ringer como uno de los principales interlocutores interdisciplinarios de la historiografía actual, como lo son Quentin Skinner, Hayden White, Dominick LaCapra, James Clifford y Roger Chartier. Jay refrenda la noción de *habitus* de Bourdieu utilizada por Ringer.

Como el ‘mundo de la vida’ de los fenomenólogos o la *episteme* de Foucault, la noción de *habitus* de Bourdieu nos lleva a considerar el horizonte o telón de fondo de prácticas, supuestos, hábitos y prejuicios tácitos que constituyen la matriz doxológica de la cual surge un pensamiento más consciente de sí mismo. Nos fuerza, asimismo, a registrar las coacciones institucionales, por ejemplo, las impuestas por los sistemas educacionales que Ringer ha explorado con tanta maestría, que estimulan, influyen y limitan la creación y recepción de ideas, aún de las más obviamente creativas. Y nos ayuda, por último, a evitar una intencionalidad ingenua que procura reducir el significado de las ideas a las intenciones subjetivas de quienes les dan origen o adhieren a ellas.⁹⁷

En ese sentido, según Jay, Ringer subestima la complejidad del concepto de intencionalidad del que parte Skinner. “En vez de buscar el sentido de un texto en el ‘proyecto subjetivo’ del autor, Skinner sostiene en forma explícita que ese sentido trasciende la motivación subjetiva. El objetivo previsto, afirma, sólo es un acto elocutivo, que el autor intenta realizar al escribir el texto. Esos actos, agrega,

⁹⁶ Charles Lemert, “Los hábitos de los intelectuales: respuesta a Ringer” p. 126.

⁹⁷ Martin Jay, “Trabajo de campo y teorización en la historia intelectual: una réplica a Fritz Ringer”, p. 136.

pueden atribuirse a la intencionalidad y ser recuperados como tales por el historiador, mientras que no es posible hacer otro tanto con los múltiples sentidos del texto”.⁹⁸ Por ende, apegarse a la intención del autor, es también considerar la red de relaciones intelectuales que implican el campo intelectual de Bourdieu.

Por ende, Ringer parece ignorar la complejidad del contexto, que no se limita a la noción de *habitus* o de campo intelectual. En primera instancia, existen varios niveles de interpretación y efectos del texto (elocutivos, locutivos, topológicos, referenciales, retóricos o lógicos), por lo que “si pasamos con demasiada rapidez del nivel de la complejidad textual al contexto presuntamente previo de una institución, un campo o un *habitus* coherente, quizá no podamos reconocer la inestable coexistencia de varios contextos antagónicos, que van más allá de la subdivisión de uno de ellos en una lucha ortodoxa y heterodoxa destructiva”.⁹⁹

En respuesta, Ringer niega haber sostenido que la biografía intelectual sea innecesaria, sino que ésta se entiende mejor dentro de un campo intelectual. En cuanto a la intencionalidad, Ringer advierte lo siguiente:

Quentin Skinner y otros eminentes filósofos de la historia creen que nuestra comprensión de los textos en sus contextos originales debe apuntar a la recuperación de las intenciones de su autor. Yo prefiero concentrarme en las intenciones y creencias (o razones) que están objetivamente presentes en los textos, no sólo porque me suena más económico, sino también porque soy muy receloso de la veta subjetivista de la veta hermenéutica romántica, según la cual se supone que el intérprete se identifica con los autores de los textos o reproduce sus experiencias vividas.¹⁰⁰

⁹⁸ *Ibid.*, p. 136

⁹⁹ *Ibid.*, p. 140

¹⁰⁰ Fritz Ringer, “Contrarréplica a Charles Lemert y Martin Jay”, p. 149.

Ringer considera que su método tiene la ventaja de mantener la objetividad sin perderse en una especie de turbulenta búsqueda de intencionalidad subjetiva o incluso arbitraria. “No soy un contextualista radical según la definición de Harlan, dado que no insisto en recuperar las intenciones autorales que se encuentran ‘detrás’ de los textos. Estoy interesado en las intenciones y razones objetivamente presentes en ellos”.¹⁰¹

Un aspecto central de este debate es el cuestionamiento de la intencionalidad del autor, es decir, hasta qué punto es posible recuperarla. De ahí la importancia de la crítica posterior a la obra de Skinner, la que, a decir de Pocock se ha enfocado en cómo objetivar la intencionalidad de orden lingüístico-histórico, más no psicológica.¹⁰²

C. LA PRESENCIA DE LA HISTORIA CONCEPTUAL

En el número 14 (2010), la revista incorporó dos estudios de dos grandes personalidades de la historia conceptual: Otto Brunner “La ‘casa grande’ y la ‘Oeconomica’ de la vieja Europa” y Reinhart Koselleck “Sobre la necesidad teórica de la ciencia histórica”. El texto de Brunner analiza el concepto ‘oeconómica’, mientras que el de Koselleck analiza la necesidad de teorizar para alcanzar una ciencia genuina de la historia, no dependiente de las ciencias sociales. Para ello, analiza las dificultades y particularidades de la historia, proponiendo su teoría del tiempo histórico como herramienta exclusiva de la

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 152.

¹⁰² *Vid. Supra.*, p. 68-70.

historia y útil para otras disciplinas. En palabras de Kosselleck: “Por ello, quisiera restringirme a mi tesis, que puede probar la ubicuidad de la historicidad concebida como ciencia sólo cuando desarrolla una teoría del tiempo histórico, sin que tenga que perderse como inquisidora de todo en lo ilimitado”.¹⁰³

Nuevamente salta a la vista la insistencia de la revista al publicar textos que discuten la cientificidad de la historia, que en otros términos, conduce a abordar de nuevo el tema sobre la verdad en la historia, la representación y la subjetividad.

Ahora bien, cuál es la postura de los historiadores de Quilmes ante la historia conceptual, que a diferencia de la historia cultural, procura mantener una metodología más sistemática, delimitada y definida. En el artículo “Temporabilidad y refutabilidad de los conceptos políticos”, Palti aborda problemas de la historia conceptual, que vale la pena señalar, puesto que es una variante de la historia intelectual, más relacionada con los trabajos de historia conceptual de Kosselleck, aunque no por ello, dependiente de sus trabajos.

Siguiendo un estudio de Terence Ball, uno de los problemas de los conceptos es el de su refutabilidad. El problema se plantea en los términos de si es posible fijar el sentido de un concepto, o bien, si éstos son inevitablemente contradictorios. Para Palti, la refutabilidad de los conceptos no impide que se pueda fijar un sentido a los mismos, pues de ser así no habría entendimiento posible. Por lo tanto, el sentido se fija mediante la convención o la coerción de una comunidad, todo ello, dentro de un marco discursivo. “Lo cierto es que la tesis de la esencial refutabilidad de los conceptos no niega, en principio, la posibilidad de

¹⁰³ Reinhart Kosselleck, “Sobre la necesidad teórica de la ciencia histórica”, p. 140.

fijar el sentido de los mismos, aunque afirma que ello es posible únicamente dentro de los marcos de una determinada comunidad política o lingüística”.¹⁰⁴

Dicho problema de la historicidad del sentido de los conceptos es justamente, la materia prima de la historia conceptual. Para Palti, la historia conceptual así concebida, se encuentra en una especie de laberinto, pues los conceptos son refutables y temporales, lo cual relativiza su sentido al punto de aparecer inoperantes. Por ende, la historia conceptual resulta insuficiente por una cuestión de enfoque. Más que atender a los conceptos en sí mismos, se debería atender a éstos en contextos semánticos más amplios, que son justamente los que permiten fijar el sentido necesario de los mismos. En esta lógica se ubica la idea de Pierre Rosanvallon de la “historia conceptual de lo político”. Dicho con otras palabras, los conceptos no se comprenden de manera aislada, sino en un contexto lingüístico más amplio. Para Palti es necesario pasar de la historia de conceptos políticos a una historia de lenguajes políticos.

Encontramos así una interpretación diferente de la máxima de Nietzsche: no se trata de que los conceptos no puedan definirse de un modo determinado porque históricamente cambian su sentido, sino a la inversa: los mismos cambian su sentido porque no pueden definirse de un modo determinado. No obstante, para comprender por qué toda fijación de sentido es constitutivamente precaria, debemos reconstruir un entero campo semántico, ir más allá de la historia de conceptos en la dirección hacia una historia de los lenguajes políticos. Recrear un lenguaje político conlleva no sólo la tarea de trazar cómo los conceptos cambiaron su significado a lo largo del tiempo, sino también y fundamentalmente, la de comprender qué les impedía alcanzar su completitud semántica, descubrir aquellos puntos de fisura que le eran inherentes.¹⁰⁵

¹⁰⁴ Elías J. Palti, *op. cit.*, p. 20.

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 22.

Palti propugna por una historia de los lenguajes políticos, siguiendo al denominado “Círculo de Berlín” liderado por Wolfgang Stegmüller.¹⁰⁶ El lenguaje político se define entonces como un modo de producir enunciados, es un marco de producción de enunciados en los que se puede afirmar o negar el mismo objeto, es decir, remite a un orden de producción de conceptos. En ese sentido, más que seguir la transformación de significado de un concepto, lo que importa es reconstruir un contexto de debate. Según Palti, la nueva historia intelectual busca abordar simultáneamente las tres dimensiones del uso público del lenguaje: la semántica, la sintáctica y la pragmática.

Podemos decir, esquemáticamente, que un punto de vista radicalmente nuevo de la historia intelectual (el giro de las ideas a los lenguajes) surge de las elaboraciones convergentes de las tres grandes corrientes que actualmente dominan el campo, cada una de las cuales enfatizaría, y renovarían nuestras perspectivas, respecto de cada una de estas dimensiones (la escuela alemana de *Begriffsgeschichte*, para la semántica; la escuela de Cambridge, para la pragmática; y la nueva escuela francesa de historia conceptual de la política, para la sintáctica).¹⁰⁷

En este punto, se muestra la distancia de Palti con la Escuela de Cambridge, con la que si bien comparte muchos aspectos, no es la única tradición de la cual extrae ciertos paradigmas, sino que hace suyos también los provenientes de la escuela alemana (Kosselleck), y francesa (Rosanvallon).

D. POSTURA HETERODOXA DEL GRUPO DE QUILMES

¹⁰⁶ Cfr. *Ibid.*, p. 31.

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 33.

Ahora bien, cabe preguntarse cuál es el enfoque que siguen los historiadores de Quilmes. De acuerdo con Carlos Altamirano, el renovado interés por la historia política, característica que comparte el grupo de Quilmes, se debe en buena medida a la erosión de los grandes paradigmas de explicación social (marxismo, funcionalismo, estructuralismo). En el ámbito argentino, debe resaltarse la influencia de las obras de Maurice Agulhon y Pierre Rosanvallon, así como las obras de historiadores como François Xavier Guerra, José Carlos Chiaramonte e Hilda Sabato.

Un rasgo esencial de esta nueva historia política es la atención al lenguaje.

En palabras de Altamirano,

[...] este giro, que podríamos llamar 'hermenéutico', manifiesto en el valor crítico que se concede al lenguaje con que los actores atribuyen sentido a la acción, a las fuerzas en presencia y al combate político mismo, refleja ciertamente los progresos que la historiografía europea y norteamericana han experimentado en las últimas décadas respecto de su propia historia política, incluyendo la de los conceptos de historia. [...] La relevancia otorgada al lenguaje político no implica la ignorancia del mundo social, sus restricciones y sus efectos.¹⁰⁸

En consecuencia, la historia intelectual del grupo de Quilmes hereda la línea de la nueva historia política, mientras que se aleja de la línea de la historia de las ideas latinoamericanista. En palabras de Carlos Altamirano:

Desde hace un tiempo algunos hemos comenzado a utilizar el término 'historia intelectual' para designar este campo de estudios, que tiene una larga y rica tradición en América Latina. En un artículo publicado en 1986, el historiador Jaime Jaramillo Uribe señalaba que la historia intelectual, entendida y practicada como historia de las ideas, representaba, junto con la historia económica y social, la otra zona de desarrollo de la investigación del pasado en nuestros países. Su

¹⁰⁸ Carlos Altamirano, "Ideas para un programa de historia intelectual", p. 16.

foco de irradiación era México y sus comienzos remitían a la labor pedagógica de José Gaos, pero sobre todo a la amplia producción de Leopoldo Zea. El tema de la identidad latinoamericana y el de los avatares de la conciencia de esa identidad en el dominio de las ideas y la cultura han sido las preocupaciones centrales de esta línea historiográfica en que junto con el de Zea sobresalen los nombres de Arturo Ardao, Arturo Roig, Ricaurte Soler.

Más o menos en contacto con la historia política, la historia intelectual conoce también una reactivación en los últimos años. Esta reactivación no se halla en continuidad con la tradición que acabo de mencionar, y sus practicantes no hacen suya la afanosa búsqueda de la identidad latinoamericana y sus formas de conciencia.¹⁰⁹

En ese mismo sentido, Elías José Palti destaca la importancia de la obra de François Xavier Guerra (aunque se separa claramente de ésta) justamente por desprenderse, incluso liberar a la historia intelectual de la corriente 'latinoamericanista': "Guerra rescataría así a la historia intelectual local de la postración a la que la había conducido la vieja escuela de historia de 'ideas' organizada en torno de la obra de Leopoldo Zea y la llamada 'filosofía latinoamericana'".¹¹⁰

Por ende, tanto Palti como Altamirano deslindan su concepción de historia intelectual, de la tradición latinoamericanista de la historia de las ideas, que se remonta a Leopoldo Zea y al actual trabajo de Horacio Cerutti y otros latinoamericanistas.

¹⁰⁹ Elías J. Palti, "El malestar y la búsqueda. Sobre las aproximaciones dicotómicas a la historia intelectual latinoamericana", p. 16.

¹¹⁰ Elías J. Palti, "Temporalidad y refutabilidad de los conceptos políticos", p. 24

Este renovado interés por la historia política implica una renovación metodológica que surge de una necesidad de la propia investigación historiográfica.

Las élites culturales han sido actores importantes de la historia de América Latina. Obrando como mediadores entre la “república internacional de las letras” y las condiciones y tradiciones locales, esas élites desempeñaron un papel decisivo no sólo en el dominio de las ideas, el arte o la literatura del subcontinente, es decir, de las actividades y las producciones reconocidas como culturales, sino también en el de la historia política. Si se piensa en el siglo XIX, no podrían describirse adecuadamente ni el proceso de la Independencia, ni el drama de nuestras guerras civiles, ni la construcción de nuestros estados nacionales, sin referencia al punto de vista y la acción de los letrados, los doctores, los intelectuales.¹¹¹

La novedad de la historia intelectual que propone Altamirano no radica en el tema, sino en el enfoque y las herramientas metodológicas que utiliza. Anteriormente, la historia política era descriptiva, posteriormente, el análisis económico-social incluía el papel del intelectual pero sin otorgarle una centralidad en el proceso, a excepción de la obra de Antonio Gramsci y sus continuadores, en la que el concepto de intelectual orgánico sí establece un rol fundamental.

Por su parte, la historia intelectual pone énfasis en la importancia de los actores políticos, que mediante sus discursos y todo tipo de lenguajes metafóricos, alegóricos y simbólicos, influyeron enormemente en dichos procesos socio-económicos, o al menos, ese es un punto fundamental de la historia intelectual.

Dicho enfoque naturalmente se aleja de la historia de las ideas, tanto de la tradicional anglosajona como de la latinoamericanista. De la anglosajona porque la

¹¹¹ Carlos Altamirano, *op. cit.*, p. 17-18.

historia intelectual aborda el pensamiento en conjunto con una red de contextos lingüístico-socioculturales, que se articulan como comunidad intelectual, en vez de estudiar de manera erudita y exhaustiva los textos de un autor determinado, como lo hace la historia de las ideas tradicional.

Un enfoque distinto al de Altamirano, es el que propone Palti en su obra *Giro lingüístico e historia intelectual* (1998). De acuerdo con el autor, en un principio la obra sería una introducción para una antología de textos de historia intelectual, sin embargo, la extensión del tema generó una obra en sí misma. No obstante, se conserva el formato de antología, al contar con cuatro importantes textos de los siguientes autores: Paul Rabinow, Stanley Fish, Dominick LaCapra y Richard Rorty. Cabe señalar que la obra de Palti es considerada un texto clave para la comprensión de la historia intelectual de nuestros días, no únicamente la del grupo de Quilmes. De acuerdo con Aimer Granados y Carlos Marichal, “autores como Palti, retomando una de las definiciones del término *intellectual history*, según su interpretación más corriente en la tradición anglosajona, entiende esta expresión y su equivalente en español, *historia intelectual*, ‘refiriendo no al conjunto de la producción relativa a temas de historia de las ideas, sino, más estrictamente, a un segundo nivel de conceptualización concerniente a la reflexión sobre aquellas cuestiones teórico-metodológicas que la subdisciplina plantea’”.¹¹²

Para Palti, existen tres umbrales críticos que atraviesa la historia intelectual. El primero es el que llama del texto al contexto de emergencia, es decir, analizar el texto en relación con sus condiciones sociales de producción y la recepción del

¹¹² Aimer Granados y Carlos Marichal (comps.). Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual (siglos XIX y XX), p. 13.

mismo, como lo propone Skinner. Un segundo umbral implica relacionar el texto con un contexto epistémico-institucional, que consistiría en un contexto metacrítico, es decir, problematizar cómo surgen los discursos críticos, cómo circulan, se consagran, modifican o abandonan. La complejidad del análisis de la crítica, relacionado estrechamente con el análisis de la recepción de la obra, puede llegar incluso a disolver el estudio del texto mismo. Por último, Palti propone un tercer umbral, que sería problematizar el umbral metacrítico, volviendo la crítica por tercera vez reflexiva. En dicho umbral Palti ubica la obra de Hayden White.

Vale la pena, pues, detenernos en la conclusión del historiador argentino ante este aparente callejón sin salida de la crítica en la historia intelectual:

No existe aquí 'Historia' que recuperar, sino simplemente una 'historia' a la que tratar de entender; no hay una 'verdad' oculta que se va revelando progresivamente a través de fases sucesivas, sino sólo una permanente vuelta de la crítica sobre sí misma para corroer sus anteriores certidumbres. De hecho, ciertas historias (¿oficiales?) que ven en lo 'lingüístico' la naturaleza inherente a toda reconstrucción histórica no hacen más que invertir el viejo esquema del *mythos* al *logos*, manteniéndolo así, en lo esencial, intacto. Sólo se coloca, en el lugar del *mythos*, las pretensiones de 'verdad' de las historias tradicionales, mientras que en el del *logos* (esa verdad que estuvo siempre allí oprimida por los prejuicios humanos, en este caso, los prejuicios cientificistas) se coloca ahora la 'narratividad'. Con ello no se hace más que convertir lo 'lingüístico' en una nueva 'verdad' última y final. Si hay algo, sin embargo, que la propia historia del presente 'giro lingüístico' nos muestra, es, precisamente la imposibilidad de fijar la naturaleza crítica dentro de horizontes preestablecidos... y que no hay por qué pensar que esto no será también válido para él mismo. Por el contrario, sus mismas vicisitudes nos revelan, aunque generalmente sólo por la negativa, que, a pesar de sus intentos por obliterarlos, éste tampoco puede escapar a la sombra de la contingencia (historicidad) de sus orígenes.¹¹³

¹¹³ Elías J. Palti, *Giro lingüístico e historia intelectual*, p. 166-167.

De modo que para Palti la historia intelectual desemboca en una reflexión metateórica, casi de manera inevitable. Asimismo, la consecuencia de este enfoque equivale a diluir, casi al punto del abandono, el estudio del texto mismo, o bien, del propio devenir histórico. Ahora bien, la postura de Palti no es la única dentro de la historia intelectual, como tampoco lo es dentro del grupo de Quilmes.

De acuerdo con Dominick LaCapra, existen dos grandes variantes de la historia intelectual, una enfocada a los problemas de sociabilidad y otra al análisis de textos clásicos. Como se explicó anteriormente, la obra de Skinner y de Koselleck demostraron la necesidad de contextualizar las ideas para su comprensión. De modo que la historia intelectual, se ha concentrado en el estudio del contexto, y para ello se ha apoyado de la historia social, en la que la obra de Bourdieu juega un papel fundamental. En palabras de LaCapra, “ciertas cuestiones que anteriores historiadores intelectuales abordaban de manera impresionista sólo pueden investigarse convincentemente mediante las técnicas de la historia social moderna. Pero la historia intelectual no debería verse como una mera función de la historia social. Tiene que explorar otras cuestiones, que exigen técnicas diferentes, y su desarrollo puede permitir una mejor articulación de su relación con la historia social.”¹¹⁴ En ese sentido, LaCapra propone volver a la lectura de los textos clásicos, y para ello, acercarse a la hermenéutica, ya sea por medio de la crítica literaria o por medio de la filosofía: “La preocupación que quiero reimpulsar se centra en la importancia de leer e interpretar textos complejos –los así llamados ‘grandes’ textos de la tradición occidental– y de formular el problema

¹¹⁴ Dominick LaCapra, “Repensar la historia intelectual y leer textos” en Palti, Elías José. *Giro lingüístico e historia intelectual*, p. 238-239.

de la relación de estos textos con diversos contextos pertinentes. Es ésta una preocupación que, creo, no tiene hoy el lugar que merece en la historiografía, incluida la historia intelectual, que parecería ser su ‘hogar natural’”.¹¹⁵

De modo que las dos tendencias que marca LaCapra, una hacia el contexto vía historia social y otra hacia el texto vía crítica literaria y hermenéutica aparecen también en el grupo de Quilmes, la primera ejemplificada en la obra de Carlos Altamirano y la segunda en la obra de Elías José Palti. Cabe señalar, que ambas tendencias no son cerradas, excluyentes, sino únicamente se distinguen por el énfasis hacia el texto o el contexto, lo cual tiene implicaciones metodológicas y a su vez, la inserción de diversas tradiciones o autores clave.

La revisión de los textos teóricos de la revista *Prismas* muestra un interés por seleccionar y difundir textos clásicos y fundamentales útiles para la historia intelectual. La propia selección de los textos muestra las afinidades e intereses intelectuales del grupo de Quilmes: historia cultural, historia de las ideas, intelectual y conceptual. Ahora bien, la preocupación constante por la verdad del conocimiento histórico hace patente que se trata de un grupo que no abandona la reflexión teórica.

A diferencia de los estudios monográficos, en los que el número de participantes es muy grande, en los textos teóricos sólo incursionan unos cuantos: Carlos Altamirano, Elías José Palti, Oscar Terán (†) y José Sazbón (†). En ese

¹¹⁵ Ibid., p. 239.

sentido, la revista refleja una vieja tendencia en la historiografía latinoamericana hacia la escasa producción de textos teóricos.

CUATRO

INVESTIGACIONES MONOGRÁFICAS DEL GRUPO DE QUILMES

En 1997 se publicó el primer número de la revista *Prismas* de la Universidad de Quilmes (UNQ), la cual continúa viva hasta el día de hoy. Diecisiete años, diecisiete números, cerca de cinco mil páginas de tinta en torno a la historia intelectual. No obstante, es posible apreciar que prácticamente la mitad se ha destinado a la publicación de investigaciones monográficas, artículos originales de directores, colaboradores y profesores de la UNQ. Si bien los temas son variados, es posible clasificarlos en tres grandes temáticas: corrientes literarias, política (identidad, nación, representaciones, grupos y asociaciones políticas) e historiografía. La misma división temática serviría para abrirse paso a los dos volúmenes, que superan las mil páginas, de *Historia de los intelectuales en América Latina*, que son a su vez, compendios de investigaciones monográficas en torno a la historia de la *intelligentsia* latinoamericana con un claro enfoque de historia intelectual.

Para los fines de la presente investigación me concentraré en los temas historiográficos, pues son los que me permitirán analizar de manera directa, la forma en que se aproxima el grupo de Quilmes a la historia intelectual. De hecho, he identificado cinco maneras de aproximación. 1) “Autor y red intelectual / red intelectual y autor”, es decir, estudios que se concentran en la obra de un autor, pero relacionándolo constantemente con una red intelectual o viceversa. Este procedimiento es característico de los trabajos de Oscar Terán, Alejandro Blanco,

José Sazbón, Fernanda Beigel, Afranio García, Pablo Rocca y Roberto Luis Tortorella. 2) “Redes intelectuales”, es decir, los vínculos y relaciones de unas redes con otras, sin concentrarse necesariamente en un autor en específico, como lo hace Carlos Altamirano, Jorge Myers, Claudia Gilman, José Acha, Ricardo Pasolini, Paula Silva Beauregard, Ricardo Rojas y Klaus Gallo. Vale la pena señalar que este enfoque es el que más se utiliza en las publicaciones analizadas. 3) “Del autor o red intelectual a la reflexión teórica”. En ésta se encuentran fundamentalmente los trabajos de Elías José Palti y algunos artículos de Oscar Terán, siendo la forma menos frecuente dentro del grupo de Quilmes. 4) “Términos definitorios o fundacionales de una red intelectual”, como los trabajos de Mazín, L. M. de Souza, R. P. Perdomo, Jorge Myers y Carlos Altamirano. 5) “Historiografía / red intelectual”, que complementa la complejidad del análisis historiográfico con el arsenal metodológico de la historia intelectual, como los trabajos de Fernando J. Devoto, Horacio Crespo e Hilda Sabato.

Cabe señalar que la clasificación que proponemos se basa en el análisis de *Prismas e Historia de los intelectuales en América Latina*, bajo una finalidad estrictamente analítica, dado que la obra de autores tan prolíficos como Sabato o Devoto es imposible de enmarcar en las categorías aquí propuestas. De hecho, existen autores como Altamirano y Myers que transitan por más de una de estas clasificaciones. Tal clasificación resulta así en un recurso organizativo del material que encontramos.

A. AUTOR Y RED INTELECTUAL / RED INTELECTUAL Y AUTOR

Uno de los métodos de análisis más recurrentes del grupo de Quilmes consiste en enfocarse en la obra de un autor, tal es el caso de los trabajos de Oscar Terán, Alejandro Blanco, Roberto Luis Tortella, Afranio Garcia, José Sazbón, Pablo Rocca y Fernanda Beigel. Lejos de limitarse a un estudio exhaustivo de una obra, o de las obras publicadas por el autor, como se haría en un ejercicio historiográfico tradicional, o en una historia de las ideas al estilo de Arthur Lovejoy, en este primer rubro, se estudia al autor a partir de la red intelectual de la que forma parte. Además, no sólo se estudian las principales obras, o bien, todas las obras publicadas, sino que se estudia con la misma importancia otros textos como lo son la correspondencia, participaciones en congresos, artículos de revistas, etc. En ese sentido, por un lado se amplía la obra del autor, pues se integran textos que otros considerarían secundarios o incluso poco importantes. Asimismo, la red intelectual a la que pertenecen forma parte esencial del análisis del autor.

Los trabajos de Oscar Terán y José Sazbón, quizá por su tradición filosófica, suelen vincular al autor en cuestión a corrientes de pensamiento surgidas en Europa, dando cuenta del parentesco intelectual con matriz europea. Por ejemplo, en “Carlos Octavio Bunge: entre el científico y el político”, el autor sirve de botón de muestra para la comprensión de un grupo intelectual más amplio: “De la extensa producción de Carlos Octavio Bunge (1875-1918), aquí se selecciona un aspecto cuya exploración permite extraer temas de reflexión sobre problemáticas que involucraron a los positivistas argentinos en el giro de siglo”.¹¹⁶ Integrar al autor en un grupo social más amplio, no se limita a una mera referencia contextual, de hecho, es objeto de análisis y se profundiza a detalle. Asimismo,

¹¹⁶ Oscar Terán, “Carlos Octavio Bunge: entre el científico y el político”, p. 95.

Terán enfatiza la raíz nietzscheana del pensamiento de Bunge: "... Esta visión en el siglo XIX remitía a Saint-Simon y a Comte con la noción de 'ideocracia', cuya presencia en el Río de la Plata había sido expresa en la demanda de la 'unidad de creencia' de la Generación del 37".¹¹⁷

Generalmente, las fuentes utilizadas para detectar estos 'parentescos' intelectuales son revistas y memorias de congresos, puesto que son los espacios intelectuales donde convergen los itinerarios de muchos intelectuales: "...hasta que Ferdinand Brunetiere retoma el debate en una serie de artículos en una revista ampliamente frecuentada por los intelectuales argentinos: en la *Revue des Deux Mondes...*".¹¹⁸ Asimismo, en el artículo "Modernos intensos en los veinte", el objetivo de Terán consiste en cuestionar la idea de que la *Belle Epoque* argentina de los años veinte fue una época idílica. Para Ingenieros, nos dice Terán, representaría el surgimiento de nuevos ideales después de la Gran Guerra y la decadencia europea, mientras que para Ibarburen sería la del pasado criollo que se extingue. Esta última visión se relaciona con el decadentismo europeo de fin de siglo con autores como Henri Bergson y Charles Péguy. El decadentismo introduce una nueva sensibilidad: bergsonismo antipositivista, un bergsonismo moderado en las universidades con Alejandro Korn y Coriolano Alberini, así como el ultrabergsonismo sorelista, en el que la guerra se relaciona como lo viril y lo vital frente a una paz burguesa considerada femenina y rutinaria.¹¹⁹

En una tónica muy similar, José Sazbón analiza la figura de Sartre como el 'intelectual comprometido'. Para ello, no sólo se remonta a pensadores similares

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 107.

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 101.

¹¹⁹ Cfr. Oscar Terán, "Modernos intensos en los veinte", p. 102.

como Voltaire y Zola, sino que se ocupa también de las críticas recibidas de grandes pensadores contemporáneos: “El desdén de la escuela althuseriana, así como algunos sarcasmos de Michel Foucault son bien conocidos, pero otro de los *maîtres à penser* de la época, Jacques Derrida, elaboró, hacia 1968, un escrutinio más elaborado de las posiciones de Sartre”.¹²⁰ Asimismo, la preocupación por examinar revistas de la época se hace presente, como es el caso de *Tel Quel*, para el estudio de la crítica de la figura sartreana del intelectual comprometido.

Otro ejemplo de asociación de un autor con una matriz intelectual europea es el que emplea Alejandro Blanco en torno a la obra de Gino Germani. En dicho texto, parte de la matriz europea, en este caso la Escuela de Frankfurt, de ahí su recepción en América Latina, hasta la red intelectual a la que pertenece Germani, para terminar con la singularidad de la obra del autor en cuestión. Para ello, analiza ediciones, traducciones e introducciones elaboradas por el autor, las cuales no se separan de la obra, es decir, no se consideran materiales secundarios. Por ejemplo, Blanco afirma que Germani fue difusor de uno de los textos de la serie de los *Studies in Prejudice, Psicoanálisis del antisemitismo*, de Nathan Ackerman y Marie Jahoda, que junto con *the Authoritarian personality* “no serían marginales a los intereses intelectuales de Germani ni al perfil que pretendía imprimirle a la sociología, [ello] se revela en la presencia que la problemática del prejuicio en general, y del prejuicio antisemita en particular, habría de adquirir tanto en las investigaciones como en las publicaciones que, pocos años más tarde, realizaría el Departamento de Sociología bajo su

¹²⁰ José Sazbón, “Sartre en la historia intelectual”, p. 276.

dirección”.¹²¹ Asimismo, la atención a las relaciones institucionales es un factor importante para la comprensión del grupo intelectual:

Trataré de mostrar entonces que la relación de Germani con las investigaciones del Instituto no habría de residir exclusivamente en un plano meramente formal-metodológico, sino en uno que era a la vez que conceptual, enteramente político-ideológico. Aquella relación habrá de establecerse –tal la hipótesis de lectura que voy a proponer– en función de una *problemática teórico-política*, [...] y de un *proyecto disciplinario*.¹²²

Otro ejemplo de la importancia que se otorga a las relaciones institucionales como espacio intelectual, es el texto de Afranio Garcia quien incluso lo aborda para comprender la formación juvenil de intelectuales como Furtado y Cardoso: “[...] parece difícil imaginar el lugar ocupado por Santiago de Chile entre las décadas de 1950 y 1970 –hasta 1973, año del golpe de Estado de Pinochet–, y atestiguado, sin embargo, el análisis de las carreras emblemáticas de [...] el economista Celso Furtado y el sociólogo Fernando Henrique Cardoso”.¹²³ A lo largo del artículo, Afranio Garcia analiza lo que resulta un lugar común en el grupo de Quilmes, la relación del autor o autores en cuestión con otros intelectuales del mismo grupo o red, como Raúl Prebisch y Enzo Faletto.

Por su parte, los trabajos de Pablo Rocca y Fernanda Beigel asumen prácticamente el mismo procedimiento analítico, el primero para analizar la obra de Real de Anzúa y la segunda para la recepción de la obra de Mariátegui. Para ello, ambos autores analizan revistas, semanarios u otras publicaciones periódicas

¹²¹ Alejandro Blanco, “Ideología, cultura y política: la ‘Escuela de Frankfurt’ en la obra de Gino Germani”, p. 97.

¹²² *Ibid.*, p. 100-101. Cursivas del autor.

¹²³ Afranio Garcia, “Circulación internacional y formación de una ‘escuela de pensamiento’ latinoamericana”, p. 11-12.

en las que los autores manifiestan puntos de vista de manera más libre, o bien, sin el mismo rigor y disciplina que una obra requiere, ya sea el semanario *Marcha* de la década del cuarenta en Uruguay,¹²⁴ o bien las revistas en que publicó Mariátegui como *Repertorio Americano*, *Revista de Filosofía* y *Le monde*.¹²⁵

B. REDES INTELECTUALES

Como pudo apreciarse en el apartado anterior, se advierte una primacía de la red intelectual sobre el autor, aunque de una u otra manera, el anclaje permanece en una figura individual, sea para comprender la complejidad de su obra en la red intelectual o bien, como botón de muestra. En cambio, en este segundo rubro, se aprecia de mejor forma el tipo de análisis más recurrente del grupo de Quilmes: analizar la red intelectual en relación con otras, sin atención particular en un autor. Los historiadores más emblemáticos de este enfoque son Carlos Altamirano y Jorge Myers, aunque también figuran otros como José Omar Acha, Ricardo Passolini, Claudia Gilman, P. Silva Beauregard, M. A. Rezende de Carvalho, R. Rojas y Klaus Gallo. Un artículo de Beauregard ilustra la posición de este grupo: “[...] quiero aclarar que no me interesaré por las ‘obras’ que éstos produjeron como ‘autores’, sino por la muy compleja red de intercambios de diversos tipos que plantea la labor que realizaron como redactores, aspecto que nos permitirá comprender su función como letrados más allá de las reductoras imágenes que han prevalecido en los estudios sobre el siglo XIX hispanoamericano”.¹²⁶

¹²⁴ Cfr. Pablo Rocca, “El caso Real: alternativas críticas americanas”, p. 38.

¹²⁵ Fernanda Beigel, “La circulación internacional de las ideas de José Carlos Mariátegui”, p. 71-72.

¹²⁶ Carlos Altamirano (dir.) *Historia de los intelectuales en América Latina*, v. 1, p. 146.

En general, se advierte el mismo uso de fuentes de los autores analizados en el primer conjunto: atención a textos aparentemente secundarios como manifiestos, correspondencia, revistas, prólogos, ediciones, congresos, debates, así como espacios y ejercicios intelectuales distintos al libro individual.¹²⁷ Es el caso de Jorge Myers en “El intelectual-diplomático: Alfonso Reyes sustantivo”, donde no se limita a una semblanza intelectual del autor, sino que también identifica núcleos temáticos de su obra, a partir del análisis de libros, cartas, debates y textos diplomáticos, los cuales influirían en su estilo literario claro y sobrio. Myers concluye que Reyes fue un ‘*gate-opener*’, un difusor de ‘*unit-ideas*’ (término de Lovejoy) de América Latina en Europa.¹²⁸

En un Congreso sobre historia intelectual en Chicago, en 1998, Carlos Altamirano participó con la ponencia “Ideas para un programa de Historia Intelectual”, en el que destacó la pluralidad de formas de abordar la historia intelectual y en particular, lo que él consideraba debían ser los trazos primordiales: “esbozar un programa posible de trabajo que comunique la historia política, la historia de las élites culturales y el análisis histórico de la ‘literatura de ideas’, ese espacio discursivo en que coexisten los diversos miembros de la familia que Marc Angenot denomina géneros ‘doxológicos y persuasivos’”.¹²⁹ Posteriormente, su papel como director de proyectos y revistas en el grupo de Quilmes, le permitirían impulsar todos o algunos de aquellos proyectos e investigaciones, por lo cual merece una especial atención.

¹²⁷ Cfr. Carlos Altamirano, “Desarrollo y desarrollistas”, p. 84, 93.

¹²⁸ Cfr. Carlos Altamirano (dir.) *Historia de los intelectuales en América Latina*, v. 2, p. 82-97.

¹²⁹ Carlos Altamirano, “Ideas para un programa de historia intelectual”, p. 203.

Como lo ha señalado en otros trabajos, Altamirano ubica el origen de la historia intelectual en la nueva historia política, en la que existe un interés renovado por élites políticas e intelectuales. Asimismo, desde la sociología de la cultura, bajo el fuerte impulso de la obra de Bourdieu se han examinado las mismas elites aunque con enfoques distintos. Ante ello, Altamirano propone prestar especial atención al estudio de textos de frontera, “textos que están en el linde de varios intereses y de varias disciplinas –la historia política, la historia de las ideas, la historia de las élites y la historia de la literatura–”.¹³⁰

Asimismo, dada la variedad de los textos de frontera, es necesario distinguir la intencionalidad de los mismos, en el sentido de que algunos son fruto de un ejercicio reflexivo, de corte académico, y otros son actos políticos en sí mismos, lo cual requiere de un aparato de análisis distinto al de los primeros, por ejemplo, los textos de Simón Bolívar. “Lo común a todas las formas del discurso ‘doxológico’ es que la palabra se enuncia desde una posición de verdad, no importa cuanta ficción alojen las líneas de los textos. Puede tratarse de una verdad política o moral [...] Son llamados a obrar y se diría que ellos mismos son actos políticos”.¹³¹

En “Desarrollo y desarrollistas”, Altamirano analiza el debate que suscitó el Plan Prebisch para la restructuración de la economía argentina en los años cincuenta y sesenta. En este caso, el autor analiza una red intelectual a partir de un debate y para ello, localiza el primer texto, la fuente del debate comparándolo con las primeras críticas que suscitó, así como con versiones similares del texto pero con un eco menor en la red intelectual. De esta forma, existe un esfuerzo por

¹³⁰ *Ibid.*, p. 204.

¹³¹ *Ibid.*, p. 206.

trazar un pequeño contexto intelectual de un texto o un autor, alumbrar un plano horizontal para cada objeto de análisis. “Tanto el informe Prebisch como su discusión dejaron ver tempranamente varios de los temas en torno a los cuales se alinearían las posiciones en la escena pública [...] Pero, más importante aún [...] lo intrincadas que eran las relaciones entre la tarea de ‘desperonizar’ la economía y la de asimilar, como decía Mario Amadeo, ‘ese vasto sector de la población argentina que puso sus esperanzas en la figura que dio su nombre al régimen caído y que, a pesar de sus errores y sus culpas, le sigue siendo fiel’”.¹³²

En alusión al Plan Prebisch, Altamirano señala que “cuando [Prebisch] dio a conocer *Petróleo y política* (1954), su libro más famoso, la inflexión de izquierda de ese fondo doctrinario apareció aún más nítidamente formulada. [...] Pero no sería el largo cuerpo del estudio histórico, sino la introducción, que se reeditarán en forma independiente un año después –*La lucha antiimperialista. Etapa fundamental del proceso democrático en América Latina*–, como una suerte de breviario del pensamiento frondizista, lo que habría de atraerle lectores y adeptos”.¹³³

Un ejemplo similar se encuentra en “La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio” donde Altamirano examina la literatura de la izquierda argentina entre 1955 y 1965. De acuerdo con el autor, la pequeña burguesía o clase media es un tema central que aparece en revistas, tanto en la literatura de izquierda como en la sociología universitaria. En ese sentido, Altamirano interpreta ciertas actitudes de la pequeña burguesía por medio de los textos, a saber, una moral mortificada por

¹³² Carlos Altamirano, “Desarrollo y desarrollistas”, p. 78.

¹³³ *Ibid.*, p. 83.

las ventajas que goza como clase media, y en contraparte, la intervención en movimientos sociales servía de conversión, una especie de penitencia inconsciente.

Si la literatura de expiación encontró eco, si contribuyó a crear condiciones favorables para nuevos comportamientos, fue porque la mortificación era indisociable, a su vez, de las recompensas de la recuperación, es decir, de las promesas que contenía el llamado a reunirse con los trabajadores, entendidos como proletariado en la visión marxista o entendidos como núcleo del pueblo en la representación populista del antagonismo. Si esa literatura fue eficaz, en suma, fue porque mortificación y conversión exaltante eran inseparables.¹³⁴

Con un procedimiento similar, José Omar Acha analiza una red intelectual por medio de una revista (*Imago Mundi*, en la que publicaba José Luis Romero en la década del cincuenta): “Podemos reconstruir esa red personal e intelectual anotando los integrantes del consejo de redacción y los colaboradores. Como discutiré más adelante, esa publicación era una institución –sin duda frágil– en el terreno de lo simbólico y lo práctico. Hoy, retrospectivamente, es posible magnificar los efectos de su aparición frente a la formación de un sector de historiadores y sociólogos que habrán de jugar un importante papel en las décadas venideras de la producción intelectual”.¹³⁵ En este ejemplo se aprecia la insistencia por detectar el sentido original de un determinado texto, esta vez no en cuanto a la intencionalidad de un autor, sino la recepción “original” de un texto o una serie de textos. Para ello, detecta el número de colaboradores, los congresos en que participan, las notas editoriales, los modelos de revista, así como el público al que está dirigido. Por lo tanto, la red intelectual que se analiza no se limita a los

¹³⁴ Carlos Altamirano, “La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio”, p. 123.

¹³⁵ José Omar Acha, “*Imago Mundi* (1953-1956) en una coyuntura historiográfico-política”, p. 117.

integrantes de la revista o a su público lector, sino que también considera redes similares, como si fuera un cuarto de espejos que al reflejarse, proyectan una imagen más completa de la red intelectual que se analiza. Finalmente, Acha concluye que “en síntesis, lo que es evidente es que *IM* no significó ningún quiebre en la historia intelectual de José Luis Romero y tampoco en muchos de los colaboradores del emprendimiento. Fue una estación de consolidación propia más que de creación de resultados sorprendentes”.¹³⁶ Nuevamente, la conclusión recuerda a la preocupación de Skinner por no adjudicar a un autor del pasado la grandeza del presente de manera inadecuada. En el caso de Acha, su estudio permite demostrar que en su tiempo, el sentido original de la revista *Imago Mundi* tuvo una recepción modesta.

Un estudio similar al de Acha es el de Ricardo Pasolini, quien analiza un grupo de intelectuales-militantes: Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE) y la compara con su modelo francés *Comité de Vigilance des intellectuels antifascistes*. La necesidad de comparar al grupo de intelectuales estudiado con otros similares se hace presente también en Pasolini: “Respecto del interrogante de la prensa como problema, he intentado leer el fenómeno de las publicaciones periódicas antifascistas durante el periodo de entreguerras, teniendo en cuenta una perspectiva que, por un lado, me permitiera contar con una referencia externa que posibilitara una dimensión inicialmente comparativa: en este caso el análisis de la publicación *Vigilance*.”¹³⁷

¹³⁶ *Ibid.*, p. 142.

¹³⁷ *Ibid.*, p. 107.

Al igual que Altamirano, los trabajos de Jorge Myers gozan de una gran erudición y profundidad interpretativa. En el texto “El letrado patriota: los hombres de letras hispanoamericanos en la encrucijada del colapso del imperio español en América” predomina el interés social sobre lo individual para comprender a la ‘gente de saber’. El autor pone en primer término el contexto sociolingüístico de la idea, así como los ámbitos de sociabilidad intelectual. De ahí la importancia de analizar cartas, como lo hace Quentin Skinner, así como la preocupación por examinar las circunstancias que condicionan las ideas o ideologías. En ese sentido, Myers caracteriza al intelectual mediante su contexto.

Durante un periodo relativamente acotado, el capital simbólico de los especialistas en el empleo del discurso escrito se convirtió –en algunas regiones al menos, y con variaciones significativas de un momento a otro en cada región– en un capital político real, al menos en el plano de la lucha por definir los contornos del nuevo orden que tan trabajosamente comenzaba a emerger. Ese momento del ‘letrado patriota’ no perduró, pero dejó una marca profunda en la representación que de sí mismos construyeron los escritores públicos, los publicistas, los ‘intelectuales’ de Hispanoamérica. [...] el imaginario del letrado agente de su propio destino y del destino de su patria forjado en los años anteriores siguió ejerciendo una poderosa influencia sobre su modo de concebir el legítimo desempeño de la función intelectual”.¹³⁸

En esta cita se aprecian herramientas analíticas que más recurrentes en la sociología, como la noción de campo, capital simbólico, capital político e imaginario, que constituyen otro elemento importante de este sector del grupo de Quilmes, la cercanía con categorías sociológicas, especialmente con la obra de Bourdieu. En el texto de Rafael Rojas, el fenómeno de las migraciones es

¹³⁸ Carlos Altamirano (dir.) *Historia de los intelectuales en América Latina*, v. 1, p. 142.

considerado de suma importancia para principios del siglo XIX, en ese sentido, su trabajo es un estudio del espacio intelectual, en donde se emplean una vez más conceptos de Bourdieu como espacio intelectual, campo, capital y redes de sociabilidad. En dicho texto, el estudio de Filadelfia como espacio intelectual cosmopolita y punto de reunión fundamental de la *intelligentsia* latinoamericana del XIX juega un papel primordial. “Como ha escrito este autor [Domínguez Michael], durante la década de 1820 ‘el corredor Habana-Filadelfia sustituyó al eje-Londres-Cádiz’ en aquellas redes de conspiración intelectual, política y masónica”.¹³⁹ Por su parte, Myers es de los autores que más utilizan dichas referencias teóricas, como puede apreciarse en su texto sobre los letrados patriotas: “Durante un periodo relativamente acotado, el capital simbólico de los especialistas en el empleo del discurso escrito se convirtió [...] en un capital político real, al menos en el plano de la lucha por definir los contornos del nuevo orden que tan trabajosamente comenzaba a emerger. Ese momento del ‘letrado patriota’ no perduró, pero dejó una marca profunda en la representación que de sí mismos construyeron los escritores”.¹⁴⁰

Claudia Gilman es otra autora que manifiesta explícitamente su cercanía con teorías sociológicas. En un interesante artículo, la autora analiza las razones que llevaron a *Cien años de soledad* a consagrarse como la obra más importante de la región en los sesentas:

[...] uno de los fenómenos más importantes del periodo fue la construcción de un campo intelectual latinoamericano, que atravesó las fronteras de la nacionalidad y que encontró en la Revolución Cubana un horizonte de aperturas y pertenencia. La

¹³⁹ *Ibid.*, p. 218.

¹⁴⁰ *Ibid.*, p. 142.

'ciudad letrada' latinoamericana produjo y fue sensible a lo que Zygmunt Bauman denomina el 'toque de reunión', que nucleó tradicionalmente a los intelectuales. Así, la convicción de una identidad común basada en América Latina fue correlativa de la constitución de un campo empírico de intervención a partir de la sociabilidad".¹⁴¹

C. DEL AUTOR O RED INTELLECTUAL A LA REFLEXIÓN TEÓRICA

Los trabajos de Palti destacan la importancia del análisis del discurso, así como el de grupos intelectuales y el de la opinión pública. "Desde el momento en que los textos dejan de ser concebidos como meros vehículos para la transmisión de ideas y pasan a ser percibidos como constituyendo ellos mismos hechos políticos, la acción periodística instalará un nuevo orden de prácticas que atravesará la oposición entre la acción material y la acción simbólica."¹⁴²

En el artículo de Palti "Argentina en el espejo: el "pretexto" Sarmiento", se retrata al célebre intelectual argentino como una figura simbólica de la identidad argentina, por tanto, Sarmiento juega asimismo, un papel central en la historiografía argentina. De tal suerte, el autor realiza una breve periodización historiográfica sobre las lecturas que se han hecho sobre el autor.

En primera instancia se ubica la tradición liberal, en la que Sarmiento aparece como una síntesis de la latinidad, personifica la lucha entre el pasado y el futuro y adquiere además, una significación universal. Posteriormente, después de la década de los treinta, aparece la etapa del revisionismo o "rosismo", en la que se critica a Sarmiento por ser una figura antipopular. Si bien esta postura cobró gran fuerza, a partir de la obra de Iburguren, ocurre lo que Palti llama una

¹⁴¹ Claudia Gilman, "El intelectual como problema", p. 74.

¹⁴² Carlos Altamirano (dir.) *Historia de los intelectuales en América Latina*, v. 1, p. 231.

redefinición liberal, en la que sin negar el sesgo antipopular, se rescata a Sarmiento como una figura excepcional, un genio, lo cual atenuaría su criticada antipatía hacia el pueblo. Por último, se encuentra una tercera línea ecléctica, que se caracteriza por un análisis preciosista de Sarmiento (Gálvez), en el que se rescata el revisionismo y surgen nuevas posturas hacia la barbarie, como la de Martínez Estrada en la que se destaca que la barbarie es también un aspecto característico de la civilización occidental. Finalmente, a partir de la obra de José Luis Romero, surgen nuevos planteamientos en la historiografía liberal a partir de un revisionismo de izquierda, en el que se desplaza la discusión civilización y barbarie de la figura sarmientina hacia la oposición Alberdi y Mitre.

Por lo tanto, Palti rescata el hecho de que Sarmiento permanezca en la historiografía argentina como símbolo en donde lo histórico y lo universal se oponen en una relación dialéctica que suscita múltiples interpretaciones desde diversas posturas. Una conclusión de esta índole no representa nada nuevo, asegura Palti, pero la importancia de estudiarlo, radica entonces, más que nunca, en un plano epistemológico.

Sarmiento seguirá siempre siendo así nunca más que un 'pretexto', como lo es también en el trabajo que aquí se expone, en este caso, uno para intentar introducir el debate sobre problemas metodológicos más generales relativos a nuestra disciplina. Pero lo será ahora en un sentido ya muy distinto. Este giro autorreflexivo de la crítica, en la medida en que intenta hacer conscientes los propios mecanismos constructivos de nuestro objeto 'Sarmiento', permitiría, al menos, establecer distinciones entre niveles de análisis y así demarcar el Sarmiento que 'ha sido' del que es, el 'Sarmiento que vivió' del 'Sarmiento vivo' de Romero. En todo caso, ya no se tratará de buscar tanto lo que nos une a él como

lo que nos separa de él, es decir, precisamente aquella historia que yace en el medio.¹⁴³

Este artículo refleja una postura que Palti plasmará en la revista, utilizar estudios historiográficos o incluso monográficos como plataforma para abordar, o bien, sugerir problemas de orden teórico. En el caso que tratamos, por ejemplo, Sarmiento sirve de pretexto para plantear por un lado la diversidad de lecturas que pueden hacerse sobre un autor, tema central de la historia intelectual, y por otro, preguntarse además cuáles deben ser las herramientas teóricas para analizar diversas lecturas. En consecuencia, Palti ha producido textos de orden teórico, además de trabajos de historia intelectual de índole monográfica. De modo que en la obra de Palti no hay texto monográfico en la que la reflexión teórica no aparezca de manera explícita y contundente.

En la ponencia “El malestar y la búsqueda. Sobre las aproximaciones dicotómicas a la historia intelectual latinoamericana”, Palti muestra su veta teórica con mayor amplitud. En dicha ponencia señaló los atributos de la historia intelectual al señalar los procedimientos de la ‘vieja’ escuela a los que se opone su propia labor historiográfica. En primera instancia, concebir las ideas desde perspectivas dicotómicas o establecer esquematizaciones previsibles, simplifica la riqueza de significado de las ideas. Otro aspecto del que se deslinda Palti es el de aquellos estudios de historia de las ideas que no toman distancia de su objeto de estudio, pues “los estudios realizados en el área suelen convertirse en largas

¹⁴³ Elías J. Palti, “Argentina en el espejo: el ‘pretexto’ Sarmiento”, p. 34.

paráfrasis ‘basadas completa y acriticamente en las reflexiones de los autores del siglo pasado’, especie de imágenes reflejas de sus propios objetos de estudio”.¹⁴⁴

D. TÉRMINOS DEFINITORIOS O FUNDACIONALES QUE EXPLICAN UNA RED INTELECTUAL

Carlos Altamirano suele concentrarse en el seguimiento de ciertos términos clave. Ahora bien, este procedimiento no es fundamental como en el de la historia conceptual, puesto que se trata de una herramienta más para abordar una red intelectual. Por ejemplo, cuando explica la importancia del término ‘desarrollismo’ recupera frases de autores de época, que permiten apreciar la fuerza del término en un contexto determinado:

después de 1955 y durante los quince años siguientes, la problemática del desarrollo atrajo e inspiró a una amplia franja intelectual [...] Alberto Petrecolla, cuando, mucho tiempo después, recuerda: ‘Todos éramos desarrollistas en alguna medida’ [...] la literatura cepaliana fue un centro de inspiración intelectual, como lo demostraría la difusión de algunos de sus esquemas conceptuales –por ejemplo, el esquema centro/periferia para describir e interpretar la configuración desigual de la economía mundial– y de algunas de sus tesis.¹⁴⁵

Otro concepto, con una literatura más extensa es el de ‘intelectual’. Si bien dicho concepto tiene diversas acepciones, Altamirano propone las siguientes generalidades en aras de una definición: el intelectual procede de un ámbito urbano, es parte de la cultura occidental, se dirige a un público variado, se trata de personas con conocimientos especializados, es decir, no sólo se trata de una categoría socioprofesional, su objetivo es “producir y transmitir mensajes relativos

¹⁴⁴ Elías J. Palti, “El malestar y la búsqueda. Sobre las aproximaciones dicotómicas a la historia intelectual latinoamericana”, p. 227.

¹⁴⁵ Carlos Altamirano, “Desarrollo y desarrollistas”, p. 79.

a lo verdadero [...] A diferencia de élites culturales del pasado, sean magos, sacerdotes o escribas, la acción de los intelectuales se asocia con lo que Régis Debray llama *grafoesfera* –es decir, con el dominio que tiene su principio en la existencia de la imprenta, los libros, la prensa–. Su medio habitual de influencia, sea la que efectivamente tienen o sea a la que aspiran, es la publicación impresa”,¹⁴⁶ Asimismo, el punto de arranque de esta figura sería el siglo XIX, aunque con antecedentes coloniales, y su pervivencia hasta llegar al fin del siglo XX corto, en 1980, debido a las mutaciones de las condiciones de la vida intelectual. A partir de este umbral, la figura de intelectual adquiere otros contenidos a partir de 1980, los que Altamirano denomina del ‘intelectual público’: “No se concibe como un magistrado del espíritu ni como un experto, sino como un ciudadano que busca animar la discusión de su comunidad y que se rehúsa por igual tanto al consenso complaciente como a las simplificaciones, sean las del mesianismo político, sean las del discurso mediático. [...] pretende una comunicación que no se limite a sus colegas ni al campo disciplinario al que pertenece. La democracia es su ambiente propicio”.¹⁴⁷

El término intelectual, nos dice Altamirano, aparece por primera vez en 1898 en el caso Dreyfus en Francia. Para 1900 en una carta de Rodó a César Zumeta aparece en nuestro continente: “Me gustaría que esta obra mía [Ariel] fuera el punto de partida de una campaña de propaganda entre los intelectuales de América”.¹⁴⁸

¹⁴⁶ Carlos Altamirano (dir.) *Historia de los intelectuales en América Latina*, v. 1, p. 14-15.

¹⁴⁷ Carlos Altamirano, *Los intelectuales*, p. 11.

¹⁴⁸ Carlos Altamirano (dir.) *Historia de los intelectuales en América Latina*, v. 1, p. 21.

Otro empeño similar es el de Jorge Myers, quien rastrea al antecedente del intelectual, para lo que es necesaria la precisión en el uso de los términos, con el fin de no caer en anacronismos o mitologías, utilizando el término de Skinner. De acuerdo con Myers, durante la Colonia se aprecian dos tipos de pensadores. Por un lado, el clérigo evangelizador (1492-1650), que se enfoca en un estudio protoantropológico de las costumbres, así como el estudio de las lenguas indígenas y la elaboración de diccionarios. Por otro lado, entre 1650 y 1810 aparece el letrado barroco, marcado por la Ilustración, las reformas borbónicas y la fuerte presencia jesuita. Ahora bien, existe una gran diferencia en el Virreinato del Río de la Plata, en donde “si bien hubo escritores –letrados, poetas, historiadores, iluminados proféticos como el padre Antonio Vieira– antes de la era de los árcades lusoamericanos, no hubo una cultura letrada plasmada en un sistema institucional durante casi todo el periodo colonial”.¹⁴⁹ Durante la primera mitad del siglo XIX aparece el ‘hombre de letras’, enfocado al derecho y a la prensa, con un público diverso distinto a las elites, como asociaciones literarias o científicas, así como un público aficionado. Para la segunda mitad de siglo, aparece en América Latina el pensador romántico, a quien el exilio le otorga una visión cosmopolita. El ensayo se convierte en el género principal, en el que predomina la política y la historia patria. Durante el periodo de finales del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX, surgen cuatro arquetipos de intelectual: el científico, el militante, el modernista y el escritor popular,¹⁵⁰ no obstante predomina el primero, vinculado al positivismo. Por lo tanto, Myers percibe una historia de larga duración de la *intelligentsia*

¹⁴⁹ *Ibid.*, p. 33.

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 47.

latinoamericana, parecida a la de la intelectualidad francesa, pues es de ésta de quien adopta el modelo.

Como puede apreciarse, el “seguimiento del término” constituye una herramienta para detectar la concepción de un determinado conjunto de intelectuales, y no sólo para apreciar los cambios del término en sí mismo, como lo haría un estudio lexicológico o de historia conceptual.

El trabajo de Mazín, por su parte, se enfoca en la historicidad del término intelectual. Por lo tanto, se aprecia un interés por la precisión.

No había, pues, separación de saberes, aunque sí una cierta especialización: un médico era al mismo tiempo gramático y filósofo natural; un jurista habría estudiado filosofía y teología e incluso matemáticas; un matemático conocería la astrología, la música y la filosofía. Pensamiento jurídico, filosófico y científico fueron, pues, las diversas facetas de un mismo saber. [...] A falta entonces de ‘intelectuales’, nos parece que ‘gente de saber’ es un término justo, pues aún cuando la voz ‘letrado’ designó en los siglos XVI y XVII a aquellos que ejercían las letras, ella acabó aplicándose con prioridad a los juristas abogados.¹⁵¹

En el texto de Sonia V. Rose se aprecia un estudio de las elites por ser las fuentes más accesibles. Destaca la importancia de estudiar a las academias, pues ilumina la relación entre Estado e intelectuales. También se aprecia el análisis de términos como el nombre ‘Antártica’, así como explicaciones sociohistóricas para comprender las instituciones que albergan a la ‘gente de saber’. Otro texto donde se aprecia la preocupación por la precisión conceptual es el de Laura de Mello de Souza. De igual manera, el texto de Rogelio Pérez Perdomo también utiliza el

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 54.

cuidadoso manejo de conceptos y considera el estudio de los grupos sociales de intelectuales fundamental.

E. HISTORIOGRAFÍA / RED INTELECTUAL

El texto de Fernando J. Devoto es un excelente ejemplo en el que conviven el análisis de espacios intelectuales y formas de sociabilidad con el estudio de elementos del análisis historiográfico, tales como crítica de fuentes, forma de construcción del discurso, periodizaciones, interpretaciones de grandes épocas, así como la perdurabilidad de los relatos. Al analizar las historias nacionalistas de Varnhagen, Mitre y Bauzá, señala que “debe prestarse atención a otros ámbitos informales que ocupaban un lugar no menos importante en la construcción de un campo erudito. Finalmente, las instituciones partían de espacios de sociabilidad preexistentes y subsistentes. En ellos, las diferencias entre la situación platense y brasileña eran menos marcadas. En todos los casos, esos espacios reposaban en criterios de afinidades sociales y amicales mucho más amplios de los que podrían presuponerse a un común interés por el pasado”.¹⁵² Asimismo, realiza un análisis historiográfico en el que se combina la erudición con la capacidad de síntesis, dando cuenta de su concepción de la historia (historicista), un propósito común (pragmático), un estudio de fuentes (donde predomina la documental), características de la periodización de la historia de cada autor, así como la interpretación que realizan de grandes épocas.

En esa misma tónica, el texto de Horacio Crespo analiza el origen del americanismo a partir de asociaciones intelectuales, por lo que presta atención a

¹⁵² *Ibid.*, p. 276.

congresos, reuniones y otros espacios intelectuales, así como un análisis historiográfico de autores clave como Boturini, Aubin, Lord Kingsborough, Maziel, Pedro de Angelis, Icazbalceta y José Fernando Ramírez. Tras un exhaustivo análisis, Crespo concluye que “la historia de estos intelectuales coleccionistas, todavía por hacerse en el sentido esbozado en este texto, contribuirá a conocer mejor no sólo esta curiosa y exquisita práctica erudita, sino también la construcción del americanismo como disciplina científica y sus grandes resultados institucionales en museos, bibliotecas y archivos que contribuyeron a dar cuerpo a las nacientes identidades culturales de los países latinoamericanos”.¹⁵³

El texto de Hilda Sabato estudia los espacios de sociabilidad, las asociaciones letradas y la prensa. Su objetivo es “analizar esos espacios institucionales de surgimiento y de actuación de nuevas figuras letradas, así como el papel que ellas cumplieron en la constitución y el funcionamiento de una esfera pública en la segunda mitad del siglo XIX”.¹⁵⁴ De manera explícita, la autora señala las principales referencias teóricas que han abordado la sociabilidad en estudios de esta índole (Bourdieu, Habermas, Koselleck y Francois Xavier Guerra). Asimismo, se aprecia una preocupación por historiar conceptos considerados clave, aunque al igual que los textos anteriores, el análisis historiográfico convive con el estudio de redes de sociabilidad más amplias.

Los textos de estos autores complementan los procedimientos de historia intelectual del grupo de Quilmes con análisis historiográficos de gran envergadura. Otro factor interesante de estos autores, es que se trata justo de autores externos

¹⁵³ *Ibid.*, p. 309.

¹⁵⁴ *Ibid.*, p. 387.

al grupo de Quilmes, lo cual además de hablar de su importancia en la historiografía argentina. En ese sentido, la generación de historiadores como Sábato y Devoto, a pesar de tratarse de historiadores ajenos al grupo de Quilmes, comparten el interés y la investigación sobre la historia intelectual, lo cual muestra la fertilidad de esta subdisciplina en la academia argentina.

CONCLUSIÓN

El objetivo de la presente investigación consistió en estudiar al grupo de Quilmes dado que en la última década ha llamado la atención la originalidad y rigor de investigaciones como las de Carlos Altamirano, Elías José Palti y Jorge Myers, entre otros. Se les ha conocido en la historiografía mexicana en buena medida porque algunos de sus trabajos han abordado temas de historia mexicana, y por otro lado, debido al interés que existe hoy en día por la historia intelectual.

Desde el inicio, el interés por los historiadores del grupo de Quilmes fue de orden historiográfico, así que la investigación trató de mantenerse dentro de esos lindes. Esta decisión implicó desplazar una aproximación sociológica de Quilmes como grupo, que implicaría estudiar a sus miembros con relación al cuerpo social al que pertenecen –relaciones de clase, poder, generacionales, etcétera, aunque evidentemente se apela frecuentemente a dichos referentes. En ese sentido, desde el terreno de la historiografía, la hipótesis inicial de trabajo consistió en mostrar que el grupo de Quilmes tenía como máxima influencia la historia intelectual británica –en especial la obra de Skinner– y la historia conceptual –en específico, la obra de Koselleck.

En ese sentido, precisar las influencias del grupo de Quilmes era de suma importancia, por lo que los primeros dos capítulos se enfocaron en detectarlas por medio de un panorama historiográfico general y uno particular, el de la historiografía argentina. Sin embargo, el hecho de que el grupo de Quilmes continúe vigente y productivo actualmente implicó un esfuerzo doble de

investigación, ya que 'ubicar' a Quilmes en la historiografía, implica establecer un panorama actual de la historiografía, tarea sumamente compleja dada la multiplicidad de obras y la multiplicación y dispersión temática y metodológica de las mismas. A partir de estas problemáticas iniciales comenzó la investigación.

En el primer capítulo se trazó un panorama actual de la historiografía. Cabe señalar que dicho panorama no implica una especie de periodización historiográfica cerrada a la que los historiadores de la actualidad acuden para obtener estrategias para su producción historiográfica. Más bien, me inclino a concebir autores que producen obras históricas a partir de ciertas influencias teóricas y metodológicas en su formación. De igual forma, el ejercicio de rastrear tales influencias permite descubrir otras más, así como los contextos en que surgieron –de debate, novedad, abandono, consolidación o incluso resistencia. Posteriormente, unir dichos cabos sueltos mediante un contexto histórico de las corrientes detectadas, permitió el esbozo de un panorama historiográfico. Dicho en otros términos, lejos de pretender trazar un panorama definitivo y exhaustivo, se trató más bien de proceder a una especie de mapeo en el que se destacan únicamente las rutas y territorios que son de nuestro interés.

Una lectura inicial de cualquier miembro del grupo de Quilmes, permite apreciar la preferencia por nociones tales como representación histórica, redes de sociabilidad y poder, así como la cercanía a la lingüística. Por lo tanto, el marco principal para ubicar las influencias historiográficas de Quilmes era, desde luego, el giro lingüístico y el posmodernismo, y a la distancia hacia ciertas corrientes del neopositivismo y posturas acriticas del marxismo. De modo que se trazó el panorama historiográfico bajo esta aparente dicotomía.

El rápido recorrido desde la historiografía clásica hasta la positivista, nos permitió caracterizar ciertos principios que se transformarían en tradición disciplinar, a saber, la búsqueda de la verdad por medio de las fuentes, sean testimoniales o documentales. El positivismo decimonónico convertiría esa búsqueda de la verdad en ortodoxia documental, basada en una epistemología kantiana que buscaba los fundamentos cognitivos de la disciplina en conocimientos universales y apriorísticos. Para ello, se confió en la crítica rigurosa del documento histórico. Posteriormente, la historia económico-social desde diversas escuelas historiográficas (Annales, marxismo e historia cuantitativa) continuarían con la búsqueda de una verdad científica en la historiografía, ampliando el campo temático de la disciplina, así como su acercamiento a las ciencias sociales y enriqueciendo de manera sustantiva el debate epistemológico.

A partir de los sesentas, y particularmente en América Latina, se hizo patente el cuestionamiento de los principios epistemológicos en los que se basaban las tradiciones historiográficas anteriores. Si bien, desde el siglo XIX, el romanticismo criticó ciertos principios ilustrados, fue en la segunda mitad del siglo XX cuando las críticas a la modernidad se extendieron con gran fuerza, como resultado de los grandes sacudimientos de orden sociopolítico y cultural de estos años. En el terreno historiográfico, el giro cultural y lingüístico fue recibido tarde y con cierto recelo. En primera instancia se adoptaron nuevas temáticas como la historia de las mentalidades y la historia cultural, así como un retorno a la historia política. Sin embargo, fue la nueva filosofía de la historia, en específico, la obra de Hayden White, la que cristalizó con mayor fuerza el debate en torno a la verdad en la historia, de acuerdo con nuestro panorama historiográfico.

En ese sentido, a partir de la nueva filosofía de la historia es posible advertir dos posturas en torno a la verdad en la historia: por un lado, la que rechaza el cuestionamiento de esta nueva filosofía y por ende, se mantiene cerca del neopositivismo y de la posibilidad de construir un conocimiento histórico científico; por otra parte, aquella que considera que los elementos poéticos en la investigación y construcción histórica son de tal magnitud, que convierten a la historia en otro tipo de conocimiento.

Por supuesto que las posturas cercanas a la nueva filosofía de la historia son a su vez, diversas. En ese sentido, me parece que la explicación que realiza Jean Grondin sobre la hermenéutica actual nos permite comprender tal diversidad. De acuerdo con el filósofo francés, existen siete acepciones posibles de la frase “todo es interpretación”, a saber, perspectivista, epistemológica, histórica, ideológica, existencialista, lingüística y posmoderna.¹⁵⁵ Bajo esta clasificación, la historia intelectual y conceptual se adscriben a una visión epistemológica, histórica, lingüística y posmoderna, es decir combinan al menos cuatro acepciones. Epistemológica porque la tesis “Todo es interpretación” “quiere entonces decir que no hay conocimiento del mundo sin esquema previo, sin ‘paradigma’ de interpretación”.¹⁵⁶ Histórica porque “toda interpretación es hija de su tiempo”.¹⁵⁷ Lingüística porque “toda interpretación, toda relación con el mundo, presupone el elemento del lenguaje, habida cuenta que la realización y el objeto

¹⁵⁵ Cfr. Jean Grondin, *op. cit.*, p. 161.

¹⁵⁶ *Ibid.*, p. 162.

¹⁵⁷ *Ibid.*, p. 163.

de la comprensión son necesariamente lingüísticos”.¹⁵⁸ Por último, posmoderna porque

[...] ve ante todo en el lenguaje una ‘formalización’ de lo ‘real’, esquematización que haría caduca la idea misma de una realidad a la que podrían conformarse nuestras interpretaciones (aunque la realidad está ya ella misma ‘constituida’ por nuestras interpretaciones). Esta tesis posmoderna se funda ordinariamente en los sentidos perspectivista, cognitivo, histórico, ideológico, existencial y lingüístico, que acabamos de nombrar, y en cada caso para impugnar la idea, que se juzga quimérica, de una adecuación a la realidad.¹⁵⁹

Tanto la historia intelectual como la conceptual, provienen del giro lingüístico y por ende, conciben de forma distinta la epistemología de la disciplina histórica. Ahora bien, la tradición británica de historia intelectual, la llamada escuela de Cambridge, propone a grandes rasgos, estudiar la obra de grandes autores en relación con su contexto, en vez de concebir las ideas como entes universales y ahistóricos. Por su parte, la historia conceptual analiza instituciones y corrientes de pensamiento por medio de conceptos clave, por lo que tampoco se limitan a un estudio ‘interno’ del discurso, sino que privilegian la relación contextual, de ahí la importancia de la historia para ambas subdisciplinas.

Posteriormente, en el segundo capítulo se mostró cómo la historia de las ideas latinoamericanista comenzó con un enfoque ontológico, concentrado en los problemas de identidad (Leopoldo Zea), para terminar diluyéndose como tal, a partir de la crítica de Augusto Salazar Bondy en los enfoques dependentistas de

¹⁵⁸ *Ibid.*, p. 165.

¹⁵⁹ *Ibid.*, p. 166.

los años setenta y posteriormente en la filosofía de la liberación. En ese sentido, la historia de las ideas, como se le concibiera en sus inicios se ha desdibujado.

Por su parte, la propuesta de historia intelectual del grupo de Quilmes se aparta de dicha tradición de historia de las ideas latinoamericana, pues sus objetivos son de índole sociohistórica y lingüística, a diferencia de un énfasis identitario y liberador de la obra de Leopoldo Zea.

Otro aspecto importante para comprender la historia intelectual del grupo de Quilmes es la fuerte tradición de historia social en la historiografía argentina. Tanto Luis Alberto Romero como Hilda Sabato coinciden en dicha caracterización, la cual se confirma al revisar los textos del grupo de Quilmes, en los que tanto la tradición historiográfica como las herramientas analíticas que utilizan (campo social, redes de sociabilidad, etc.) dan cuenta de dicha tradición.

Por su parte, los textos teóricos de la revista *Prismas*, revisados en el tercer capítulo, muestran una toma de postura del grupo de Quilmes, a saber, adscribirse a la historia intelectual, sobre todo a la británica de Quentin Skinner y J. G. A. Pocock, y en menor medida, recuperar aspectos sustanciales de la historia conceptual de Koselleck. Estas tomas de postura se desprenden tanto de la obra de algunos de sus principales miembros (Altamirano, Palti, Myers) y de la selección de artículos teóricos de la revista, en la que abundan las referencias y análisis de la obra de Skinner.

Por otro lado, la tradición de historia social de la que hablaba Luis Alberto Romero sobre la historiografía argentina, se hace presente en los textos teóricos, en específico en el debate sobre la obra de Fritz Ringer, en la que se discute en torno a los conceptos de *habitus* y campo, de la obra de Pierre Bourdieu. Cabe

señalar que este aspecto no ocupa tanto espacio dentro de los textos teóricos, aunque sí en las investigaciones monográficas del grupo de Quilmes. Dentro la clasificación propuesta en el cuarto capítulo –1) autor y red intelectual / red intelectual y autor; 2) redes intelectuales; 3) del autor o red intelectual a la reflexión teórica; 4) términos definitorios y fundamentales una red intelectual; 5) historiografía / red intelectual– en prácticamente todos, excepto en el tercer rubro, en el que la reflexión teórica predomina sobre el enfoque social de la historia intelectual. El análisis de redes de sociabilidad (revistas, correspondencia, congresos) y espacios de enunciación (instituciones, revistas, debates), así como la utilización explícita de herramientas analíticas sociológicas como campo intelectual, capital cultural o *habitus*, muestran la magnitud de la tradición de la historia social en la historiografía argentina.

En contraste, la atención a términos y conceptos acerca algunos textos del grupo de Quilmes a la historia conceptual, aunque siempre adscrita al interés por el espacio social. En esa misma tónica, el interés por lo teórico se hace más evidente en la obra de Palti y en algunos textos de Terán. Sin duda, tanto en el grupo de Quilmes como en otras corrientes, existen posturas diversas, que por cierto coinciden con la problemática señalada por LaCapra: la historia intelectual se ha concentrado en las redes de sociabilidad, dejando de lado el análisis puntual de textos.¹⁶⁰

En ese sentido, retomando la hipótesis inicial del trabajo, a saber, “el grupo de Quilmes tiene como mayor influencia la escuela de Cambridge, en especial la obra de Quentin Skinner, y la historia conceptual, sobre todo la obra de Reinhart

¹⁶⁰ Vid. *Supra.*, p. 86.

Kosselleck”,¹⁶¹ resulta evidente que la historia intelectual ejerce mucha mayor influencia que la historia conceptual, dada la naturaleza de los objetos de estudio de la mayoría de los autores.¹⁶² A diferencia de los trabajos de historia intelectual del grupo de Quilmes, la historia conceptual, en palabras de Javier Fernández Sebastián (director de uno de los proyectos más ambiciosos de historia global, a saber, Iberconceptos),

desde el punto de vista koselleckiano, ‘una palabra [sólo] se convierte en concepto cuando el conjunto de un contexto sociopolítico en el cual y para el cual se utiliza dicha palabra entra íntegramente a formar parte de ella’. Los conceptos vendrían a ser algo así como ‘concentrados de experiencia histórica’ y, al mismo tiempo, dispositivos de anticipación de las experiencias posibles. De ahí que su análisis histórico, y más si este análisis es comparativo, nos permita acceder a la cristalización semántica diferencial –e internamente conflictiva– de tales experiencias/expectativas desplegadas en el espacio y en el tiempo.¹⁶³

Asimismo, dentro del campo de la historia intelectual, se perciben dos grandes vertientes, que coinciden con la clasificación de LaCapra: la mayoría enfocada a una historia intelectual desde la historia social (Altamirano, principalmente) y una minoría más cercana al giro lingüístico y al análisis puntual de textos como plataforma de una reflexión teórica (la obra de Palti).

Por último, también es posible advertir ligeros cambios en la revista, que a su vez reflejan cambios al interior del grupo de Quilmes. Si quisiéramos señalar

¹⁶¹ *Vid. Supra.*, p. 7.

¹⁶² Cabe señalar que en el curso “La identidad como obsesión” presidido por Carlos Altamirano en el Colegio de México durante el mes de octubre de 2014, tuve la oportunidad de preguntarle si algunos de sus textos en los que presta especial atención a términos y conceptos, podrían catalogarse como estudios de historia conceptual. El doctor Altamirano respondió que si bien no desconocía la historia conceptual y no dejaba de coincidir con muchos de sus planteamientos, la atención que él brindaba a ciertos términos no se realizaban con los mismos fines de la historia conceptual.

¹⁶³ Javier Fernández Sebastián, “Introducción” en *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850*, vol. I, p. 26-27.

ciertas etapas en la producción y orientación del grupo de Quilmes, es posible advertir un primer momento de “Iniciación” (1997-2000), en el que su revista *Prismas* tiene un carácter de difusor de ponencias sobre congresos nacionales e internacionales en los que los integrantes del grupo de Quilmes figuran como participantes o como organizadores. Posteriormente, se percibe un momento “Teórico” (2001-2005) en el que la revista abre una sección especial para incorporar debates teóricos internacionales en torno a la historia intelectual, al grado de ocupar el mayor número de páginas de la revista. Finalmente, se percibe una última etapa que podemos denominar “Cultura política e historia intelectual” (2006-2010) en la que se integra un mayor número de estudios monográficos, cuyos temas predominantes son la representación política, la identidad y el imaginario. Cabe señalar que las categorías aquí propuestas para la periodización no son cerradas, pues en realidad la reflexión teórica, explícita o implícita, nunca ha estado ausente de la historia intelectual que practica el grupo de Quilmes.

Por último cabe preguntarse por el lugar que ocupa el grupo de Quilmes en la historiografía actual. En el contexto argentino, la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ) no es el único centro de investigación dedicado a la historia intelectual, también existen grupos de investigadores de diversas universidades, tal es el caso de Dora Barrancos en la Universidad de Buenos Aires (UBA), Fernanda Beigel en la Universidad Nacional de Cuyo (UNCuyo), José Luis de Diego de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), Alejandro Eujanian de la Universidad Nacional de Rosario (UNR), César Tach de la Confederación de Educadores Argentinos (CEA). Asimismo, en América Latina existen importantes estudios de historia intelectual como el grupo del venezolano Hugo Cancino, el

chileno Eduardo Devés Valdés, el brasileño José Murillo de Carvalho, el grupo del Colegio de México (Colmex) integrado por Guillermo Palacios, Horacio Crespo, Carlos Marichal, Guillermo Zermeño, Javier Garcíadiego, así como Aimer Granados de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM-X). De acuerdo con Granados y Marichal, en Latinoamérica, el enfoque de la historia intelectual

[...] ha sido introducido por el grupo de trabajo de historia intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes, Argentina, que se ha dado a la tarea de traducir y publicar al español los textos del debate, pero también de producir y discutir los problemas planteados por la nueva historia intelectual. Ejemplo de ello es la organización del primer encuentro de centros de historia intelectual llevado a cabo en octubre de 1997 y en particular la publicación *Prismas. Revista de Historia Intelectual* que cuenta con el apoyo fundamental de Carlos Altamirano, Óscar Terán, además de los profesores de Quilmes.¹⁶⁴

En ese sentido, el grupo de Quilmes se instaura como pionero, difusor y punto de reunión, ya sea por medio de la revista o por medio de congresos, de la historia intelectual latinoamericana. Ahora bien, esto no significa que los autores de la UNQ coordinen de manera piramidal las investigaciones de historia intelectual, más bien responde a la dinámica de una especie de comunidad académica internacional, que no sólo es transdisciplinar, sino sobre todo transnacional.

Como puede apreciarse de lo dicho anteriormente, el grupo de Quilmes es un grupo de autores que, asumiendo el giro lingüístico y la nueva historia política brindan un enfoque novedoso para estudiar las elites intelectuales y políticas

¹⁶⁴ Aimer Granados y Carlos Marichal, "Introducción" en *Construcción de las Identidades Latinoamericanas*, p. 17.

latinoamericanas. En ese sentido me gustaría terminar con una frase del propio Carlos Altamirano, quien haciendo una reflexión sobre la historia intelectual para estudiar América Latina concluye: “Las élites culturales han sido actores importantes de la historia de América Latina. Obrando como mediadores entre la “república internacional de las letras” y las condiciones y tradiciones locales, esas élites desempeñaron un papel decisivo no sólo en el dominio de las ideas, el arte o la literatura del subcontinente, es decir, de las actividades y las producciones reconocidas como culturales, sino también en el de la historia política”.¹⁶⁵

¹⁶⁵ Carlos Altamirano, “Ideas para un programa de historia intelectual”, p. 17.

BIBLIOGRAFÍA

Acha, José Omar. “*Imago Mundi* (1953-1956) en una coyuntura historiográfico-política” en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 3. Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes, 1999.

Altamirano, Carlos. “Desarrollo y desarrollistas” en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 2. Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

----- . “Ideas para un programa de historia intelectual” en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 3. Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes, 1999.

----- (dir.) *Historia de los intelectuales en América Latina*, 2 v. Madrid, Katz editores, 2008.

----- . “La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio” en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 1. Quilmes, Universidad de Quilmes, 1997.

----- . “Introducción general” en *Historia de los intelectuales en América Latina*, v.1. Buenos Aires. Katz editores, 2008.

----- . “De la historia política a la historia intelectual. Reactivaciones y renovaciones”. *Prismas. Revista de historia intelectual*, 9, Quilmes, Argentina, Universidad de Quilmes, 2005.

----- . *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.

Anderson, Perry. *Los orígenes del posmodernismo*. Barcelona, Anagrama, 1998.

Areas Peixoto, Fernanda. “El diálogo como forma: antropología e historia intelectual”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 12. Quilmes, Universidad de Quilmes, 2008.

Aróstegui, Julio. *La investigación histórica. Teoría y método*. Barcelona, Crítica, 2001.

Beigel, Fernanda. “La circulación internacional de las ideas de José Carlos Mariátegui” en *Prismas. Revista de historia intelectual* 9. Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes, 2005.

Betancourt, Fernando. “La fundamentación del saber histórico en el siglo XX” en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, n. 40, julio-diciembre 2010. México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2010.

Bianchi, Massimo, *et al.* “Un debate sobre la historia de las ideas”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 7. Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes, 2003.

Blanco, Alejandro. “Ideología, cultura y política: la ‘Escuela de Frankfurt’ en la obra de Gino Germani” en *Prismas. Revista de historia intelectual* 3. Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes, 1999.

Brunner, Otto. “La ‘casa grande’ y la ‘Oeconomica’ de la vieja Europa”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 14. Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes, 2010.

Carr, E. H. *¿Qué es la historia?* Trad. de Joaquín Romero Maura. 14 reimp. México, Ariel, 1987

Cerutti Guldberg, Horacio y Magallón Anaya, Mario. *Historia de las ideas latinoamericanas, ¿disciplina fenecida?* México, Universidad de la Ciudad de México, 2003.

Chartier, Roger. *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*. 6a. reimp. Barcelona, Gedisa, 2005-

Chiaramonte, José Carlos, *et al.* “Homenaje a Óscar Terán”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 12. Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes, 2008.

Darnton, Robert. “¿Qué es la historia del libro?”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 12. Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes, 2008.

Diego, José Luis de. “Los intelectuales y la izquierda en la Argentina (1955-1975)”, en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, 2 v. Madrid, Katz editores, 2008.

Devoto, Fernando J. (dir.) *Historiadores, ensayistas y gran público. La historiografía argentina, 1990-2010*. Buenos Aires, Biblos, 2010.

Dosse, François. *La historia: conceptos y escrituras*. Barcelona, Nueva Visión, 2004.

Esposito, Fabio. “Los editores españoles en la Argentina: redes comerciales, políticas y culturales entre España y la Argentina (1892-1938)”, en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, 2 v. Madrid, Katz editores, 2008.

Fernández Sebastián, Javier (dir.) *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850*, vol. I. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009.

Freijomil, Andrés. “Un historiador del ocaso. Los derroteros intelectuales del primer Huizinga (1897-1919)”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 13. Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes, 2009.

Fontana, Josep. *La historia después del fin de la historia*. Barcelona, Crítica, 2002

----- . *La historia de los hombres: el siglo XX*. Barcelona, Crítica, 2002.

García, Afranio. “Circulación internacional y formación de una ‘escuela de pensamiento’ latinoamericana” en *Prismas. Revista de historia intelectual* 10. Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes, 2006.

Gilman, Claudia. “El intelectual como problema” en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 3. Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes, 1999.

Gilman, Claudia, Adrián Gorelik, et al. “América Latina, ciudad, voz y letra” en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 10. Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes, 2006.

Gorelik, Adrián. “Historia de la ciudad e historia intelectual”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 3. Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes, 1999.

Granados, Aimer y Carlos Marichal (comps.). *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual (siglo XIX y XX)*. México, Colegio de México, 2004.

Grondin, Jean. *¿Qué es la hermenéutica?* Barcelona, Herder, 2008.

Huizinga, Johan. “El elemento estético de las representaciones históricas”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 9. Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes, 2005.

Iggers, Georg G. *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno*. Trad. de Iván Jaksic. Chile: Fondo de Cultura Económica, 2012.

Jay, Martin. “Trabajo de campo y teorización en la historia intelectual: una réplica a Fritz Ringer”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 8. Quilmes, Universidad de Quilmes, 2004.

----- . “La crisis de la experiencia en la era pos-subjetiva”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 6. Quilmes, Universidad de Quilmes, 2002.

Koselleck, Reinhart. "Sobre la necesidad teórica de la ciencia histórica", en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 14. Quilmes, Universidad de Quilmes, 2010.

Lemert, Charles. "Los hábitos de los intelectuales: respuesta a Ringer", en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 8. Quilmes, Universidad de Quilmes, 2004.

Lomnitz, Claudio. "Los orígenes de nuestra supuesta homogeneidad. Breve arqueología de la unidad nacional en México", en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 14. Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes, 2010.

Lovejoy, Arthur O. "Reflexiones sobre la historia de las ideas" en *Prismas, Revista de historia intelectual*, 4. Quilmes, Universidad de Quilmes, 2000.

Marin, Louis. "Poder, representación, imagen", en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 13. Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes, 2009.

Mazín, Oscar "Gente de saber en los virreinos de Hispanoamérica" en *Historia de los intelectuales en América Latina*, v. 1. Buenos Aires. Katz editores, 2008.

Myers, Jorge. "Introducción al volumen I" en *Historia de los intelectuales en América Latina*, v. 1. Buenos Aires. Katz editores, 2008.

----- "El letrado patriota: los hombres de letras hispanoamericanos en la encrucijada del colapso del imperio español en América" en *Historia de los intelectuales en América Latina*, v. 1. Buenos Aires. Katz editores, 2008.

Namier, Lewis. "La naturaleza humana en la política", en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 4. Quilmes, Universidad de Quilmes, 2000.

Nietzsche, Friedrich. *Consideraciones intempestivas*. Buenos Aires, Alianza, 2002.

Palacios, Guillermo. "Intelectuales, poder revolucionario y ciencias sociales en México (1920-1940)", en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, 2 v. Madrid, Katz editores, 2008.

Palti, Elías José. "Temporalidad y refutabilidad de los conceptos políticos", en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 9. Quilmes, Universidad de Quilmes, 2005.

----- *Giro lingüístico e historia intelectual*. Quilmes, Universidad de Quilmes, 1998.

----- "Argentina en el espejo: el 'pretexto' Sarmiento" en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 1. Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

-----". "El malestar y la búsqueda. Sobre las aproximaciones dicotómicas a la historia intelectual latinoamericana" en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 3. Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes, 1999.

-----". "Tres etapas de la prensa política mexicana del siglo XIX: el publicista y los orígenes del intelectual moderno" en *Historia de los intelectuales en América Latina*, v. 1. Buenos Aires. Katz editores, 2008.

-----". "El 'retorno del sujeto'. Subjetividad, historia y contingencia en el pensamiento moderno", en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 7. Quilmes, Universidad de Quilmes, 2003.

Pasolini, Ricardo. "*Scribere in eos qui possunt proscribere*. Consideraciones sobre intelectuales y prensa antifascista en Buenos Aires y París durante el periodo entreguerras", en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 12. Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes, 2008.

Prismas. Revista de historia intelectual, 4. Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes, 2000.

Ringer, Fritz. "El campo intelectual, la historia intelectual y la sociología del conocimiento", en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 8. Quilmes, Universidad de Quilmes, 2004.

-----". "Contrarréplica a Charles Lemert y Martin Jay", en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 8. Quilmes, Universidad de Quilmes, 2004.

Ríos Méndez, Norma de los. "Los desafíos historiográficos impostergables" en *América Latina: historia, realidades y desafíos*. México, UNAM, 2006.

Rocca, Pablo. "El caso Real: alternativas críticas americanas" en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 10. Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes, 2006.

Roig, Arturo Andrés. *El pensamiento latinoamericano y su aventura*. Buenos Aires, El Andariego, 2008.

Sazbón, José. "Sartre en la historia intelectual" en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 9. Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes, 2005.

-----". "La 'nueva' filosofía de la historia. Una sinopsis", en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 2. Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

-----". "Conciencia histórica y memoria colectiva", en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 6. Quilmes, Universidad de Quilmes, 2002.

Silva Beauregard, Paulette. "Redactores, lectores y opinión pública en Venezuela a fines del periodo colonial e inicios de la independencia (1808-1812)" en *Historia de los intelectuales en América Latina*, v. 1. Buenos Aires. Katz editores, 2008.

Skinner, Quentin. "Significado y comprensión en la historia de las ideas" en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 4. Quilmes, Universidad de Quilmes, 2000.

Starobinski, Jean. "La palabra civilización", en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 3. Quilmes, Universidad de Quilmes, 1999.

Terán, Oscar. "Modernos intensos en los veintes" en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 1. Quilmes, Universidad de Quilmes, 1997.

----- (coord.). *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

----- "Carlos Octavio Bunge: entre el científico y el político" en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 2. Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

----- "Ernesto Quezada o cómo mezclar sin mezclarse" en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 3. Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes, 1999.

Tortorella, Roberto Luis. "Dilemas y tareas del revisionismo de izquierda. Rodolfo Puigrós, el fenómeno peronista y el rol del intelectual revolucionario en la Argentina" en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 12. Quilmes, Argentina. Universidad Nacional de Quilmes, 2008.

Tozzi, Verónica. *La historia según la nueva filosofía de la historia*. Buenos Aires, Prometeo libros, 2009.

Varela, Mirta. "Intelectuales y medios de comunicación", en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina*, 2 v. Madrid, Katz editores, 2008.

Vargas Lozano, Gabriel. *Esbozo histórico de la filosofía en México. Siglo XX y otros ensayos*. Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2005.

Zea, Leopoldo (coord.). *América Latina en sus ideas*. México, siglo XXI, 1993.

Zeitler, Elías. "El campo historiográfico argentino en la democracia. Transición, profesionalización y renovación", en *Estudios históricos*, Montevideo, 2003.

